



AMERICA

REVISTA DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO:

AMERICA: Nuestro aniversario.— AUGUSTO ARIAS: Espejo y Quito.— REMIGIO CRESPO TORAL: La crisis del arte.— NICOLAS JIMENEZ: Enrique Azcoaga.— ALFREDO PEREZ GUERRERO: Génesis de la lengua castellana.— AMERICA: Apoteosis de un poeta.— REMIGIO ROMERO LEON: Homenaje.— REMIGIO ROMERO Y CORDERO: Sonetario de las aves y de las bestias.— HIPATIA CARDENAS DE BUSTAMANTE: Su partida.— HUGO MONCAYO: Páginas olvidadas sobre la ciudad de San Francisco de Quito.— JORGE CARRERA ANDRADE: Mujeres y puertos.— JOAQUIN GALLEGOS LARA: En las huertas.— MANUEL MORENO MORA: La villa.— JOSE DE LA CUADEA: Se ha perdido una niña.— ZOLA E. LOPEZ: Reparación.— GUILLERMO BUSTAMANTE: La vivora.— ANTONIO MONTALVO: Romanza campesina.— ALFREDO MARTINEZ: Prosas poéticas.— ALFONSO CUESTA Y CUESTA: Un capítulo de "Trompos".— MIGUEL ANGEL ALBORNOZ: Jesús.— LUIS F. TORRES: Letras francolatinas.— HUMBERTO SALVADOR: Mosko-Strom de Rosa Arciniega.— ANTONIO MONTALVO: Mirador bibliográfico.— NOTAS DE LA DIRECCION.

Vol. VIII

Año VIII

Núm. 52



Imprenta Nacional.— Quito

AMERICA

Publicación del GRUPO AMERICA

Encargados de la Dirección:

Alfredo Martínez

Augusto Arias

Antonio Montalvo

Dirección postal:

GRUPO AMERICA,

Casilla 75. Quito, Ecuador. S. A.

A los escritores de lengua española

El GRUPO AMERICA se verá muy honrado y satisfecho si sus amigos y compañeros le envían sus publicaciones para deducirlas a la Biblioteca de Autores Hispanoamericanos, que tiene en formación. El Grupo, en cambio, enviará su revista y las obras que publique, con el propósito de contribuir a la realización de los ideales de confraternidad entre los pueblos del mundo hispanico.

GRUPO AMERICA

SOCIOS:

Arias Augusto
Albornoz Miguel Angel
Bustamante Hipatia Cárdenas de
Bustamante Guillermo
Barrera Isaac J.
Bossano Luía
Carrlón Benjamín (en Méjico)
Carrera Andrade Jorge
Escudero Gonzalo (en Panamá)
Jaramillo Alvarado Pio
Moncayo Hugo
Martínez Alfredo
Montalvo Antonio
Reyes Oscar Efrén
Sánchez Manuel María
Torres Luis F.
Velasco Ibarra J. M.
Zaldumbide Gonzalo (en Ginebra)

REPRESENTANTES

Teresa de la Parra, en Suiza
Victor Hugo Escala, en Venezuela
Hernán Pallares Z., en Inglaterra
Alberto Guillén, en Perú
Ulpiano Borja, en Canadá y Estados Unidos
Jesús Lea Navas, en Madrid
Carlos Sarmiento Ferré, en Antofagasta

SUR

Revista trimestral
Dirigida por
VICTORIA OCAMPO

Suscripción: Países del convenio
postal hispanoamericano. \$ 8,50

Rufino de Elizalde 2847.
Buenos Aires, Argentina.

REVISTA BIMESTRE CUBANA

Publicación de la "Sociedad
Económica de amigos del País"

DIRECTOR:
FERNANDO ORTIZ

Apartado N: 214
Habana, Cuba

ELITE

Revista semanal ilustrada

Director-editor:
Juan de Guzmán

Redactor literario:
Carlos Eduardo Frías

Suscripción anual:

60 bolívars
Caracas, Venezuela

NERVIO

Revista mensual de Crítica,
Artes y Letras

Administrador:
S. Kaplan

SUSCRIPCIÓN ANUAL, 1 dólar

Red. y Adm., Vera 572

Buenos Aires, Argentina

PORTUCALE

Revista ilustrada de cultura
literaria, científica, e artistica

Directores:

Augusto Martins
Claudio Basto
Pedro Vitorino

R. dos Mártires da Liberdade, 178.
Porto, Portugal.

EL LIBRO Y EL PUEBLO

Revista de Bibliografía
y Biblioteconomía de la Secretaría
de Educación Pública

México, D. F.

AMERICA

AÑO VIII.—NUMERO 53

JUNIO—SETBRE. DE 1933

QUITO, ECUADOR. S. A.

NUESTRO ANIVERSARIO

AMERICA

Ocho años de vida cumple, con el presente número, nuestra revista. Y al llegar a esta jornada, sólo sentimos la emoción, muy íntima por cierto, del viajero que a lo largo de su éxodo, alcanza una cumbre del camino, y desde ella contempla lo que, atrás, dejaron sus pasos, y lo que, también adelante, en su perspectiva, le falta por andar.

Para qué decir de nuestras fatigas, de nuestros tropiezos y de nuestros altos inevitables, en el curso de este viaje cultural? Comprendimos, desde su iniciación mismo, nuestra misión. Tuvimos también, desde entonces, la conciencia del deber que voluntariamente nos imponíamos, de luchar con todas nuestras posibilidades por el desarrollo y propaganda de nuestra cultura, por la expansión de la misma en los ámbitos de la civilización americana y europea; por crear un organismo de conexión y de comprensión americanista que interpretara y divulgara nuestras realidades, a la vez que recogiera las voces que a lo largo y a lo ancho de la hispanidad y la hispanoamericanidad cultural, surtía la civilización contemporánea.

En la relatividad de nuestras aspiraciones hemos visto, pues, realizados estos propósitos. Voces generosas, internas y externas, propias y extranjeras, que comprendieron sincera y cordialmente nuestra labor, surgieron a nuestro paso alentándonos y estimulando nuestros esfuerzos. Y a medida que avanzábamos, aquellas se mul-

tiplicaban y robustecían, hasta hacerse una fuerza espiritual, anímica que, en verdad, fortalecía el alma misma de nuestra empresa y nos afirmaba formalmente en nuestros anhelos de lucha cultural.

Durante este lapso de ocho años de existencia, "América" ha llevado, por todos los caminos del Viejo y Nuevo Continente, el ritmo de nuestras palpitaciones culturales; y en él ha ido también el nombre, todavía desconocido e ignorado, de nuestro país. Y es aquí, en este hecho, en donde ha radicado la mejor de nuestras complacencias y de nuestras compensaciones. En saberlo conocido, en una de sus más nobles manifestaciones al Ecuador.

Asimismo, con grata y emotiva sorpresa hemos comprobado cómo, nuestra revista, al cabo de tan pocos años —pocos, en verdad, para la vida que nosotros le deseamos— incorporada desde sus comienzos mismo, como organismo intelectual, a la vida de la actividad cultural americana e hispanoamericana, constituye hoy día —nos es forzoso decirlo— uno de los más serios exponentes de nuestras manifestaciones literarias y artísticas, una fuerza cultural integradora, en el gran concierto de la civilización moderna.

Y esta es la razón poderosa que nos fuerza ahora, y nos forzaré en lo futuro a proseguir en nuestra lucha, a estabilizar la vida de "América", y a afirmar, en todo lo posible, su prestigio adquirido, desarrollando más vastamente nuestro programa de acción, que se ensancha y amplía de manera progresiva, a medida que se agrandan también y se bifurcan nuestros ideales de expansión americanista, es decir, de interpretación y propaganda de realidades americanas.

Y no hemos de dar tregua a este empeño de realización cultural, aunque —como ya nos ocurrió alguna vez— alguna de esas incalificables figuras que de vez en cuando vienen a ensombrecer (de nihilidad y anonimismo) el escenario, cambiante siempre de nuestra po-

lítica, haya de negarnos con enfática estupidez e ignorancia, la dádiva de su apoyo.

Y no hemos de descansar por hacer prácticos nuestros anhelos de divulgación cultural, porque así lo exige nuestra conciencia intelectual; y, sobre todo, porque así lo requiere la conciencia del pensamiento americano y europeo que autorizadamente ha estimulado nuestros esfuerzos, y ha visto en "América" un organismo de confraternidad intelectual que durante sus ocho años de vida ha luchado con entusiasmo y sinceridad por revelar, en la mejor forma, las realidades culturales de su país; a la vez que ha sabido hacerse eco también de las palpitaciones de la actualidad intelectual del mundo.

ESPEJO Y QUITO

AUGUSTO ARIAS

Damos este capítulo del próximo libro de nuestro compañero y codirector, "El Cristal Indígena", reconstrucción biográfica de Espejo y síntesis crítica de sus obras.

Espejo quiteño, Espejo y Quito sería amable motivo para un ensayo. El aura nativa imprime cierta característica especial en la fisonomía del hombre. Es verdadera la influencia del ambiente en el modo personal y ni los viajes más renovados consiguen transformación absoluta en el temperamento del individuo. Se podrá no solo vertirse de cosmopolitismo, sino también incautarse de los aires extranjeros. Se vivirá, exteriormente, en el desfile de los países, y al cruzar los mares y vencer las carreteras, nos sentiremos henchidos de paisaje o habrarse fijado en la retina tanta gracia cambiante. Pero también, desde cualquier mirador subjetivo, asistiremos, a veces ignorados, al espectáculo del mundo. Mas el gusto cosmopolita de desparramarse física y mentalmente, no aminora la fuerza, reconocida más premiosamente en la hora de los extrañamientos, de pertenecerse a la tierra que nos mantuvo en los pasos del comienzo y que habrá de prolongar el eco de nuestras voces o de apagarlas, maternal y certeramente, si nos hemos perdido en vano discurso.

No se le pudiera aplicar, ni con una intención desviada, la parábola del hijo pródigo. Nada dilapidó en la tentadora fiesta de afuera, ni fué su retorno el del abatido y valetudinario que mira reflejarse, casi hermana del bordón, la sombra de sí mismo, flaca y triste, cerca de la gradería de la casa del padre. Ni le aguardaban

brazos prontos y corazón perdonador. Al contrario, rodeado de abundancia de aspiraciones, no pudo llegar al lugar abondo. Ahogábale la seguridad de merecer y de no lograr. Pasaba, como nic-tálope, rasgando la tiniebla, y en el jardín de las complacencias visuales, su posición extraña es más bien que la del ordenador de la gama de los matices, la del antófago. No obstante, solía volver de sus precoces o de sus maduros desencantos y en la tinta oscura que le sirviera para el apunte de sus críticas contumaces, vertía, para clarificar, el agua de sus más puros entusiasmos.

Se rectificaba, o buscaba, mas bien, por las treguas de su esperanza, el poder de los antidotos. De manera directa o en la disimulada de la tercera persona, quería desdecirse sin bruscas contradicciones. Y así fluctuaba, como en viaje por la quebradiza ciudad, viéndola ya pintoresca, ya desflorecida, hostil o acogedora, burlona o de templado juicio, indiferente o vigilante.

No ha de parecernos extraño, por lo mismo, su tránsito de los golpes del Luciano a las cláusulas filiales de las Primicias. No veremos, además, al doctor Eugenio Espejo, en actitud invariable. Todos sus pseudónimos concurren, si, a la formación de su personalidad, pero nos habla desde distintos lugares y para cada cual sabe graduar el timbre de su voz y la frigidez o el fuego de su discurso y si allí es el burlón despertador, en las Reflexiones acerca de las viruelas es el higienista y en las Primicias el quiteño de pluma que no vacila en elogiar para estimular y que se abandona a la ampulosidad de la hipérbole para buscar el círculo de un entendimiento fraterno.

No nos ha sido posible dejar de contemplarle en su ánimo resentido. Buscaba cierta numerosa armonía el que no pudo sino vislumbrar las notas de un concierto en cuya creación se afanaba con tan desiguales procedimientos. Mas el secreto de sus alejamientos y de sus llegadas se mantiene en aquella reinspiración que de modo inesperado le anima y le enciende en el fondo de sus fatigas y así, vuelto de las millas más distantes es casi un resurgente y del pedernal de su tristeza nacen chispas de alegría compensadora.

Le fue difícil encontrar su Némesis y tal alternativa de confianza y de duda, de copiosidad aparentemente satisfecha y de contenido pesimismo, ha de formarse en fuerza de las sollicitaciones de su lucha y por tanto los mejores contrastes del retrato que no quisiera copiar sólo el aspecto exterior del rostro cetrino, serán los de las cambiantes luces de su resolución y de su suerte detentiva, de su valor y de su miedo.

"Ama a su Patria sobre todo lo que acá puede amarse de terreno y frágil", declara en las Primicias y no hay obra desvertebrada entre sus críticas y sus elogios, pues si a esas se consagra con im-

petu sanificador, a estos se aproxima cuando comienza a vivir en la creencia de que no se han de perder sus ideales y sus promesas en la desestimación de los otros.

Ya, desde las primeras páginas del Luciano nos habla de "la constitución leal pero infeliz del quiteñismo" y prosigue en el juicio de la mala educación que recibían los niños de esta ciudad, en "su suerte deplorable para las letras" y aún cuando la consideraba "como bien poblada", en la palabra de Mera dejaba escapar el concepto de que ningún individuo de Quito poseía tales y tantos libros como los citados en el *Despertador de los Ingenios*...

Así hay que seguir a Espejo en su episódica antología quiteñese. Ni desdén ni nada que se le parezca. Interés más bien de contribuir al mejoramiento de la materna estancia.

"Poseamos la verdadera teología —dice Mera— porque en Quito, ciudad exenta de toda novedad peligrosa, ciudad piísima por misericordia divina, hay ya cierto lenguaje libertino sobre ciertos asuntos". (1)

El suyo era el sistema de despertar por antitetismos. Bien sabemos de la gota de Voltaire que se había vertido en la copa estimulante de Espejo y no hemos olvidado como de otro breve instante de sus conversadores se levanta una defensa sin conclusiones del vestido de las mujeres quiteñas, —descotes para los besos del aire y para las miradas de los hombres—, sosteniéndose solo en el libre testimonio de las modas europeas y marchándose de la sonrisa murillesca al entrecejo de Mera...

Conocía y amaba, como pocos, las felices disposiciones de los quiteños para el arte y la belleza y como si su ingenio hubiese sido un amplio espejo para recoger esas imágenes de insólita predestinación, las ofreció sin reservas en el *Discurso de la Concordia* y en la continuación de aquel, la *Historia Literaria y Económica*. (2) En la misma insistencia con la cual habla de la belleza de su espíritu ha de reconocerse el tono de su convencimiento y hasta diríamos, por fin, que en el reverso de sus Lucianos puntillosos y de sus Blancardos inexorables, hay quiteños dispuestos a recibir y conservar las impresiones de la estética.

En la *Ciencia Blancardina* y no solo para dar pábulo al análisis del fracaso de los estudios, sino más bien para mostrarlo frente a las grandes disposiciones de los quiteños, se refiere a los "espíritus bellos" que nacen en Quito, "ignorantes en las ciencias y

(1) Espejo, *Escritos*, El Nuevo Luciano, P. 428.

(2) Recogiendo la frase de los quiteños, los cuales llamaban "transportados" a los conciertos de flautas y violines, que ejecutaban arias o folias italianas, nos revela el orgullo de una tendencia nativista.

no obstante escolares en el aula universal de las gentes, de su trato y comunicación". (1)

Y sin que fuera como en un decurso bicéfalo, al cabo de pocos años quiere desdecirse, cuando escribe en las Primicias: "El genio quiteño lo abraza todo, todo lo penetra, a todo lo alcanza..." (2)

No hay, entre todas sus cuartillas, elogio más fervido que aquel del Discurso de la Concordia. Parece suyo propio. Viene como de fuerza origínea. "Admira a los obreros que agobiados al peso de su miseria" se congregaban en las cuatro esquinas, ensaya la loanza de las artes liberales ejercitadas por los quiteños y les recomienda en su labor, subrayando mentalmente un título de alguna estética aborígen que pudiera concordar con el tratado de lo bello útil que señalaron los amigos de la Calcología.

"En un ángulo de mala tienda" trabaja el quiteño, supeditando a la necesidad de la conquista económica el ideal de la obra perfecta. "Sin instrumentos —dice— iguala y a veces aventaja al europeo industrial de Roma, Milán, Bruselas, Amsterdam, Venecia, París y Londres..."

"Pues allí el pintor y el farolero, el herrero y el sombrerero, el franjero y el escultor, el latonero y el zapatero, el omnicio y universal artista presentan a vuestros ojos preciosidades que la frecuencia de verlas, nos induce a la injusticia de no admirarlas. Familiarizados con la hermosura y delicadeza de sus artefactos, no nos dignamos siquiera a prestar un tibio elogio a la energía de sus manos, al numen de invención que preside en sus espíritus, a la abundancia de genio en que enciende y anima su fantasía". (3)

No es, además, vanidoso, continúa y pluralizando las virtudes del quiteñismo, añade: "Les ois el dicho agudo, la palabra picante el apodo irónico, la sentencia grave, el adagio festivo, todas las bellezas en fin de un hermoso y fecundo espíritu". (4)

El también como los obreros quiteños, hubo de buscar, hasta en las reflexiones de utilidad temporal, el reflejo, traslucido por lo menos, de la belleza, y en la curva pesada de sus escritos desparramó igual ingenio epigramático, mezcla de gravedad sentenciosa y de agudezas conceptuales, de picantes epítetos y adagios de brillar repentino y nuevo, aún en medio de la repetición popular en la cual debieron ser concebidos. No puede llegar, empero, a la forma breve y suscitadora de aquel madrigal de la sonrisa que

(1) La Ciencia Blancardina, Pag. 317.

(2) Primicias, Pág. 64.

(3) Espejo, Primicias de la cultura de Quito, Pág. 65.

(4) Primicias, Páginas 65 y 66.

es el epigrama y si alguna vez logra dar en el acróstico malicioso, como aquel que dedica Murillo a Mera: "Milagrosa lira con plectro sonoro—Esplendor brillante del quitense abril— Ruisenior que canta, parlero candil— Abeja económica en métrico coro—", al paso de sus cláusulas deja caer una que otra redondilla, como la siguiente, antigramatical pero de templada guapeza: "Vuestro papel recibí— y el desafío no abono— que no quiero matar mono—ni que mono mate a mí". Desarrolla más bien, en su prosa ceñida, motivos epigramáticos y tal como en la pauta de su destino, nos sorprende con locuacidades incontenibles o con los súbitos ocultamientos de su pitagorismo, ese lino de silencio y esa vispera de frugalidad que tratara de imponerse, cuando se refería a los consejos que para no remover a la envidia con su mérito, recibía el prudente Mera, imagen suya en muchos de sus caminos dialécticos y de sus altos de mudez.

Así le observaremos, haciendo rebotar los gerundios de su animada conversación, contra las paredes multiplicadoras de los ecos del arco de Santo Domingo a la diestra del culto poeta Murillo o guardándose, en trabajo de cierta recatada elocuencia, las locuciones que gastaría cerca de Mera, al cruzar el arco de la Reina, a ras de la piadosa morada de don Cosme de Caso. . . .

Cree en que el del quiteño es "el verdadero talento universal" y alude a la altura de Quito, "superior a la de muchas ciudades". Así se complace en aquella especie de mirador espiritual que debería representar, hasta por su postura geográfica, el casi aislado altiplano. "En este momento me parece señores —exclama— que tengo dentro de mis manos todo el globo; y yo lo examino, yo lo revuelvo por todas partes, yo observo sus innumerables posiciones y en todo él no encuentro horizonte más risueño, clima más benigno, campos más verdes y fecundos, cielo más claro y sereno que el de Quito". (1)

Supone, entonces, que el entusiasmo poético "se señorea de él" y sugestionado por tal pensamiento quiere mirar a la ciudad que se levanta allí en donde "forma un crucero con la meridiana del Ecuador" y asistir al momento en el cual "toda la Europa fija los ojos en vosotros. . . ." Pero un desencanto súbito, como golpe de realidad en la vena apolínea, le vuelve a la paralela corriente de otra frase concisa de las suyas: "No nos mueven los estímulos del honor y el buen gusto anda lejos de nosotros", para escribir, por último, esa formulación de su deseo: "Quiteños, sed felices; quiteños, lograd vuestra suerte a vuestro turno; quiteños, sed los

(1) Primicias, Pág. 66.

dispensadores del buen gusto, de las artes y de las ciencias" (1)

Espejo reconoció en los quiteños esa natural aptitud de la vocación artística y descubriéndola en el vulgo hubo de hallarla con notas personales en los artistas del lienzo y de la forma que poblaban de imágenes y de figuras los retablos de la Colonia. El Padre Carlos "superando en los troncos las vivas expresiones del pincel de Santiago", Caspicara con el mármol y la madera, Cortez "con la tabla y el lienzo", completan el cuadro de ingenios para los cuales soñaba con el acicate pulidor de la Academia y de cuya línea emerge el impetu creador de Santiago: "Cuando estaba negado todo con la Europa, y que apenas después de muchos años se recibía con repiques de campanas el anuncio interesante de la salud de nuestros soberanos, el que bárbaramente se llamaba el Cajón de España, entonces estampaba las luces y las sombras, los colores y las líneas de la perspectiva, en sus primeros cuadros, el diestro tino de Miguel de Santiago, pintor celeberrimo". (2)

* * *

De las vehemencias de sus deseos hay tránsitos sensibles a las veras de la conformidad: "La pobreza de Quito, dice Mera, es sabia y misericordiosa providencia del Señor, pues si cuando más la lloramos, prevalece el fausto, domina el lujo, tiene su ascendiente la torpeza, descuella la profanidad, sube de punto la destemplanza, son de la moda más rigurosa y urgente las mesas exquisitas, y todo género de vanidad, ¿cuál sería la corrupción de Quito en la abundancia del oro y de la plata? Advierta Ud. una cosa: que aquellos lugares y ciudades donde se dan estas preciosas heces de la tierra, carecen de los alimentos más nobles y los frutos más necesarios a la conservación de la vida; y, si los logran les viene de fuera y en un estado si no de entera alteración o fermento, a lo menos en el de sustancia evaporada. Barbacoas, Popayán, Cali, Buga, tienen oro y no tienen pan. Quito no tiene oro, y aunque le tenga en sus minas, lo oculta la Providencia porque goza si de sus aires y temperamento benignísimo, de sus alimentos dulces, nutritivos y delicados". (3)

En el discurso de don Sancho de Escobar se había, imprudentemente, comparado a Quito con Jerusalén, para que sobre iguales ruinas cayera el lamento jeremiaco.

De nuevo, Murillo, en sutil comentario, revuela en el contraste

(1) Primicias, Pág. 69.

(2) Primicias, Pág. 83.

(3) El Nuevo Luciano, Págs. 554 y 555.

y pasan trozos de primavera entre la niebla de una incontinencia invernal:

"Me había parecido puesta a nivel Jerusalén con Quito. Las mismas nubes, los mismos rayos y tempestades; los mismos aires jerosimitanos y los mismos catarros y tabardillos quiteños. Allá el mismo porfiado llover, y acá el mismo pedazo de primavera media y de un infinito invierno; y así de todo lo demás, entrando hasta las papas..." (1)

No de otro modo ha de prolongarse el paisaje de su pesimismo y de su audacia: fulgores breves en los cuales revientan consolaciones florales y largos decursos helados, monótono caer de la hostilidad pluviosa.

* * *

"El quiteño, cualquiera que sea, es amigo de la gloria. ¿Cuál alma noble no es sensible a esta reluciente corona del mérito? Así se elevará sobre sus fuerzas naturales", anota en la página nonagésima de su Discurso de la Concordia y reflejándose en ese perfil gallardamente ambicioso, también alude a la emulación de nuestro pueblo y al cariz del "quiteño orgullo" que había de buscar compensaciones en el rendimiento de las circunstancias: "Hacerle imaginar a cada uno que por error de la pluma no ocupa lugar destacado..."

Suele fijar visiones que se dirían antagónicas, pero que concurren a la formación del cuadro del ambiente en el cual desarrolló su obra precursora: mañanas de inesperados albores y en medio del bochorno de un sol perpendicular, los latigazos bruscos del granizo y, al término, un cándido iris de pacificación. Entusiasmos veloces y súbitos desánimos. Inteligencia de raras prontitudes, amor por el elogio hiperbólico, rápido examen y complacencia igual para buscar el defectuoso carácter del objeto de la misma simpatía antecedente y apasionada. Promesa honda, honda, pero llevada en juego de fugacidades, como para consolarse de la longitud de salir con cierta prisa irónica de quedarse.

En la cuartilla del apunte antológico hay muchas frases de nuestro Espejo. Se oponen y se contradicen con tacto parecido al de los interlocutores de sus diálogos, pero no es difícil encontrar en ellas un enlace esotérico, como el de su drama y el de su anécdota, como el de su frialdad y su ardor, como el de la pendiente pedruzca que nos invita a descender, elevándonos a otra vereda plana y sin fatiga.

(1) El Nuevo Luciano, Pág. 555.

Aparentemente no hay concierto entre la risa severa del Luciano y la presteza complacida del doctor de las Primicias. Para éste, aparte del elogio del sabio Maldonado y de otras citas singulares como la del "intrépido quiteño" Mariano Villalobos, el descubridor de la canela, por poco no salían "del seno de la Patria los Homeros y los Demóstenes, los Sócrates, los Platones, los Sófocles, los Apeles y los Praxíteles. . ."

"Tristísima y mas que desventurada ciudad", silabea quejumbrosamente su Mera. "Bellísimo Quito, seno de paz, Quito discretísimo", escribe su Blancardo en el **Marco Porcio**. "Cabrera de Quito el aguado", grita en una de sus epístolas la Manuelita de sus **Cartas Riobambenses** y buscándose en la impugnación de su Luciano, concluye: "Si el fuera de Quito tuviera, siguiendo la apacible serenidad de su templado clima, un temperamento suave que le hiciera escribir, mas sus glorias, que no sus defectos o lunares" (1) y en tan sinuoso proseguir, ya ve a la ciudad de su nacimiento "espirituosa y sensible", ya la considera de "turbulenta y desapacible comunicación" y ya la contempla "con ojos de luz en sus apacibles constelaciones" (2)

Aquel que aguardaba "del mismo cielo de Quito la renovación de la faz de su patria" (3) fuese, chispeante o pesaroso, insistiendo en la plática de rumio que habría de volcarse en la profusión de sus papeles. Distendió, en nervios propios, la tan invocada "paciencia de los quiteños" y como ellos, prendándose del buen gusto, desparramó donaires para buscar en el motivo de la sátira, con instinto de aguijón, el alfiler zumbante. Mas, si en el radio de sus críticas no se le hubiera juzgado absolutamente como a un dueño de acritud destructiva, tampoco se le asignaría, de seguirle en sus elogios, el apodo de ingenio candongo. Ni fustigador ni zalamero. Vase, como quiteño entrañable, buscando en las piedras del camino un acicate de avance para su deseo cimero. Ama ciertamente a Quito y sabe, por lo tanto, que para el silencio de sus encajes pétreos ha de pedirse la gracia descubridora de los soles nuevos. No halla episodio para una estancia sofoclea, aún cuando siente latir, casi en el socavado dominio de una tática inexpesión, la nota inacorde de una tragedia singular, mezcla de tacto y de impotencia, como la del muñón que conserva el recuerdo del brazo, la memoria de las falanges y quisiera extenderse, angustiosamente, hacia la gloria del aljófara. . .

Pero muchas cosas se resuelven en la figura costumbrista de

(1) Marco Porcio Catón, Pág. 249.

(2) Marco Porcio Catón, Pág. 322.

(3) Segundo Sermón de Santa Rosa, Escritos, T. II, Pág. 585.

la **volada** (1) y tiene la pausa de la vida, detrás de las paredes andinas, algo de las premuras y de las contenciones de un golondro.

No sabrá decir de sus imprecisiones ni de sus certezas, pero ha llorado, de noche, sobre la piedra inánime de Santo Domingo, ara propicia para la inmolación de su **Salva Cruce** o apareciendo, como un fantasma, por entre las elevadas quiebras de San Juan, ha rompido el silencio con su risotada en la cual se estrangulaba una queja.

(1) "Ulloa da a los mestizos como autores de esta bellaquería. El noble descuidado o el chapetón rico y bobo que se aventuraba sin abrir mucho los ojos por las calles de la ciudad, se encontraba de repente con que el sombrero, el rico sombrero de castor blanco, adornado con cintas de tela de oro y plata y hebillas de diamantes y esmeraldas, había volado de la cabeza. Un pilluelo escondido tras de la esquina, atrapaba el sombrero y se ponía en fuga con gran celeridad"— Isaac J. Barrera: QUITO COLONIAL— Pág. 32.

LA CRISIS DEL ARTE

REMIGIO CRESPO TORAL

— A propósito de la Fiesta de la Lira —

En estos días de crisis, sobre todo de la economía, de crisis también moral, no es fenómeno de novedad que se produzca también las crisis de la literatura, de la poesía, del arte. Y que los amantes de estas preciosidades de la civilización demos señal de alarma, desde la torre del homenaje, en advertencia de irrupción enemiga y para decir verdad a los contemporáneos que, en el vértigo del positivismo, se están sumando a la caterva que suprime la estética pura, el noble placer y el ritmo en la vida; la caterva cuya aspiración se va reduciendo a la actualidad momentánea, renunciada aquella gloria, dejándola para largo plazo, que dijo el civilizador argentino Sarmiento; gloria futura, la única valedera y que puede llevar el nombre de gloria.

La mecánica va matando el arte, el artefacto se sustituye a la obra artística, la invención exacta suple a la operación libre, el maquinismo a la inspiración. La máquina que mata al obrero, amenaza anular al artista.

La escultura se traduce en el vaciado; en otra cosa peor, en el **pastiche**, en la masa de cartón, en el cemento moldeado.

La arquitectura va al industrialismo, a la armadura de hierro y al bloque de cal, a la ciudad colmena. El cemento armado tiene la uniformidad, la ordinareiz de la estructura. Su color muerto carece de matiz, de contraste, de variedad. Esas arquitecturas no entrañan vida, participan de la tosca forma del anaquel de mercader, del nicho de las necrópolis, del encasillado en los barcos, del asiento en el teatro, en el tranvía, en el tren: todo matemático, geométrico—todo en serie: la negación del arte.

La escultura religiosa, antes de marfil, de mármol, de bronce modelado para una sola figura, en madera o barro cocido, tenía alma, el alma del artista que la traducía en la obra. Y hoy, procede de las fábricas de ángeles y santos. En pocas de esas imágenes

pasa el aliento inspirador, para elevación y ambiente místico. Devoción sin calor, sin el espíritu del artista trasladado a la materia, dócil a la impresión del agente milagrosamente creador.

Contra la pintura surgieron rivales poderosos en la fotografía, en la litografía, en el estampado de imprenta. El artista único para una obra única resulta ya casi imposible. La fotografía en colores sustituirá al pincel, la fotografía llamada artística, ampliada, perfeccionada, matará quizás la pintura, y a su influencia no quedará retribución alguna que merezca el nombre de tal para los pintores rezagados.

La música se da a máquina: la pianola, el disco, la radiofonía y el cine parlante. ¡Cuán poco resta ya para el teatro! Traslado éste a la maquinaria, tendrá la universalidad del espectáculo y su multiplicación. Los actores y los dramaturgos, una sola vez, entregarán el secreto de la creación al aparato, que les roba definitivamente el tesoro. Pudiera ser que algunos aficionados insistan en el espectáculo auténtico, en ver y tocar a los actores y sentir la varia emoción de las audiciones a personas vivas y no a estampas parlantes. Pero al cabo vendrá tan reducido el rinconcillo de selección que reste a los pobres artistas! Les pagarán las empresas cinematográficas, y la obra teatral, aprisionada en la máquina sutil, no se repetirá en provecho de autores y actores, sino para prolongación del negocio cinematográfico. Los autores y actores ya se vendieron al cine, compraron un retacillo de vida con la muerte de su arte.

El cinematógrafo invade el espectáculo. La pantomima satisface ampliamente a la multitud. Queda el teatro para los escogidos, los depurados, los ricos de comprensión y de dinero tan pocos! Los actores, las actrices sobre todo, es decir la parte accidental del espectáculo—atraen todavía la curiosidad popular. La cinta basta a desarrollar las imágenes, los gestos, el movimiento dramático, y sobrepuja a toda invención literaria, con atrevimientos que no encajan en la verosimilitud. Sorprende con el sortilegio del prodigio, con la realización hasta de lo imposible, o simplemente imaginario. El campo espectacular se ha ensanchado hasta lo increíble, y la decoración se da perfecta y adecuada aún a las situaciones de pura invención. ¿Qué isla por descubrir resta a la antes única y deliciosa farsa teatral? (1)

(1) Alfredo A. Bianchi, Director de Nosotros y crítico de teatro en la Argentina, en que obtuvo indiscutibles triunfos la escena nacional, escribe: "En 1897 hay 62 salas de espectáculos dedicadas al cinematógrafo, mientras en 1900 no se encontró una sola. El cinematógrafo ha revolucionado la escena en todo el mundo. Casi se podría afirmar que el cinematógrafo ha muerto al teatro".

Transformación tan inesperada! La ciencia, que se la creyó en la bancarrota, plenamente ha evolucionado. Nos da sorpresas maravillosas. Parece que nada falta ya a la humanidad, después del auto, del avión, del radio, del cine parlante. Quizás vaya más allá el descubrimiento: al viaje interplanetario, a la comunicación cierta en el mundo de lo suprasensible, a la investigación del arcano de lo inconsciente.

Todo ello podrá ser... Mas, este mismo prodigio de la invención va empujando al hombre, encadenándole a la mecánica, suprimiendo el vuelo del numen, del genio, de la libertad y de tantas bellas actividades.

Si resucitaran los trágicos griegos, si tornaran un momento a la vida Shakespeare, Calderón, Schiller, Goethe, Moliere, Wagner; su admiración, su estupor no tendrían límites, y se darían por bien muertos! Qué fuera de ellos ahora, cuán para poco y en qué clausura queda su arte grandioso y exquisito, frente al arte industrializado, de tipo, de serie, reducido al régimen científico, al mecanismo que suprime el encanto de la inspiración, su emoción más fina y delicada, su éxito supremo... Y en la ejecución no caben las variaciones, el matiz nuevo, la operación libre del artista. ¿La creación se modificará al llegar a plasmarse en la obra? Todo ello lo suprime la rigidez del aparato que da automáticamente los obligados detalles del cuadro, de la voz, del gesto, de la escena.

Comenzó el poema de la acción por la mímica, en la primitividad de la cultura; y en la casi plenitud de ella, vuelve el drama mudo—el del gesto, el del movimiento—con la explicación entendida o escrita. A última hora, se completa la mímica con la habla y la música.

Pero todo ello en mengua de la tragedia viva y emocionante, de la comedia—trasunto de las costumbres—de la ópera radiante de esplendor y armonía, del sainete ameno, de la revista con personajes de carne y hueso.

¿Agoniza el drama? A lo menos en los países secundarios, los espectáculos de maquinaria llenarán los programas. Para los grandes pueblos quizás subsistirá, restringida sí, la antigua, prodigiosa farsa.

Esta transformación revolucionaria ha invadido también las artes de la palabra. Por ello, priman ahora las novelas científicas, las de invención, las psicológicas, procesales, sociológicas y policiales, las que pueden traducirse a la cinematografía. Y la ficción poética-síntesis del ritmo de las ideas y de la musicalidad y la cadencia sacude el yugo de la armonía, se desconcierta y sobre un

pentagrama novísimo, ensaya los febriles movimientos, desacordes del versilibrismo sin eufonía, sin concierto, al azar, en daño del verso y para malear la prosa.

¡La concepción nada significa para las finalidades del arte de avanzada, que da cuerda al aparato! ¡y a oír! La forma primaria casi no existe, lo demás se desarrolla en proceso caótico, inextricable. El ritmo acentual desaparece en un malabarismo que en casos denota suma habilidad para disparatar, y en otros, un accidente de locura.

Así, en el arte del diseño, vamos a la supresión del detalle, al cubismo, a la geometría, al color rabioso, sin el matiz de verdad, a la deformación de la naturaleza. Y en las artes plásticas, a la anormalidad, a la originalidad divorciada del orden y sin más ideal que el disloque. La música que en Wagner dilató el dominio, copiando la integridad de la vida y de la realidad, degenera en el jazz-band, en la estridencia, procedente de los bárbaros, de los negros, para el desequilibrio y el salto en el vacío, la pirueta, la epilepsia de la coreografía.

¿A dónde van los humanos de hoy, perdida la ruta hacia la serenidad paradisiaca del arte? ¿Subimos o bajamos? ¿Rafael y Miguel Ángel, Mozart y Bethoven, los clásicos del verso y de la prosa se van, arrinconados en el museo intelectual? Han pasado al museo, a las medallas orinecidas, a la estampa desteñida, desmonetizados en la nueva circulación del arte comercial.

Las salas de concierto son ya como islas en este maremagnum de música de calle, de casa, de salón, de café. Vendrán a menos las audiciones: el canto mismo, maravilla primaria del arte, traducido en el disco, cada vez más perfeccionado, servirá a que los artistas impresionen la placa sensible, y limiten así sus actividades. El arte industrializado indemnizará apenas al cultivador, al creador, al maestro.

Así como las máquinas—milagro de los sabios— produjeron la crisis del trabajo manual; así el arte maquinizado, multiplicable hasta lo infinito, va relegando el verdadero arte a las torres de marfil, construcciones arqueológicas para las momias del pensamiento congelado.

El procedimiento técnico, el estampado, el molde... ¡adiós, musas inspiradoras! ¿El artista resulta casi un proscrito, o deberá entregarse como siervo de la empresa industrial, como factor secundario de la belleza?

¿Y la literatura? Desde atrás, ella va cediendo a la evolución industrialista. Las revistas gráficas, los magazines, los libros de vulgarización, las monografías de propaganda, forman mole literaria imponderable. No es ya el libro para solaz espiritual, ni el cuader-

no de literatura selecta. Las revistas han de traer estampas de bellezas femeninas: la ilustración importa más que lo ilustrado; triunfa la imagen, queda a la zaga el poema, se da el pensamiento en comprimidos y la poesía en acertijos, en el *hai-kai* japonés, una caricatura de la copla española o del lied alemán. Al desdoblar un gran diario, apenas se encontrará media columna de literatura que merezca vivir: todo se da adecuado al instante, para satisfacer la impresión cotidiana, en fugacidad impresionista. Los cuadernos literarios reducen el espacio que se concede a las letras de verdad. La filosofía—esa gran conciencia de la humanidad— daña a la popularidad de las revistas de gran tono. Se busca la amenidad, la ligereza. ¿A qué lo trascendental, lo hondo y lo alto? Se va sobre la epidermis para un estremecimiento pasajero. La filosofía acéptase a lo sumo a manera de deporte de salón, juego de luces sin trabazón lógica ni contextura. La ciencia misma, la gran ciencia, fastidia a los consumidores del papel impreso. Cada día, se limita más el círculo a la especulación paciente, al vuelo de imaginación, a las exploraciones al mundo de lo desconocido. Se duplica el espesor de los muros que nos separan de lo suprasensible, y las moradas sobrenaturales se van cerrando a nuestra visión o se niega su existencia: son creaciones ficticias de cerebros alucinados.

El arte de la palabra, el imperio de la elocuencia, el prodigio del estilo, la ondulación rítmica —¡tantas hermosuras!— irán perdiendo prestigio ante la invasión irresistible de la literatura comercial— la del reclamo, la de los deportes, del aviso, de las pildorillas para digestión fácil, de la picantería política, de la revista de sociedad. Si llegará el día en que se grite: ¡Ay, la literatura se va! ¿Dónde está la poesía? ¿Qué fue del arte?... La modernidad replicará con el silencio!... el de la tumba.

Y el enemigo máximo —la fiebre olímpica, la exageración superlativa de la educación física, necesaria ésta indudablemente, como base de la sanidad corpórea, asiento decente del alma. Así lo comprendió la antigüedad, maestra del progreso, que ahora lo creemos nuevo. Mas la absorción olímpica, en los términos en que hoy se suscita y se extiende triunfalmente, desequilibra la cultura, en daño de la estética y hasta de la vida, ya que los torneos de la fuerza y el atletismo tantas veces conducen a la barbarie de comprometer la existencia, romper la máquina humana y sacrificar a los nuevos gladiadores del circo moderno. Añádase el espectáculo brutal de la lucha feroz del puñetazo, espectáculo que se paga con millones. El vencedor se constituye rey y le respalda locamente la nación de su origen. Nuestra raza española conserva aún el deporte se-

misalvaje del torero, resto de la antigua lucha entre el hombre y la fiera.

Tales desviaciones de la línea recta, alejan a las multitudes de la serenidad artística, de las fiestas cultas, de los espectáculos de distinción y elevación. El mundo moderno que va suprimiendo salas de concierto y teatros, multiplica los estadios, las pistas, las múltiples rivalidades de velocidad en aire, tierra y mar. Las gentes se arremolinan, en miles y millaradas, para aplaudir a los ases de la carrera, de la regata, del salto, de la pelota. Los rincones de arte se reservan a pocos elegidos, quizás los vencidos de una civilización al desaparecer. Lúgubre silencio el de las salas antes henchidas de espectadores, cuando los aficionados se agolpan en los redondeles para vitorear a un misero triunfador en juegos de habilidad: precisamente en lo infimo de nuestra naturaleza.

¿Será que la grosura del progreso traiga la degeneración, y que la belleza se relegue a segundo término, en espera de espiritualidad, en una reacción más o menos cercana? Ya en el siglo pasado fulminó el poeta de los yambos, A. Barbier, la queja de las musas: "Desgraciado talento que busca abrirse paso, desgraciada la inocente musa que abre las alas al viento de la poesía. En vano pretenderá agitar los remos sobre el fango de las ciudades. La risa estúpida subirá como vapor malsano, del fondo del lodazal, para manchar al águila en el amplio e iluminado espacio en que solitaria se pierde".

Estas mismas querellas angustiosas avisan que la conciencia humana permanece rebelde contra la tiranía del instinto y que la levadura de la estética, aprisionada bajo espesa capa de tierra, surgirá otra vez para la divina fermentación del arte.

No desesperemos. En los pueblos más industrialistas, Estados Unidos, Alemania, Inglaterra, encendidos están los fuegos del hogar artístico, a despecho de la cultura del músculo y de la risa callejera que pasan como ráfaga de enfermedad. Lo permanente, lo suprasensible, que entra en la historia y engendra el porvenir, es la obra humana superior en moral, en ciencia, en arte. En la América Inglesa se multiplican las ciudades universitarias, donde resucitan los númenes antiguos, inspirando a la gente moderna y preparándola para la campaña de la vida futura, múltiple y ecuménica.

La reacción nos salvará. La estética, casi ahogada en la humedad positivista, prepara la restauración. Ella, como la mujer, aunque parezca desaparecida en el concierto de la civilización, actuando está detrás con el imperio de la seducción y la virtualidad del sentimiento.

Las crisis no son ni pueden ser perennes, y de ellas surge, con

vehemencia de evolución, la sangre de la nueva cultura: **aere perennius**: más durable que el bronce.

En esta ciudad, desde el pasado siglo, espiritual y sensible a la sugestión artística: por Dios que nadie pueda algún día, lanzar sobre ella, a manera de bomba explosiva, la estrofa fulminante de Narciso Serra contra los que en su tiempo preferían el pedestre ritmo al del cerebro iluminado por la inspiración:

Bailad. Ninguna torpeza
vuestra eterna danza es,
ya que a la naturaleza
plugo daros en los pies
lo que os quitó en la cabeza. (1)

Gentiles mancebos, sentimentales niñas, ciudad pensadora, seamos fieles a nuestro destino, al de un pueblo que posee tantos hombres de pluma, como pocos de los de la Raza. Y ponderemos que la civilización se halla ligada al desarrollo intelectual y que "todas las grandes civilizaciones son obras poéticas: la de la seda en Oriente, la del mármol en Grecia", tal como escribió acertadamente otro gran escritor y poeta argentino, Lugones.

Los fundadores de la fiesta de poesía en el Azuay piden a sus Poderes seccionales protección y simpatía, igualmente que al consorcio popular. Sea la fiesta de todos, para prestigio de la comarca y para su celebridad venidera. Ella, banquete fraternal en que las generaciones literarias irán tomando puesto con audacias nuevas y siembras de arte original y exquisito.

Cuencanos: vuestro prestigio se vincula a la cultura intelectual y literaria. No reneguéis de la progenie del espíritu, que es sangre de todos los tiempos y raza de inmortalidad.

Cuenca. Agosto. 1933.

(1)—Ha muchos años, en 1886, en polémica periodística, cité la valiente estrofa del poeta español.

ENRIQUE AZCOAGA

NICOLAS JIMENEZ

Al hablar de los buenos críticos españoles contemporáneos en la revista "Rumbos", ya tuvimos ocasión de ocuparnos ligeramente de este joven literato que, con tanta y tan bien merecida fama, ha empezado y está prosiguiendo su carrera literaria, habiendo conseguido que sus artículos sean buscados y leídos y que su nombre se cite con frecuencia en medio de elogios y favorables comentarios.

A pesar de lo que ya dijimos, vamos nuevamente a diseñar su personalidad, porque, estando como está en el fervor de producción intelectual y habiendo recogido mayores datos, se nos ha exhibido por nuevos y diferentes aspectos, como prueba de la rica savia que circula por su cerebro y le impulsa a crear y lanzar ideas fecundas en sugerencias y en orientaciones directoras.

Sabemos que es aragonés, que ha venido tras la generación aquella en que sobresalió E. Giménez Caballero y que tiene en preparación para la prensa cinco volúmenes —colección de lo publicado por él— en que alternarán poesías y ensayos, comedias y críticas de arte y literatura.

Las revistas que circulan en Quito han acogido preferentemente sus artículos. Se conoce lo que opina acerca de Gómez de la Serna y de las públicas exhibiciones de arte. Es, por consiguiente, fácil que los lectores comparen lo que vamos a decir con lo que Azcoaga ha escrito, para que aprecien y juzguen si hay cabal adecuación entre nuestro juicio crítico y los valores literarios de Azcoaga.

* * *

Uno de los afanes fervorosos de Azcoaga es el de precisar —si tal cosa fuere posible— lo que es o lo que debe ser el poeta y lo

que debería ser la poesía. Con ese estilo suyo, tan espiritual, tan conciso, tan axiomático— estilo que constituye uno de los grandes atractivos, incitadores de la lectura de sus páginas— se esmera, cada vez que trata de un poeta, en mostrar, poco a poco, y hasta aquí parcialmente, cómo debe ser un poeta y cómo debemos entender ese misterio de los misterios que se llama la poesía. Porque, en verdad, que es algo espiritual y aristocráticamente misterioso la poesía. En su viaje a través de las edades, como todo el que recorre el mundo por senderos trágicos, la poesía se ha cubierto de polvo. Su rostro se ha desfigurado y se ha vuelto inconfundible. Le afean manchas innobles y, perdida su íntima personalidad, ha llegado a ser confundida con otras, con las que jamás debería ser ni siquiera equiparada.

Deber de esos grandes analíticos, que se llaman críticos literarios, ha de ser el volver a la poesía su antigua hermosura y su perdida legitimidad. Y para ello, nada mejor que repetir con insistencia, hasta que se graben en la mente escrutadora de todos los buenos aficionados, cuáles son los rasgos puros, esenciales, característicos, inconfundibles, por los cuales se la ha de conocer y encontrar.

Enrique Azcoaga se ha impuesto ese trabajo caballeresco, semejante al que se daban a sí mismo como misión de sacrificio para toda la vida los andantes caballeros que iban por el mundo, armados de todas armas y con ánimos valerosos, fuerte brazo y voluntad pronta, a lidiar grandes duelos en defensa de su ideal.

Vamos a ver con qué breves pero significativas palabras y con qué concatenadas frases, aunque en estudios diferentes, traza Azcoaga el ambiente en que se mueve el poeta y señala la parte esencial de su acción como tal poeta.

Al hablar de André Bretón, el portaestandarte del superrealismo, nos dice que "el poeta no debe permanecer **en**, ni dirigirse **a**, sino partir **de**". Compendiosamente en esas tres frases casi matemáticas, con algo de dejos de la escolástica antigua, ha encerrado toda una doctrina estética. El poeta, en efecto, no debe largo tiempo quedarse como aquerenciado en una fórmula lírica, cual si hubiese encontrado su centro de descanso, permaneciendo en él indefinidamente, porque entonces se amana, pierde su dinamismo espontáneo, que es lo que da vida a sus poemas, y empieza a sentir, con la inacción, el frío de la anticipada muerte, la rigidez de los cuerpos sin movimiento.

Tampoco debe dirigirse **a**, esto es, tampoco, a semejanza de los turistas bulliciosos, debe trazarse de antemano su programa de viaje, anunciando su itinerario, fijando con premeditación la meta a que quiere llegar, exhibiendo en esquema el plan de sus poesías,

ni fijando en frases llamativas el tema de sus cantos; eso equivale a construir un objeto en fuerza de habilidad, bien dispuesto, bien torneado, bien trazado, como un artesano que, previo aviso de sus aptitudes y de sus antiguos buenos éxitos, y hasta previo contrato sobre el precio de acuerdo con las dificultades que va a vencer, construye muebles prosaicos.

El poeta debe **partir de**, esto es, arrancar con ímpetu y con divina inconsciencia hacia arriba, hacia lo alto, superando el nivel común que forma la muchedumbre aislándose, solo, si solo, como que él sólo lleva dentro uno a modo de motor que le va animando y que va comunicando ímpetu y no prefijada dirección a su vuelo. La poesía no es, pues, labor de circunstancias, tema obligado de acontecimientos solemnes. Es ignorado, aun por el mismo poeta, el momento propicio y oportuno en que, en su interior, en obediencia a causas íntimas y espontáneas, se han de mover su lengua de inspirado para cantar y sus alas para arrancar de la tierra y volar con un rumbo en que él mismo no piensa, que él no fija de antemano, porque en los horizontes espaciosos, que es su elemento momentáneo, no hay caminos trazados fijamente, ni se conservan las huellas de anteriores recorridos. . . .

Y en otro estudio de Azcoaga, sobre Supervielle, volviendo a la idea que ya enunció, en orden a que el poeta debe **partir de**, para ser verdadero poeta, precisa ese punto de partida y ese viaje explorador e impetuoso. "Lo poético —dice— parte de nosotros para venir a nosotros. Pero el regreso no puede efectuarse tal y como la marcha se produjo. El regreso tiene que ser un regreso con expresión. En la vuelta el poeta ha de sentirse otro. Y es para sentirse otro, él, en todo momento distinto, para lo que utiliza la cosa. Porque el sentimiento, herido en mil y mil accidentes, es tal sentimiento, entonces. Es pura, que no alquitarada o jeroglífica poesía". Quiere decir que es un círculo el que traza el poeta en su viaje por los dominios de la verdadera poesía. El poeta parte de sí y regresa a sí mismo. No se extravía. No se detiene en nada, acortando su vuelo, y frustrando su travesía feliz. No pierde la intuitiva dirección con que sabe que el centro de su acción está dentro de sí. Sale momentáneamente de él, pero atraído por él vuelve, después de recorrido el círculo, más o menos extenso del obligado viaje, a su eterno centro de gravedad. Los poetas reflejaron y descubrieron antes que los sabios el giro circular en torno de algo, que es lo peculiar y propio de toda cosa en el universo, mediante la atracción y la repulsión, para sostenerse entre las inmensidades que la rodean.

Y añade Azcoaga que el poeta en su regreso vuelve diferente de lo que era cuando partió, porque cada ímpetu con que viaja es co-

mo un obediencia a un ejercicio gimnástico interior, con él se vigoriza y se enriquece, desarrolla y se perfecciona. Vuelve más rico en dones, captados en su excursión; vuelve con la voz más fuerte y recia para hacerse oír; vuelve con el experimentado, aleccionador descubrimiento de las cosas bellas encontradas a su paso.

Tomemos otra de las notas precisadoras de la legítima poesía, con que Azcoaga va redondeando cada vez más en sus estudios el concepto de lo que debe ser el poeta. Al hablar de "Hélices de huracán y de sol" de Gonzalo Escudero, dice: "Gonzalo Escudero nos muestra en su libro la América de todos. La América terminada. Descubierta. ¿Y la suya?— Gonzalo Escudero no sabe que el poeta no cuenta con lo descubierto. Que es él en tanto todo descubre...."

Es decir que una de las notas de la poesía legítima es la originalidad. El poeta, cada poeta verdadero, no se parece a los demás hombres. Ni siquiera debe parecerse a los demás poetas. No debe contar con lo que los otros han descubierto en las cosas. Debe ser él un inventor, debe descubrir algo. Sendero, dirección, horizontes. Por eso, al comentar más arriba una frase de Azcoaga, dijimos que en el cielo abierto, en ese azul del arte por donde viajan los poetas, no quedan huellas de otros. El secreto, está para ser original, en saber remontarse allá, donde todo es nuevo; no quedarse acá abajo, donde hasta hay cuadros gráficos de los únicos caminos transitables, de las vías más usuales, aun en el mar, por las que recorren fatigosa e incansablemente las espesas muchedumbres.

De las notas, hasta ahora dadas por Azcoaga sobre el poeta y la poesía, y de las que han venido a nuestra noticia, sea la última que consideremos en este estudio, la que hallamos en un artículo suyo sobre Rafael Alberti y sus poemas comunistas. "El poeta no deviene poeta —escribe— si no sabe en sí hablar y escuchar. Lo que el poeta no puede hacer es, en su poesía, hablar. Dirigir la palabra. Entregar a los demás su intimidad. Que eso es el líder...."

El poeta, en sentir de Azcoaga, no debe ser populachero. No debe ya arengar a las masas en las plazas públicas, con aires de jefe de partido. Ni siquiera sería tolerable un nuevo Tirteo. Pasó la época de lanzar **gritos del combate** ni en los campos donde se lucha, ni mucho menos, con ficción inaguantable, desde lo más retirado y pacífico del gabinete particular. El poeta no debe hablar más que a sí mismo, como si él fuera su único auditorio, a fin de que el prejuicio de que hay muchos que le oyen y que están listos para aplaudirle no le convierta en orador insincero que sólo busca efectos y arranques verbales, que acaben en parrafadas, incitadoras de los palmoteos. El poeta debe, en el silencio y el

retiro de su alma, hablar sólo para sí y escucharse, de modo que su voz despierte eco en sus propias concavidades internas, con resonancias semejantes a las que, según cuentan, el viento impetuoso del desierto, produce en los labios de la gran esfinge que se alza junto a las Pirámides, o a las que guarda dentro de sus espirales el caracol marino, como denunciador de su origen y del tumultuoso vaivén de las olas en las que se mecía al nacer y formarse.

Esa condición, esa exigencia, vale tanto como la recomendación de la sinceridad, elemento vital de la lírica. El orador, el líder, son el polo opuesto del poeta. Estos nacieron para **hablar**, entregar a los pueblos su intimidad como dice Azcoaga; para poner a espectación pública esa intimidad que cada cual lleva en su alma, pero que deja de serlo y se vuelve patrimonio común, vulgar y ordinario, cuando la reciben los grupos congregados y ávidos y palpitantes con pasiones encontradas. La poesía no debiera ser, propiamente declamada ni escuchada, o, a lo menos, en sentido metafórico no debiera ser **hablada**, hablada por el poeta ante un auditorio, sino leída en el silencio, en ese ambiente de misterios, por el que se cruzan las calladas palabras de las almas que se entienden sin necesidad del lenguaje....

* * *

Hecha la poesía comprensible e inteligible con bastantes notas aisladas, sin que se crea que con ellas Azcoaga haya dicho la última de sus palabras, sería el caso pasar a otro punto interesantísimo: a expresar el concepto que Azcoaga se ha formado del crítico, como un estudio que corriera parejas con el concepto que él tiene del poeta. Pero renunciamos, por hoy a ello, ya que no estamos de acuerdo con él en la manera cómo concibe y exhibe al crítico. Y no queremos tratar de este punto porque —y acaso así se explique nuestro desacuerdo con él— no conocemos exacta y completamente todo su pensamiento sobre la crítica.

Según su costumbre y con su peculiar y admirablemente preciso estilo, Azcoaga también procederá por medio de notas dispersas y ocasionales a darnos la figura íntegra del crítico, sin que hasta ahora —a lo menos en este reducido ambiente de cultura en que vivimos— haya llegado a nuestra noticia más que una nota aislada sobre su sentir acerca de la crítica y del crítico; nota que por cierto, no coincide con nuestra opinión.

El crítico, en efecto, es creador a su modo. La creación artística; tal como ahora se concibe cuando se pronuncian esas dos palabras, conforme a cánones estéticos novísimos, pertenece por

igual al poeta, al artista en general y al crítico. Pero quede todo este problema para otra ocasión.

Azcoaga ha logrado, lo que pocos en esta época vocinglera, en que son tantísimos los que escriben, sobresalir. Es original. Tiene estilo propio y un peculiarísimo modo de discurrir y de desenvolver su pensamiento en frases apretadas y con ideas tan íntimamente enlazadas entre sí, que el lector sigue con interés su exposición, aprobando lo que oye y adelantándose a adivinar el pensamiento y la conclusión que siguen. Cuenta el joven escritor aragonés en América y, particularmente, en el Ecuador, con un público numeroso y atento que le escucha y que le admira.

Quito. 1933.

GENESIS DE LA LENGUA CASTELLANA

ALFREDO PEREZ GUERRERO

Es muy valiosa la contribución del Dr. Pérez Guerrero a la ciencia de hablar y de escribir según los cánones castellanos. Sus libros, "Fonética y Morfología", "Etimología de la lengua castellana", "Prontuario de raíces griegas y latinas", están destinados a la enseñanza en establecimientos superiores del país. La Dirección de "América", que le cuenta entre sus colaboradores de prestancia, publica este fragmento, que es una rica gema del joyel de nuestro idioma, entresacado de la primera obra citada.

EL LENGUAJE

1.—Todo en el universo tiene lenguaje. Cada ser habla a los otros seres. Aun las cosas muertas se esfuerzan por expresar en formas múltiples el arcano en ellas encerrado: la luz de los soles, el girar de los mundos, el bramar de los mares, son lenguaje. Vibra el cosmos por revelarse y resplandecer.

2.—Lenguaje es medio de conocimiento y comunicación. Mientras más elevados son los seres, más perfecto y rico es. La naturaleza inorgánica apenas balbuce en inarticulados gritos: mas los seres vivos, multiplican, atenúan y corrigen ese balbucir y gritar para hacerlos canto, armonía y palabra. Cuán rica es la gama de expresión en los animales. Cada uno trae su acento, suave o rudo,

melodioso o áspero, mas siempre concorde con las necesidades de su instinto y la función de su existir. El ruiseñor trina, la paloma arrulla, la serpiente silva, expresando así su hermosura, su mansedumbre de amor o su maldad.

3.—Aparece el hombre en la tierra y trae consigo la palabra, que contiene todos los lenguajes: rugido y arrullo, susurro de brisas, himno de olas y murmullo de fuentes. Y así como él es síntesis de formas y organismos, supremo esfuerzo de la naturaleza por sublimarse y contemplarse; así la palabra es vértice que enlaza las voces incoherentes y dispersas. No debiera decirse que el hombre es un animal que piensa, sino un animal que habla, porque el vocablo es la raíz del pensamiento a la par que su instrumento.

4.—Medio de conocimiento y de comunicación hemos dicho que es el lenguaje, y en efecto, no conocemos las cosas sino cuando las podemos nombrar, dar el bautismo sagrado que las hace hermanas nuestras, partes de nuestra inteligencia y nuestra vida. Por sobre la naturaleza bravia y hostil tejemos una sutil e invisible red de palabras que la aprisiona y rinde a nuestro albedrío. Si alguna vez el hombre careció de la palabra, debió padecer pavoroso terror frente a los seres y cosas que le circundaban: esos seres y cosas se presentarían a su mirada en confusión caótica, plena de indiscriptibles peligros e inquietudes, porque lo que no tiene nombre está sumido en la noche y nos angustia.

5.—Sublime es el presente de la palabra, y como sublime desconocido en su origen. Idioma, pensamiento, vida, energía, cómo nacieron?; de dónde brotaron?; bajo qué aureola comenzaron a empujar las inmensidades inmóviles para hacerlas estrellas y mundos, a alquimizar savias para producir vida, a quemar vida hasta encender almas, y a torturar el alma hasta que lanzara el primer grito, el Verbo inaudito y prodigioso? No lo sabemos, no lo sabremos nunca. Las cunas de la Creación están guardadas por esfinges y cubiertas con velos de tinieblas. El castellano descende del latín, el latín del sánscrito, el sánscrito, de dónde viene? Lo mismo ocurre con los demás idiomas: los eslabones se concluyen de pronto, y el principio de la cadena sonora de las lenguas entra de la luz en la penumbra, y de la penumbra en la noche.

6.—Los sabios discuten y discutirán siempre acerca de si originariamente hubo una sola lengua o varias; si, en consecuencia, los idiomas actualmente hablados son sólo ramificaciones, modalidades corrompidas o perfeccionadas de esa habla única, o bien forman familias irreductibles entre sí por proceder de fuentes distin-

tas y aisladas: si el lenguaje tiene fundamento natural, innato a las funciones humanas, o, al contrario, es fruto de una serie larga de esfuerzo, de fracasos y de éxitos cuya radícula primitiva es la onomatopeya, en veces, y la convención en otras. La controversia es apasionada, la argumentación de parte y parte, abundante. Hay quienes afirman que la lengua primitiva era mejor que las de hoy, más sonora y expresiva, más asidora de la realidad, más representativa del pensamiento y de la vida; y que, por lo mismo, nuestros idiomas son dialectos bárbaros derivados de aquélla. Otros sabios creen que del estudio de los léxicos de pueblos salvajes puede inducirse la formación posterior de los idiomas, y ven en tales léxicos la iniciación de nuestro hablar. Y esto sin salir del campo científico; en el religioso, se dice que la Divinidad enseñó a hablar a los hombres y puso denominaciones a los animales y a las cosas. No entraremos nosotros en esta lid que se desarrolla en palenque de tinieblas, ni ensayaremos siquiera adoptar una de las diez o más clasificaciones hechas de los idiomas, desde diversos u opuestos puntos de vista. Nos interesa sólo para procedencia inmediata de nuestra lengua.

7.—Terminemos esta lección transcribiendo, las siguientes frases de José de Maistre, que ilustran la materia: "Toda lengua particular nace como el animal, por medio de explosión y desarrollo, sin que el hombre haya pasado nunca del estado de aфонía al uso de la palabra. Siempre ha hablado y por esto, con mucha razón, le han llamado los hebreos "alma parlante". Cuando se forma una lengua nueva, nace en medio de una sociedad que está en plena posesión del lenguaje; y la acción o principio que preside a esta formación, no puede inventar arbitrariamente ninguna palabra; se vale de las que encuentra cerca de sí, o de las que busca más lejos; se alimenta de ellas, las disuelve, las digiere; nunca las adopta sin modificarlas más o menos. Mucho se ha hablado de signos arbitrarios, pero no hay tales signos arbitrarios; porque cada palabra tiene su razón, y ninguno de ellos podrá jamás expresar una idea. Como los pensamientos preexisten a las palabras, que son los signos del pensamiento, las palabras, a su vez, preexisten a la producción de toda lengua nueva. No hablemos de casualidades ni de signos convencionales; observemos siempre que la formación de las palabras más perfectas, más significativas y más filosóficas, pertenecen invariablemente a los tiempos de ignorancia y de sencillez, y que el talento onomaturgo desaparece invariablemente a medida que se llega a las épocas de civilización y de ciencia".

NUESTRO IDIOMA

8.—Ochenta millones de hombres hablamos la lengua castellana. De Oriente a Poniente, de Norte a Sur, en las tierras soleadas y en las mesetas gélidas, en América, en Europa, en África, en las lejanas islas perdidas en la soledad del océano, por doquiera, infinidad de pueblos aman, sufren, gozan en este idioma nuestro, torrente que refleja todos los cielos y riberas. Es una enorme arpa polifónica cuyas cuerdas vibran levemente como el vagido de un niño o braman como cien huracanes de amplias alas. El delirio del amante, la triteza del cuitado, la fe del creyente, el encendido aliento del guerrero, encuentra en esas cuerdas acentos de dulzura, de fiereza o de fuego. Lengua de epopeya y de lirismo, majestuosa como para reyes y humilde como para menesterosos; tumultuosa como un combate de olas y tranquila cual remanso de arroyo; severa como para promulgar un nuevo Decálogo y apacible cual cántico de cuna: así es la Lengua Castellana.

9.—Ella fué acendrada por los místicos y cincelada por los vates; paloma de plegaria para los fervores, cofre perfumado para el sentimiento. Con Luis de León es ofrenda votiva que arde y se deshace en aromas; Cervantes dice en ella el Evangelio ideal del caballero de la Mancha; y Lope de Vega, Garcilazo y Quevedo, Calderón de la Barca y el Arcipreste de Hita encauzan y acrecientan su caudal desmedido. En el Nuevo Mundo, en nuestra América, resuena hace quinientos años, y avasalla el espíritu de los aborígenes mientras el silbar de las balas y el trotar de los centauros conquistadores asorda y rinde del uno al otro confín del Continente.

10.—Amemos, veneremos, cuidemos nuestro idioma. Le debemos amor porque simboliza nuestras alegrías, recuerdos y esperanzas: el arrullo maternal junto a la cuna; nuestra sed de conocer y de nombrar las cosas; las lecciones del maestro y los maravillosos cuentos de la infancia; el estremecimiento de nuestro corazón en presencia de la belleza o del ideal. Le debemos veneración porque en este idioma hablaron nuestros padres y los padres de nuestros padres; porque resonó en la soledad de las inmensas olas y de las altas cumbres; en las gestas de la libertad y del trabajo; en los labios de Bolívar y en el canto de Olmedo; en Pichincha y Ayacucho y Maipú; y porque siempre fué cornucopia de civilización, de progreso y de gloria. Y debemos, en fin, cuidarlo porque es cimiento de nuestra Patria, nexos que nos une en espíritu y sentimiento: cuando un pueblo habla dos idiomas no es propiamente pueblo, le falta el alma. Si aspiramos a hacer de la Amé-

rica Española una sola Patria grande, ceñida por el abrazo de los océanos, es menester primeramente guardar el idioma, uniformarlo y embellecerlo.

11.—Desechemos el prejuicio pseudo patriótico de la dilección por lo autóctono: el modismo, el giro, el vocablo aborigen, las innovaciones ortográficas; la pretensión de deformar el español para crear una lengua argentina, o chilena o americana. No es cosa de voluntad el crear un idioma: al nacimiento de éste preceden causas misteriosas que nada tienen que ver con el desear de los hombres ni con su inteligencia. Además, el tal patriotismo o americanismo son falsos. Instrumento del espíritu es el habla, y nuestra patria espiritual no es Argentina, ni Chile ni el Ecuador, sino Hispano América. Sangre y alma españolas, injertadas en las savias de América, somos; pensamos, sentimos, obramos esencialmente como piensa y siente y obra España; y por ello, cuidando del idioma cuidamos del porvenir de la cultura hispano-americana. Qué sentido ni objeto tendría destrozar el castellano para hacer veinte dialectos? Cuántos siglos se requerirían para ello? Cuántos otros para que esos dialectos sean idiomas adecuados para ceñir y transparentar la hermosura y la grandeza del espíritu? Los conatos que se han proyectado en este sentido han fracasado; cuantos indicios de una habla nueva hánse creído originarios nuestros, han sido, ya bien examinados, provincialismos, arcaísmos, giros netamente españoles. Unámonos, pues, cada vez más íntimamente a la gran nación épica, quijotesca y grande cuyos hijos somos; y amemos su verbo solemne y sonoro, herencia preciosa que, de pronto, levanta nuestra joven alma americana a una alta cima de cultura.

12.—Hablar bien connota nobleza y distinción espiritual; la palabra es destello del alma e, inversamente, el alma se purifica y fecunda cuando el lenguaje se perfecciona en nuestros labios. Todopoderosa es la palabra: más fuerte que el tiempo y que la muerte: sobrevive a las naciones, a las culturas, a los cataclismos históricos; una palabra empuja a los hombres hacia el sacrificio o el odio, otra los junta en la paz o en el amor. De los pueblos más grandes y de los hombres más geniales, de todo lo que construyeron, crearon y pensaron, no queda en el porvenir sino una palabra, una frase, una página en la enciclopedia de la Historia.

13.—Hay una leyenda oriental, bella como una flor, que simboliza a maravilla el poder de la palabra. Era un rey. . . ., un pobre rey sin ejército, ni arsenales ni naves. Y llegaron un día embajadores de un poderoso emperador a amenazarle con la guerra si no

se sometía a humillantes concesiones. El pobre rey hizo buscar al poeta de su corte y ordenóle que compusiera una respuesta al mensaje del emperador. Y el poeta escribió una respuesta, tan plena de energía, de furor y de grandeza que, cuando los embajadores la recibieron, regresaron aterrados, y dijeron a su amo que era imposible combatir ni vencer la formidable fuerza del reino de que volvían.

GENESIS DEL CASTELLANO

14.—Ley de la naturaleza es el morir y el nacer interminables. Un perpetuo afán de acabamiento y de vida estremece todas las cosas. El Universo hace y deshace su portentosa arquitectura: nada le calma, nunca se detiene, jamás reposa en su faena: enciende miríadas de estrellas para apagarlas luego; modela planetas y hace surgir de ellos la vida en multitud de formas pasajeras, esparcibles unas, bellas otras, sujetas todas al sino de morir. Y así en la Tierra hay un eterno devenir, un sucederse de organismos, un perfeccionarse continuo: faunas y floras que viene y van desde las épocas prehistóricas hasta ahora; civilizaciones que se elevan para descender luego y extinguirse; pueblos que cumplen su misión y se disgregan; lenguas, artes, ciencias que expresaban la cultura y el sentimiento de una sociedad y que, después de decir la nueva que traían, degeneran y se aniquilan.

15.—Los idiomas son seres vivos, organismos con funciones definidas y con ciclos de crecimiento y perfección determinados. No hay idiomas inmortales, así como no los hay universales: cada uno dibuja la fisonomía de una raza, sirve sólo para ella y con ella concluye. Aunque traduzcamos el sánscrito, el hebreo, el griego o el latín, no los comprendemos ni sentimos: tenemos otro espíritu diverso del de las comunidades humanas que los hablaron, y nunca podremos apreciar su esencia ni su sentido: sus palabras son ánforas vacías que llenamos con el licor de nuestra alma francesa, inglesa o hispana.

16.—Hace dos mil años hubo un pueblo que por el rigor de su voluntad y su derecho y por la claridad rectilínea de su razón impuso su dominio al orbe entonces conocido: fué Roma. Hablaba el idioma latino y obligó a que lo hablaran las naciones sojuzgadas: por la Iberia y las Galias, Cartago y Egipto, la Palestina y la Arabia, el soldado romano llevaba con su espada su idioma, su administración y sus costumbres. El latín era idioma de superior cultura, adecuado para un pueblo grande y apto para expresar las

necesidades de los hombres de entonces, tanto materiales como intelectuales. La riqueza de su vocabulario, la concisión y claridad de su sintaxis, la sonoridad de su fonética hicieron que, desde el primer momento, declinaran los dialectos usados en las comarcas sometidas. Sólo aquellas naciones dotadas de fuerte estructura histórica o espiritual lograron contrarrestar el avasallador influjo de la administración y lenguaje de los conquistadores. Las hordas, clanes y tribus bárbaros que poblaron el occidente de Europa—galos, iberos, celtiberos, etc.—rápidamente aceptaron la lengua de Lacio y olvidaron su habla primitiva.

17.—Durante seis siglos España fué ocupada y gobernada por Roma. Allá enviaba sus soldados, funcionarios, aventureros, gentes sin pulimento cultural en la mayoría. Hablaban y escribían el latín sin esmero ni preocupación literaria, sin parar mientes en vicios de dicción, de prosodia ni de sintaxis. Las voces latinas perdían en sus bocas sonidos y significados y adquirían, en cambio, otros: lo que en el lenguaje de Tácito y Cicerón suponía elevación mental, síntesis de conceptos, abstracción, fué rechazado, deformado o cambiado. Ese latín común a conquistadores y conquistados, y usado para las relaciones corrientes, de todos los días, ha sido llamado por los tratadistas latín vulgar o *sermo vulgaris*, en oposición al latín culto y literario de la minoría intelectual y patricia de Roma, el *sermo urbanus*. Más propiamente que vulgar, debe llamársele popular, porque era el lenguaje del pueblo. De igual manera, podríamos distinguir ahora un castellano culto y otro popular: el primero es hablado por individuos educados, cuya pronunciación, empleo de palabras y construcción de frases son correctos, claros y elegantes; el segundo es patrimonio de nuestro pueblo, para quien no tienen importancia las normas gramaticales.

18.—El Latín culto y el vulgar se influían recíprocamente: el primero era elemento conservador, moderador de la evolución constante operada por el segundo. Mientras pudo mantener su dominio en las provincias sometidas, la divergencia entre el hablar del pueblo y el de los doctos no fué muy grande, y el idioma era substancialmente idéntico. Más cuando el imperio comenzó a destrozarse en el siglo V por la invasión de los bárbaros, las diversas regiones y pueblos no tuvieron ya un centro civilizador al que acomodar su administración, costumbres, religión y lengua. La ósmosis purificadora entre el latín selecto y el tosco no se efectuó ya, y el pueblo abandonado a sí mismo, libre de normas, con sólo el instinto por guía, sepultó el latín milenario en medio de una inaudita frondosidad de vocablos, giros y construcciones nuevas. Fué una revolución, un entrar a saco en la lengua romana, comparable

y paralelo al profundo cambio producido por el pueblo germano al aniquilar el Imperio y crear gérmenes de naciones con ideales y propósitos desconocidos por la antigüedad. Y es así como las hordas de vándalos, suevos, alanos, visigodos, desde mediados del siglo V echan los cimientos de la nueva cultura y de los nuevos estados que duran ya veinte siglos. En esas tinieblas amanece la aurora de un mundo!

19.—No sabemos lo que era el latín vulgar: lengua del pueblo, despreciada por los doctos, no se la utilizaba en documentos escritos. Por inducciones, analogías y razonamientos consiguen los lexicógrafos barruntar un tanto uno que otro rasgo característico: más, en definitiva, el período del siglo V al X está cubierto de tinieblas: es la gestación misteriosa de la lengua. El latín había muerto en Roma, cumpliéndose así el sino de todo idioma; y como lengua muerta, no era conocida sino por los eruditos y por la Iglesia, que lo prohibió desde el primer momento. Para el vulgo era lengua incomprensible casi, y lejana.

20.—Qué leyes presidieron a la formación del castellano? Por qué razones adquirió estructura perdurable y no efímera como la de ciertas lenguas africanas que, en el período de cincuenta años, varían total y básicamente? Hubo una masa culta que detuviera, en el momento crítico de evolución, el variar tumultuoso y heterogéneo de la lengua para salvarla del caos que iba a absorverla? Y por qué esa uniformidad en el cambiar del latín para hacerse castellano, esas leyes fonéticas y morfológicas tan sabias, tan maravillosamente equilibradas y enlazadas? Sin respuesta quedan estas preguntas. Los filólogos ensayan contestarlas y cada uno da su explicación imprecisa, vaga, tímida. Nosotros preferimos encerrar entre interrogaciones estos problemas insolubles y profundos que están en la raíz escondida e invisible del espíritu de las razas y de los hombres.

21.—En el siglo VIII irrumpen los árabes en la Península y hasta el siglo XV la hinchan de su cultura refinada y excelsa. Influyen poderosamente en el vivir y en el hablar de los aborígenes: les enseñan sus artes, su arquitectura, su política. Pero la fisonomía definitiva estaba trazada ya por Roma y el influjo árabe no consigue alterar las líneas características del pueblo. Este tomará de todas partes elementos de perfección, mas sometiéndolos a su estructura preformada y robusta. Así crece y se alimenta de savias helenas, africanas, francesas, americanas, el habla española. Débil, tembloroso hilillo de agua desprendido de las cumbres, que pudo ser secado por el sol, dispersado por el viento, tra-

gado por la arena, crece luego por la piedad de las lluvias y la merced de otras aguas, y ya es riachuelo rumuroso. Recibe después nuevos tributos, y se agiganta y ruge, atravesando selvas y desiertos, horadando rocas y puliendo piedras, para ser, al fin, monarca de ríos, creador de ciudades, dios sagrado de los hombres que se purifican en sus linfas.

Quito.

APOTEOSIS DE UN POETA

AMERICA

El poeta azuayo Remigio Romero y Cordero fue ungido ayer con el óleo de los predestinados. La gloria, efímera cuando nace en el suspiro y eterna cuando es el resplandor del espíritu conquistado en las disciplinas del arte y en las maravillas del corazón, agitó, jubilosa, la verdura inmortal de sus laureles.

Este advenimiento justo, pobló los ámbitos ecuatoriales de protestas de adhesión y de acentos inusitados.

El pueblo, el pueblo sabio por el arte y grande por el amor, aguzó, satisfecho, el caracol de su oído para captar la sinfonía olímpica. Celebrábase una fiesta del espíritu, y el no podía mostrarse indiferente. El triunfo de uno de sus hijos era triunfo suyo. Dichoso el pueblo que abre su pecho a la admiración y entrega su alma cuando la justicia toca su puerta.

En los labios de las mujeres, de estas musas divinizadoras que siempre están en primavera porque tienen la virtud de nacer cada día con el amor, floreció, nuevamente, el alba musical del verso suave, puro, cristalino y profundo que dijera otrora el poeta de las capulicedas. De ellas era la fiesta. El cetro de la belleza está en sus manos.

En este consorcio de arte y de amor, no sería raro que la naturaleza también se estremeciera de alegría. Ella es la predilecta del bardo; la diosa que da frescura a sus poemas; hálito embrujador a sus jardines interiores.

La naturaleza ama y es amada por él. Y por ella y por el poeta, los volcanes igneos nos enseñan el idioma encendido de los genios tutelares; los ríos de oro dicen al mundo cosas extrañas; los campos tienen destellos singulares; las aguas guardan el germen

de las primaveras; las plantas salen de la tierra a escuchar la voz sempiterna de los hombres; la raza de los incas se ha fundido en el sol; la palabra castellana tiene nuevos retoños.... Si, por el poder de la frase nuestra naturaleza tiene nuevos encantos; otras virtudes.

La falange intelectual, la falange juvenil, la que siempre es generosa y noble y no esconde el áspid del odio o del egoísmo, púsose en pies. Y de pies, con la testa en el azur de la simpatía; con las plantas en el barro de la voluntad, no tuvo inconveniente, ni podía tenerlo porque no podía traicionarse así misma, para estrechar en sus dos manos la mano generosa del poeta.

Una mujer bella, apta para podar los rosales interiores y divina para embellecer con sus miradas el sendero del destino, ofrendó el oro de los Andes. El metal áureo, aquel momento, parecía una aurora aprisionada en las manos temblorosas de la Reina de la Belleza de Quito.

El bardo, abrumado por el peso de la gloria, habló, habló. En su palabra cálida, ardiente como si saliera de un volcán, no se encontró otra cosa que la música de su corazón. Sabias palabras aquellas. Tenían la magia del agua y de la luz. Al filtrarse en el pecho de los oyentes, cuántos capullos se entreabrieron de emoción.

El rumor de los laureles se agiganta ahora por América. Y no dejará su música hasta que el recuerdo recoja el último acento. El arte, la belleza y el amor han franqueado sus dominios, donde deja la semilla que da el fruto de la fama.

Remigio Romero y Cordero ha vencido con sus poemas al silencio y al tiempo. Este y aquél ya pueden hablar. El poeta les ha dado su voz.

HOMENAJE

REMIGIO ROMERO LEÓN

Palabras finales del Dr. Romero León en el acto académico que, en velada de arte, celebraron la Universidad, el Consejo Provincial, el I. Municipio y las Sociedades literarias de Cuenca, en honor de Remigio Romero y Cordero, condecorado en esta Capital por la Reina de la Belleza, doña Isabel León Aguirre, con la insignia del Cóndor de los Andes.

Señor Rector:

Comprofesores de la Universidad:

Señoras y Caballeros.

A Remigio Romero y Cordero le conocéis mejor que yo. El es vuestro; y en esta hora solemne y triste de su ascensión fatigosa y solitaria, no al Tabor, sino al Calvario que se llama gloria humana, es absolutamente vuestro: es más vuestro que mío, porque el triunfo no es sino el producto del esfuerzo colectivo —con todas sus angustias y grandezas,— que se condensan en la sangre y las lágrimas que el triunfador pone en su obra; porque la fama, eco que, resonando en la conciencia ciudadana, se prolonga en veces hasta los confines luminosos de la historia, no es sino el reclamo cariñoso, la voz hermana de quienes compadecen a una víctima o comparten del dolor de un combatiente; y porque la gloria mismo, limosna para el alma, rayo de luz que cura las heridas, gota de agua que refrigera en la fatiga, no es sino el resplandor de las virtudes sociales que se proyectan a lo largo del

camino, para alumbrar las sendas de la cumbre, bañando de claridades al viandante o siquiera agigantando su sombra.

Presente él, aquí: de nuevo en la tribuna donde la última vez recitó los versos inmortales de la madre idolatrada y eternamente ausente, haciéndoos tiritar con el frío de la orfandad, y besando, de rodillas, con el alma, vuestra mano cariñosa y pronta para el aplauso; él habría acertado con la frase cordial, el homenaje inspirado, la actitud gallarda y la pasión altiva, para entregaros dignamente, todo el tesoro de su gloria, si tal pudiera llamarse el aplauso generoso que el Ecuador no niega a sus hijos, y que no le ha negado a él, tan triste y solo, tan solo y triste en las soledades de la vida, más espantosa, en esa relativa cumbre a donde fatigosamente ha ascendido, impulsado por vosotros, cómplices en el triunfo y cómplices en la gloria.

Si, señores; Remigio Romero y Cordero presente ante vosotros, después de haberse confesado culpable de ensueños y de tener el alma enferma de infinito, habría reconocido que su obra es incompleta, que ella necesita ser corregida y aumentada en cantidad y calidad; y os habría tributado el homenaje más profundo y sincero de afectos y de gratitud, con frases más íntimas que las que tuvo, cuando dijo: "a todos, —a los que me aplauden y a los que no— mis gracias. Así no me desarraigo de la realidad ambiente ni me permito fuga alguna de la vida tal como es ella". Pues, sabe él que hay zarzales en el camino y amargas realidades y cansancios en el peregrinaje, y no huye, no ha huido jamás de las responsabilidades de la vida, de esta vida, según el propio decir, "tan estúpida y mala, que cuando nos golpea, nos golpea en el ala".

Para el laureado Remigio Crespo Toral, nuestro poeta por antonomasia, el poeta de América, habría tenido, en la elocuencia del silencio, la emoción de las lágrimas, reconociéndole, como lo es en verdad, tres veces Maestro para él— por el consejo, por el precepto y por el ejemplo.

Para sus profesores y deudos que aquí se agrupan, ayudándole a pagar deudas sagradas, para ellos que modelaron su corazón en el bien, ensayándole el vuelo a la altura, para ellos el abrazo cordial, repartiendo, a prorrata de la fatiga, el premio del responsable vencedor de un puñado de versos, aturdido súbitamente con la sorpresa de un triunfo que le hace exclamar: "los jardines debieran ser proclamados en los juegos florales, por la inconsciencia de cuajar unas rosas, unas cuantas rosas..." A sus compañeros y amigos les diría que ser poeta es algo dulcemente humano, alentándoles a la victoria; y para su pueblo, y para la Patria la porción más íntima del alma.

Y qué, para vosotras, señoras? —Ah, para vosotras, bellas damas, gentiles niñas, la promesa de que su arte, "si es arte alguna

vez, delante de vosotras doblará las rodillas, como los caballeros que antaño y hogaño, tuvieron y tienen el buen gusto de morirse de amor".

Y cuánto vale ésta, al parecer insignificante promesa, de despertar el ardor caballeresco para las creaciones poéticas; de resucitar las aventuras de la galantería, el vasallaje a la hermosura, el apasionamiento al ensueño, el delirio por lo inmortal, que hacen del lema **Fe—Patria—Amor**, el signo cabalístico de la victoria, el lábaro santo de las huestes que marchan al ideal. Pues fué en el Senado de los Puy de las moradas señoriles, en el Divino Areópago femenino, o en las Cortes de Amor de las hermosas castellanas donde surgió la eterna primavera del alma, la juventud en flor, el imperio de la belleza, el triunfo de la vida, en el culto por el amor, en el bautismo de gloria con que se inician los predestinados y los pueblos que triunfan. El triunfo, merced gratuita que se concede a los que amontonan montaña sobre montaña, para escalar al cielo; el triunfo que todos buscamos como ración de inmortalidad, como pan cotidiano de vida, no lo consiguen sino los fuertes, los que saben amar y son amados, los que no se contagian del mal de las razas, —la locura de la inquietud y de la duda con que se pretende matar el dolor de la vida,— ni se contagian del mal del siglo, —la locura de la vida con que se intenta amortiguar el dolor de la derrota y de la caída.

Virtuoso es el pueblo que, como vosotros, siente y ama; grande es el pueblo que, como vosotros, glorifica y premia a los que doloridos van a la crucifixión incesante de la creación artística. Y porque sois un pueblo nacido para los refinamientos del arte y amante de lo bello, lo noble y lo santo; y porque esta tierra es tierra de grandes maestros de insignes literatos, de poetas de renombre, donde la grandeza es igual a la generosidad y la benevolencia compañera del civismo, vengo yo, aquí, en ausencia de Remigio Romero y Cordero, con la timidez y el profundo acatamiento que, en todo tiempo me han inspirado vuestros méritos para rendir público homenaje de gratitud a vosotros, promotores, ejecutores, cooperadores y solemnizadores de esta manifestación cariñosa de aplauso a quien yo represento, y deciros como lo pide él mismo, que si alguna enseñanza práctica hemos de adquirir en estas solemnes demostraciones de cultura social, hagamos por el triunfo del amor, por el apostolado de la palabra, combatiendo toda clase de egoismos, para sentir el supremo deleite de ser fuertes; aprendamos a vivir con las alas prontas para el vuelo, aceptando la vida con todas sus responsabilidades y trabajando, cada uno, en la esfera de sus actividades, imperfecta y humanamente si se quiere, pero poniendo en nuestras pasiones y en nuestros actos, todo lo que tenemos de Dios: pensamiento y corazón.

Esta fiesta de benévola generosidad para quien ha hallado gracia en la conciencia y el alma ecuatorianas; fiesta dedicada a un cuencano que, sintiéndose árbol y cañari, ha vivido a merced de la espléndida naturaleza de esta tierra fecunda y hermosa, para ser el cantor de la Patria y la Raza, del mar y los volcanes, del cóndor y las tormentas, de las capulicedas y las rosas, del misterio y de la vida en versos mezcla de sol, de trigo, de mañana, de flor de yerbabuena; esta fiesta para el versificador que, en culto al amor, al dolor y a la belleza, tiene no sé qué suave manera de tratar a los rebaños... el que dijo sus quereres a Crisantema... el hierático inventor de nuevos ritos, para dividirse por mitades la tristeza con el sol... el confidente de Malena, a quien pregunta si existe el insomnio en los sepulcros... el que recitó la elegía del terremoto en la blasfemia del cosmos, y la elegía de las banderas, "cuando las olvidó la propia gloria, en el árbol sin sol de unas laderas"... Esta fiesta para el último bardo condecorado de vuestra progeñe cuencana es una fiesta de familia, fiesta del alma paisana de las rosas y los capulies, banquete de castas alegrías, ágape de dulces manjares; y no significa, en los anales de nuestra vida ciudadana, sino la conmemoración de una fecha —11 de junio de 1933— gloriosa y santa, como recuerdo de un triunfo, y el grato recreo de grabar un nombre que nos es querido, en la corteza de laurel siempre en flor de esta tierra de inmortales.

Pero, hay algo más sagrado para el culto donde oficia la Patria Grande.—En el momento actual en que parece que asistimos a la agonía de los héroes, al suicidio de los redentores, a la apostasía de los mártires, a la caída de los apóstoles, hemos escuchado himnos de gloria y cantares de aplauso y de afectos; hemos presenciado el misterio, casi eucarístico de caridad de la condórica raza ecuatoriana, en la compactación étnica del alma y la conciencia nacionales, para el ideal. Por ello, si es una apoteosis la que en estos días se ha tributado a Remigio Romero y Cordero, esa apoteosis es para el Azuay. Si, señores: espléndida, opulenta, en derroches de magnificencias de todo género, en Quito y Guayaquil; especializándose en el tributo las provincias de León, Carchi, Loja, El Oro, y en mancomunidad de fraterno aplauso todo el Ecuador literario y cultural, acaba de rendir homenaje muy sincero y muy valioso a Cuenca.

Inclinad, poetas, la cabeza; inclinadla, nobles damas; inclinadla, ilustres representantes de la grandeza ciudadana del Azuay, y recibid el galardón con que, la blanca mano de la aristocrática Reina de la Belleza de Quito, Doña Isabel León y Aguirre, os glorificó, al condecorar gallarda y gentil, a vuestro Remigio, quien si es cierto, de sus átavos heredó el funesto don del canto, de vosotros recibió su educación moral y científica, su formación literaria, sus

energías de combatiente y sus resignaciones de proscrito. Sin vacilar, aceptad señores esa ofrenda nobilísima de vuestros hermanos, y probad, con vuestras hidalgas y santas virtudes, como lo estáis probando ahora, que el alma cuencana sabe amar y sabe agradecer; que es un alma, como diría Romero y Cordero, que no le importa el dolor. Por encima de él hay algo más grande: el amor del dolor... y junto al amor y junto al dolor, la gratitud.

Que yo deba recoger, también, la mínima porción de gloria que en el triunfo de mi hijo me corresponde? No lo rehusaría, señores, sino estuviera ya, plenamente indemnizado, con haber recogido todo el lote de angustias y sinsabores con que se llega, sin bordón y sin sandalia, a esa montaña trágica, donde él ha dicho: "nadie envidie el sitio en que estoy".

Seguirle en la calle de la amargura, enjugar su rostro dolorido y estar junto a la Cruz, resignado y sereno, tal ha sido mi misión, ya que el mártir no tiene madre en la tierra, esa madre que al ver al hijo en la cumbre desolada, habrá llorado llanto de eternidad en compañía de los dos hermanos, ensangrentados de tragedia, que van camino de la inmortalidad, y para quienes mendigó flores, en la hora solemne de la crucifixión, ya que su corona era sólo de espinas. Si, señores, he recogido ya mi salario de gloria: he llorado, no con lágrimas de fuego, no con lágrimas que escaldan, sino con lágrimas de ternura que son rocío para el alma...

¿Lo dudáis? —En las inmensas soledades de mi existencia, donde lucho con la cara al sol, sin escudo y sin coraza, no tengo ni una queja ni un reproche; porque yo creo y espero, porque yo amo y rezo, repitiendo sin cesar mi plegaria a Dios, individual y mía, que expresa mi dolor propio y mi habla peculiar, ya que sólo suben al cielo las oraciones que, en el silencio del corazón, son individualmente sentidas, son íntimamente forjadas. Mi plegaria, la plegaria que dulcifica las amarguras de mi vida, que es lamento y resignación, angustia y rebeldía, la he repetido en estas horas de inquietud, más insistentemente, y en tan altas voces que el Dios bueno, el Dios de los tristes, el Dios que bendice el infortunio, el Dios de mi plegaria, se ha llegado a mí, y me ha sonreído con la dulzura con que sonríe en la espiga y en la flor, con la suavidad con que sonríe en la herida y en las lágrimas, y me ha pagado con usura mi salario... loado sea Dios, señores.

Confiado en esta Providencia Divina, cumpliré también con vosotros, mi deber. Rendido, en acatamiento y devoción, me habéis contemplado, más de una vez, para agradeceros mercedes que exceden a la ponderación; y hoy, en este cenáculo de la belleza azuaya, donde se han dado cita la elocuencia que arrebató, la poesía que embelesa, la música que conmueve, la pintura que emociona, ah la pintura que obedeciendo al poder creador del inspira-

do artista don Luis Pablo Alvarado, quien ha soñado al compañero de ensueños en la gloria y lo ha trasladado al lienzo, transfigurado por la inmortalidad, para que presida dignamente esta academia de ilustres; en esta velada de arte de tan impercederas emociones para mí, yo quiero, yo necesito entregar a vos, señor Rector, egregio limosnero, a quien debo limosnas de gloria desde mi niñez florida; a vosotros, insignes varones, que en esta hora me compadecéis; a vosotras, seductoras niñas y nobles damas aquí presentes; a vosotros comprofesores y compañeros, sembradores de ideales; a vos, gallanda juventud, a mi pueblo todo, quiero entregar lo que tengo, lo que es mío.... hojas secas, cenizas de un pasado no lejano, zarzas del camino, cicatrices o heridas que sangran todavía, musgos del cementerio.... Pero qué digo? —Hoy ha reverdecido un laurel en mi huerto interior. Hoy tengo una ofrenda digna, porque vosotros mismo, lo habéis dignificado: el corazón de mi hijo —no el corazón glorificado que es obra vuestra— el corazón sangrante y agradecido, combatiente y apasionado, con todas sus ternuras e ilusiones, con todos sus ensueños y nobles ambiciones.... y algo que me es más propio: el corazón mío, que también sabe agradecer, que también sabe adorar, "primero a Dios y después a Vos" Patria idolatrada.... No tengo más....

Ya se acabó la inspiración sagrada
que incendia al corazón y le consume.
Poeta del dolor, llevo en el alma,
un manojo de flores sin perfume.

Cuenca. Ecuador. 1933.

SONETARIO DE LAS AVES Y DE LAS BESTIAS

REMIGIO ROMERO Y CORDERO

Como un homenaje al poeta copiamos estos versos sacados del magnífico libro "Condóricamente", publicado el día de su apoteosis —11 de Junio—. Y nos será grato reproducir otros más. Ellos han de ser, seguramente, un mensaje de arte a las juventudes de nuestra América.

I

Jefe del viejo chan, el cóndor viejo . . .
Con polvo el corazón y con arrugas,
volaba, como acento circunflejo,
el vuelo de ala comba de las fugas . . .

El alisto—la cólera del este—,
hiriéndote la audacia de la vida,
le hizo rodar, por el peñón agreste,
con la sombra en los párpados prendida . . .

La oscuridad el ánima le inuola . . .
Pero, al sentir el sol sobre la gola,
las carúnculas mueve con presteza . . .

Y, como si al sol viera todavía,
por el calor guiada la cabeza,
le sigue, desde abajo, todo el día . . .

II

Raspa el suelo, y el lomo en tierra baña;
clarina su clarín enronquecido;
y, dentro el corazón de la maraña,
hunde la cornamenta y el mugido . . .

Se incorpora . . . Sestea la vacada,
al amor de los grandes algarrobos . . .
Y el novillo se lanza a la explanada,
dejando un remolino de corcovos . . .

Topa con el rival . . . Asta con asta,
bruto con bruto, en la llanura vasta . . .
Y es, entonces, la guerra de las guerras—

la que rompe el cabestro y las estacas—,
ante un virgen silencio de becerras
y una rumiante impavidez de vacas . . .

III

Con el atardecer y a sus destellos,
por la senda punal, la de los quingos,
indígena fracaso de camellos,
pasa el tropel de llamas y lamingos . . .

Alta la testa contra el sol de ocaso,
con baba el belfo, las pupilas buenas,
la menudencia del menudo paso
van marcando, marcando, en las arenas . . .

Debió de ser hacia una grande luna . . .
De verse sólo pajonal, la puna
quiso animalizarse en los rebaños;

puso al seno en matérnicas molestias,
y alumbró estos camélidos huraños
que son los pajonales hechos bestias . . .

IV

Elegía con alas del pantano,
solitaria, la garza solitaria,
medita nadie sabe qué hondo arcano,
en una eternidad de paz agraria . . .

Junto al paular le han visto ya tres horas,
en oración mental de ignotos fines,
el paso de las aves migradoras
y el trémulo vaivén de los confines . . .

De repente —sin duda, porque brota
un proyecto de idea, sombra rota,
en su cabeza—, el pájaro revuela,

torna otra vez al ademán sereno,
y se queda otra vez de centinela,
con las patas clavadas en el cieno . . .

V

El cóndor, el del impetu de toro,
flajeló, a veces, con alazos rudos,
los cóndores de bronce, mármol y oro,
de estatuas, de columnas y de escudos . . .

En el bajorrelieve y en el alto,
ya sobre el pedestal, ya sobre el plinto,
los hizo vacilar . . . Y, salto a salto,
salló de los dominios del instinto . . .

Loco de su locura —la estatuaria—,
se pasaba en la cima solitaria,
en plagio de posturas . . . Y fue, entonces,

que le dejaron rígido unas balas,
en la misma actitud con que, en los broncees,
los cóndores de bronce abren las alas . . .

VI

Algo atisba el pumesno, que la puma,
triturando el rugido con los dientes,
cuaja la ira, en la fauce, como espuma,
y el odio, en el mirar, como serpientes . . .

Hacia la otra ribera, donde emigra
una porción mayor del agua clara,
asoma su cabeza audaz la tigre,
empujando al jaguato, la jaguara . . .

Las hembras se contemplan, frente a frente,
y saltan, con los ojos, el torrente . . .
Pero, ante lo imposible, en las marañas

húndense brucas . . . Y húndense intranquilas,
pues lleva cada cual, en las entrañas,
al menos un zarpazo de pupilas . . .

VII

La cóndora, la recta emperadora,
arranca, rectilínea, del picacho;
y llegan, por el lado de la aurora,
los lúbricos graznidos de algún macho . . .

No importa, no está en celo todavía . . .
Ha disparado al sol el rumbo arisco
para sorber la plenitud del día,
cara a cara la cóndora y el disco . . .

Pronto es un punto negro . . . Mas el macho,
peinándose el plumón en el picacho,
la ve sin inquietud indagadora;

porque sabe muy bien que, desde arriba,
excitada de sol, la emperadora,
al fin ha de caer como ascua viva . . .

VIII

Negro, como los cóndores, este oso
tiene una mancha parda en el costado;
y se ha puesto en dos patas, silencioso,
cerca el declive absurdo del nevado . . .

Se desgalga el alud en ese instante,
la nieve se suicida ese momento;
y corre un frío, pero un frío aullante,
por la espina dorsal del torvo viento . . .

Siente el oso el alud, sobre el abismo . . .
Bañando la pupila de heroísmo,
salta en el bloque con gruñido leve;

y el oso negro de la parda mancha,
agarrándose al bloque de la nieve,
resbala hasta el final de la avalancha . . .

IX

Amores que gemis la tarde entera . . .
La tórtola en el risco y el repecho,
la paloma torcaz en la ladera
y la perdiz blancal en el barbecho . . .

Desde el golondrinero —las ruinas
de cabañas ocultas en los montes—,
sobre la tarde van las golondrinas,
inquietando el rumor los horizontes . . .

Ya no hay lumbre de sol . . . Ya de sus urnas
las aves de rapiña, las nocturnas,
comienzan a salir . . . Vibran gemidos . . .

Y tórtolas, perdices y torcaces,
en el hogar de paja de los nidos,
son paz que va a dormir en hondas paces . . .

X

El cárabo, es el cárabo . . . Es el ave
que el arbolado de los patios puebla,
y la hora de morir el indio sabe,
graznándole el presagio en la tiniebla . . .

El cárabo, es el cárabo maldito,
el mensajero de la mala suerte . . .
Indio que en plena noche oyó su grito,
oído el grito, ha de morir de muerte . . .

Hoy, insomne de párpado y de idea,
retorcido de insomnio culebrea . . .
luego siente del ser el agrio enrosque,

y, en el rincón tumbándose, se ovilla . . .
Que al fin del alma le ha metido el bosque
un cárabo brutal, la pesadilla . . .

SU PARTIDA

HIPATIA CARDENAS DE BUSTAMANTE

PARA ELLOS

Finísimo cendal la retenía sobre la tierra, y presto se veía que estaba pronta a emprender el vuelo. Grácil, vaporosa por el campo jugueteaba; mas una noche, una noche para ella de ventura, rompió el cendal y en raudo vuelo remontóse a lo infinito; sus hermanas, las estrellas, en su constante y luminoso parpadear, con insistencia la llamaban. Su partida produjo un temblor de corazones, una angustia infinita desbordada en lágrimas. En vano, en vano entre gemidos la llamaban, en vano con los brazos extendidos, locos de dolor sus padres querían retenerla; sorda a todo lo terreno su alma inconforme con la vida volvía a lo divino. ¿Rumor de alas, susurro de la brisa, temblor de estrella? O es que en el vaso las flores se deshojan? ¿Quién sabe? Tal vez es ella que en mis noches de soledad, en mis largas noches de insomnio, invisible, llena de gracia, me acompaña.

Su felicidad debe ser muy grande cuando no vuelve a secar con sus besos esas lágrimas que día a día por ella vierten. ¿Qué distancia tan inmensa la separa que no oye el golpear de esos corazones que sólo para ella laten?

Todo en la vida es misterio y duda, caos en donde el cerebro en vano se debate. ¡Oh eternidad, enigma sugestivo para las almas soñadoras, aterradora visión para el que goza, dulce mansión de serenidad eterna para el que ya nada de la vida espera!

Nace el sol maravilloso, y dulcemente muere; nace el amor y entre caricias, muere, y el corazón del hombre deja de latir y váse, tras la quimera ensoñadora de una vida sin dolor.

Quito. 1933.

PAGINAS OLVIDADAS SOBRE LA CIUDAD DE S. FRANCISCO DE QUITO

HUGO MONCAYO

En el decano de la prensa quiteña, **El Comercio**, hemos publicado hasta ahora, trece descripciones de la antigua Presidencia, escritas por diversos viajeros y cronistas, tomándolas de sus textos originales o copiándolas de los libros en que se encuentran, con el, —para nosotros, loable—, intento de orientar los imanes secretos de la opinión pública, hacia la proximidad del cuarto centenario de la fundación de esta muy noble y muy leal ciudad andina.

Como dijimos en la primera página de esas transcripciones y creemos oportuno repetirlo, debemos una advertencia a los lectores que nos favorecen con su atención cada vez que echamos a vagar por los cigarrales de la historia, y en ellos distraemos, con la reconstrucción del pasado, la destrucción de un presente, por muchos aspectos, sin relieve alguno que lo salve en el tiempo. No pretendemos que la modesta divulgación de estos datos, vaya al lector patinada con el suave orin de un estilo, elevado en aspiración hacia un discreto arcaísmo. Más humildes, queremos ser sólo los difundidores de cuántas páginas, curiosas o científicas, favorables o severas, se hubieren publicado sobre esta ciudad, "siempre verde y de eterna primavera", para que sus hijos consoliden el amor que deben a su tierra, sepan nuestros hermanos de la República, dar fuerza en el pasado a lo que es razón en el presente, y los cronistas, narradores e historiógrafos que permanecen inéditos y necesita la antigua capital de los Schyris, —discutidos, negados e imprescindibles—, comparen sus anotaciones con las que entregaremos para su solaz y abonamiento espiritual.

Tampoco es nuestra intención prestigiar tan rudimentaria labor

como privilegio de estudio o acervo de sapiencia conquistada luego de tenaz campaña contra la polilla que ennoblece el pergamino y la tela de araña que borda el abolengo. No. Desgraciadamente, hemos llegado tarde para gozar la inefable sensación del documento no descubierto antes, y desarmados por mezquinas categorías para esconder la vida tras la lente del anticuario.

Al pasar, las lecturas aligeran el espíritu y dejan su grano de oro en la memoria. Queremos sirvan también ellas a quienes no pueden realizarlas directamente. Por eso, estas páginas se esparcen con seguridad de simpatía.

Toca su llamada la pluma del sabio Caldas, y procedemos a dejarle sitio de honor en esta galería de recuerdos. El popayanés llega con su gran paraguas bajo el brazo y el ceño más adusto que nunca, pronto al detalle que inmortalice su estilo mordente, al concepto que riegue protestas y encienda réplicas... Es Caldas, el genio, en su tradicional estampa: cetrino, austero, apasionado, abstraído. Cuando pensamos en el primer Fausto y nos llenamos el espíritu de emociones especulativas, vestimos tácitamente la inconforme humanidad del colombiano en su vuelo secreto hacia la perfección. Cuando herboriza el dulce Juan Jacobo y retiempla su santificada aureola en las confesiones, late el ánimo cristalizada en los prejuicios y se rompe milagrosa en un derrumbe de cascada. Lo mismo ocurre con este indiano prófugo de su Academia, huido de sí mismo, en un medio hostil al perfecto aislamiento de su dinamia fecunda. Incomprendido, va de derrumbamiento en derrumbamiento, cada vez que verifica un balance de afectos. Ilusionado por la Patria, es débil ante las esferas más amplias que le están recorriendo la ciencia y la filosofía, y sacrifica el abecedario de su rectitud cívica, ante el planisferio de la naturaleza que lo llama, como a un predistinado. Se diría que está poseído por una preceptiva absorbente y que es para ella, lo que las cuerdas bucales para el ventrílocuo en función de eco.

Pronto a la admiración, como generoso de sí mismo, ante el desengaño que le causa Humbolt, vuelve sobre su propia esencia y no la encuentra, porque la amistad la ha evaporado con su pasajero calor. Entonces, rencoroso y primitivo, llena de espinas su serenidad y triunfa de ella el enojo, y desmaya en el sitial impecable, y se abochorna en la canícula de un tardío menosprecio. Serio y petrificado, como esos ángeles vengadores que critica en los talleres de los artistas quiteños, se encuentra mal con la garrulería de la gente de esta ciudad, con sus fandangos y sus bromas picantes, y que dejan en su aleteo, el cristal de la ironía helado en las barbas milenarias de los prejuicios.

Caldas sabe ver los objetos, pero al través de sus gafas de hom-

bre incorruptible, de hombre-sextante, de hombre-lupa. El detalle vibra en su pupila y no logra impresionar sino lo que es él en sí mismo. Por eso, el sabio botánico le faltó la cromática del paisajista; el erudito astrónomo careció de la simpatía que logra el telescopio, cuando se vela con el vaho caliente de la pasión que el cosmos despierta en el religioso. Por eso, su pluma castiza y hábil, no supo sino reflejar el aspecto externo de las ciudades que visita, en su constante erranza, y no se moja en sangre para convencer, sino cuando de cuestiones científicas se trata.

La hermosa ciudad que iluminó América con su protesta el 10 de Agosto, que sembró con su escuela la semilla del pensamiento en los grises eriales de la Colonia e hizo de su espiritual fragancia, el incienso propicio para bautizar la sentencia con el grato contorno de la sátira, no convino al austero visitante que se afeitaba dos veces en cada mes y no disponía de un medio real para lo sereno ineludible o el fandango sensiblero. Huye el colombiano de la sensualidad mística de las quiteñas y protesta en su interior contra ellas, que al mismo Humbolt desvían, sin alcanzar el don de comprenderlas.

I.— CAUSAS Y OBJETO DEL VIAJE DEL SABIO CALDAS

“Popayán, y junio 20 de 1.801.

Señor doctor don Santiago Arroyo.—Santafé.

...He tirado mis cuentas y he hallado que más cuesta sostener esta instancia en Quito por medio de un apoderado y abogado, que pasando personalmente a esta ciudad; he visto que ninguno puede tomar las medidas y el interés que puedo yo tomar en esta causa, que después de uno o dos años de haber gastado \$ 300 o \$ 400 en el recurso, tendré el dolor de ver mis derechos representados con debilidad, y quién sabe si perdidos: en esta atención me voy, mi querido don Santiago. (1)

...Espero me tome en esa botica unas cuatro onzas de sal de tártaro que acondicionadas en un frasquito, vendrán, que son necesarias para nuestro viaje: oiga usted algo de nuestros proyectos y de nuestras miras. Estos son muy vastos:

La geografía, la astronomía, la botánica, zoología, ornitología, mineralogía, química, meteoros, agricultura, arquitectura, pintura, música, escultura, grabado, artes, comercio, política, rentas, estudios, elocuencia, lengua, medicina, educación, carácter, usos, vestidos, casas, muebles, milicia, tribunales, monumentos antiguos, todo cuanto quepa en nuestros cor-

(1) Caldas había seguido un pleito con los herederos de don José Tenorio.

tos conocimientos, todo cuanto se ofrezca a nuestros ojos, va a observarse. Volúmenes inmensos verá usted dentro de pocos años, porque es necesario distinguir el inmenso material que preparamos y que acompañaremos en nuestro viaje. Ah! Si pudiera ser usted uno de los viajeros al Ecuador! Voy, mi amigo, a ver uno de los países más célebres del Reyno; estos lugares honrados con la presencia de los mejores astrónomos del siglo XVIII, de los héroes de la astronomía. No puedo expresar todo lo que siento, y es necesario que usted supla lo que yo no puedo decir. Mis cartas serán un compendio, un resumen de nuestras operaciones, que usted solo merecerá ver anticipadamente: no puedo reservar nada al mejor de mis amigos".—(Doc. 33 de la Colección de Cartas).

"Popayán, y agosto 5 de 1801.

Al señor doctor don José Celestino Mutis.

...Cuando pensaba dedicarme con más ardor al conocimiento de las plantas en medio de la paz de mi familia, un pleito temerario, ganado por mí en esta ciudad, me llama a Quito; y he aquí renacida mi pasión por la astronomía. Este país, visitado por los héroes de esta ciencia, que han determinado la elevación y posición de estos lugares y que han dejado los monumentos más preciosos. Estos me arrastraban con más violencia que el oro y todas las riquezas. Este país, es un libro abierto en que puede estudiar un aficionado de las matemáticas. Es verdad que la botánica puede cultivarse en este viaje, y estoy resuelto a consagrarme a ella. Yo no correspondería a usted sus finezas, sino le diese una razón circunstanciada de mis operaciones en los géneros que puedo hacer algo. Dichoso si merezco la acogida de usted y mil veces más dichoso si usted se digna corregir mis defectos! De este modo podré hacer algo de provechoso en lo sucesivo, me instruiré y tendré el honor de contarme entre el número de los discípulos de usted.

Mi partida para Quito es el 10 de agosto, y no me ha sido posible esperar en ésta al Barón de Humbolt. En Quito tendré la satisfacción de conocerlo y de aprender algo".—(Doc. 36).

II.—PRIMERAS IMPRESIONES

"Quito, y setiembre 21 de 1801.

Señor don Santiago Arroyo y Valencia.

Santafé.

Oiga usted algo de mi viaje al Ecuador, y digo algo, porque necesitaría un tomo para referir a usted cuánto he visto y cuánto he reflexionado en

él. Quizá tendría gusto en oírme y yo mayor en complacer a la persona más amable.

Si usted tiene cuidado de unir mis cartas y leerlas después de seguido, tendrá un compendio abreviado de mi viaje a Quito....

Todo lo que nos han dicho de esta ciudad, todas las ideas que tenemos de ella por los informes apasionados, merecen reformarse. Su situación es en un lugar algo desigual, pero no tanto como se ha ponderado; las calles más anchas que las de ésa, bien empedradas; las casas de buen alto, blanqueadas y aseadas. Los templos, en medio de tanto mal gusto, tienen magnificencia y hacen grande ventaja a Santafé y a Popayán. El traje es indecente: pero por fortuna quieren ya entrar a la española: un grande aro de ballena u otra materia semejante infla a las mujeres hasta darles cuádruple ancho del que tienen. Apenas se puede discurrir cosa más contraria a la hermosura: el cuerpo mas bien formado, se desfigura y no tiene —a juicio del petrimetre—, atractivo. Las sayas o polleras son de bayeta de pellón, todas ellas menudamente prensadas de alto a bajo y con muchos anchos fajones de la misma tela y de diferente color; el lujo es considerable y ya observaré y avisaré a usted despacio.

... Ya hablaré a usted despacio sobre la literatura de Quito".—(Doc. 39).

III.—DESCRIPCION DE LA CUIDAD

"Quito y octubre 6 de 1.801.

Amadísimo Santiago:

... Ya habrá usted oído la perpetua disputa que hay entre quiteños y santaferños sobre la superioridad de la una o la otra ciudad. Yo he emprendido decidir esta disputa, inútil en sí misma, pero importante por los ramos que abraza y por las incidencias. Es verdad que aun no conozco a Quito en el grado que a esa capital y no estoy todavía en estado de hacer el paralelo. En su lugar le iré describiendo y diciendo lo que he visto hasta hoy. Así tomará usted parte en el asunto y me dará la mayor complacencia, proporcionándome una ocasión brillante de hacer representar al amigo amado, a este hombre querido, un papel distinguido en la *Relación de un viaje de Popayán a Quito*....

El plano de la ciudad, si merece este nombre un espacio de tres cuartos a una legua, todo él quebrado e inclinado sobre las faldas del Pichincha, no tiene nada de bello ni es propio para sostener la ciudad más populosa del Reino. Por el Occidente tiene el volcán apagado de Pichincha y el ramo más occidental de los Andes; por el sur, por el este y norte está cercado de colinas que sirven de basa a la gran cordillera; nada se ve de su recinto hasta que se toca con sus arrabales; las calles son más anchas que las de Santafé, empedradas del mismo modo y algunas tan inmundas como mu-

chas de allá; no obstante, me parece que se ha ponderado el desaseo de esta ciudad. Las casas son de buen alto, los techos debilísimos en extremo, pues la madera de que usan son los magues; adornan las salas de respeto con magnificencia y aún con lujo, pero sin gusto; no se ha llegado aquí a la finura de esa capital. Los templos son también por el gusto de las casas y se conoce que han tenido fondos ricos; hay algunas fachadas en que ha puesto la mano un arquitecto, y su descripción reservo para mi relación, en donde verá usted por menor esta parte. El temperamento es bello, pues mi termómetro aun no ha subido a 13 grados y en esto hace ventaja a ésa. Las gentes son por naturaleza afables, obsequiosas y estudiosas con el forastero; sus modales suaves hasta el abatimiento; sus costumbres no son de las más puras ni su traje decente; ya veré con más tiempo y reflexión, y avisaré a usted.

....He visto aquí exquisitos libros y en gran copia. No hay particular que no los tenga en mucha o en corta cantidad, y me parece que en ésto hace ventajas a Santafé. Yo no conocí allá las Memorias de la Academia Real de Ciencias y aquí hay tres ejemplares; el uno llega hasta muy cerca de nosotros; muchas obras de Linneo y de otros botánicos; en fin, hay libros buenos de todo género.

Pensaba remitir a usted una lista de precios de comestibles, como se hallan ahora, para que tenga usted la satisfacción de compararlos con los de ésa y me la dé a mí, remitiéndome un semejante de los de Santafé; si la acabo irá".—(Doc. 40).

IV.—LA BIBLIOTECA Y ARQUITECTURA DE QUITO

"Quito, y octubre 21 de 1801.
Santiago mío:

....Y vamos a decir algo de éste Quito. Apenas conozco el exterior y la superficie de este inmenso pueblo, de este océano de indios, permítame usted esta expresión. Pero ya que no le puedo dar todavía una idea exacta, a lo menos le diré algo de su arquitectura, del gusto y de los libros que se hallan, comenzando por éstos que son del gusto de usted. Yo no acabo de admirar cómo ha podido venir tanto libro bueno a esta ciudad; apenas hay particular que no los tenga, y libros que no pude ver en Santafé los he hallado aquí. Las Memorias de la Real Academia de las Ciencias de París, hasta muy avanzado este siglo, las he visto y me he aprovechado de ellas en muchos puntos importantes de astronomía de que tratan los autores particulares con ligereza: el Buffon en dos ediciones, Marpeutouis, Cassini de Thury, Flora Lapónica de Linneo, Reamur, Historia de los Insectos, Baker de Popipor, Rumford, etc. etc., todos se hallan y los consigo con facilidad. A mí me parece que hay más copia

de buenos libros aquí que en Santafé; quizás me engañaré en esto. La biblioteca pública es la que fue de los jesuitas y es preciso confesar que es pieza magníficamente adornada. El salón es espacioso, claro y bastante semejante al de ésa, con la diferencia que éste es un poco menor y recibe la luz por ambos costados. Alrededor corre un gran pedestal con resaltes, de trecho en trecho, de una vara o poco más de alto; entre los resaltes están dos órdenes de libros y hace como los primeros escalones. A este pedestal se sube por gradas puertas de trecho en trecho y corre sobre él una balaustrada para impedir que caiga el que ande por arriba. Sobre los resaltes de este pedestal y arrimadas a las pilastras de la balaustrada hay estatuas como de tres cuartas de alto, todas alusivas a las ciencias de que tratan los libros del estante a que pertenecen. Me acuerdo que la astronomía está simbolizada en un hombre desnudo cubierto todo su cuerpo de ojos, con un antejo en la mano, un globo celeste a los pies y dos libros al otro lado; en el uno se lee Copérnico y en el otro Tycho. A usted dejo que juzgue del gusto de esta astronomía, pues yo no hago sino contar lo que he visto. El pedestal tiene un ancho proporcionado para recibir los estantes en el fondo y dejar espacio suficiente para el tránsito entre ellos y la balaustrada. Sobre el vivo de los resaltes del pedestal inferior se elevan otras tantas pilastras que se acercan al corintio y corren su cornizamiento sobre ellas. Entre estas pilastras están los libros, y sobre la cornisa, si merecen este nombre unos miembros que se asemejan a esto, están los retratos de los jesuitas escritores; entre ellos vi a Bourdaloue. Sobre cada estante hay una tarjeta con la expresión de la ciencia a que pertenecen los libros que contiene; todo el costado derecho está lleno de escritores únicamente de la Compañía. Acerca de lo formal de ella aun no puedo hablar; pues solo he visto una pequeña parte, y su noticia me dará materia para hablar a usted en las siguientes.

Estoy tomando noticias circunstanciadas sobre el estado de las letras de Quito y creo que no hace ventajas a esa capital. Yo diría a usted cosas terribles y capaces de hacerle formar el juicio más bajo de estas letras; pero es preciso confesar que hay algunos sujetos de luces y de literatura, con quienes he tratado y de quienes espero tomar luz sobre las cosas de Quito. He ofrecido decir a usted en ésta algo sobre la arquitectura de la ciudad: comencemos por orden.

La plaza tiene una pila elevada en el medio, con dos tazas y el gran pilón; la corona un ángel y por entre sus piernas, cosa ridícula, sale el agua que se estrella en el ropaje y derrama sin orden; tiene bastante elevación y a pesar de los grandes defectos de gusto, adorna la plaza mayor y tiene el primer golpe de vista agradable. La acera occidental la ocupan el Palacio del Presidente y la Audiencia, con dos fachadas iguales: al frente tiene este edificio un pretil o lonja, altozano en idioma de Santafé, de buen alto y mediano gusto; a ella se sube por cuatro gradas, dos a los extremos mirando a dos calles, y las otras dos al frente de las dos fachadas

referidas; su altura sufre covachas debajo, y todo es de piedra. El edificio es mediano y de mal gusto. Mejor, aunque con exterior más humilde, es el Palacio de los Obispos; tiene un gran patio cercado de columnas de piedra, y sobre ellas, arcada; la grada es la mejor de Quito, y los salones espaciosos y magestuosos; ésta es la acera del Norte. En la del Sur está la Catedral, edificio mezquino y oscuro, que no puede compararse en nada con la de esa Capital. ¿No es perder tiempo describir a usted los caprichos de una imaginación acalorada, las hojarasca ridículas de que están llenos los altares y demás partes de este templo? Si, y mejor será guardar el calor, el papel y la paciencia para cosas de importancia...." —(Doc. 42).

"Quito, y noviembre 6 de 1801.
Mi amado Santiago:

....Oiga pues, usted, algo más de Quito: Me acuerdo que en el pasado quedamos en la Catedral, y ahora seguirá el Colegio que fué de jesuitas. Este ocupa más de una manzana, porque de frente tiene ciento cincuenta varas y cien de costado en una área cuadrilonga. Todo este terreno está cercado de un buen edificio, uniforme, de un alto competente y en el que tiene que observar un ojo inteligente; se elevan de trecho en trecho pilastras pareadas y proporcionalmente resaltadas con sus bases y capiteles dóricos de gusto; sobre ellas corre su correspondiente cornisamiento, cuyo friso carece de triglifos; sobre el vivo de las pilastras del cuerpo inferior se elevan otras tantas hasta la cornisa superior, del mismo orden; en los claros inferiores o interpilastros, —permítame usted esta voz—, hay ventanas con sus jambas correspondientes y lo mismo en el superior. El frente occidental es el principal y tiene una portada de gusto; sobre dos pedestales se elevan dos columnas corintias con bellos capiteles; encima, su correspondiente cornisamiento que está al peso de la imposta del edificio; sobre ella se eleva un ático, el menos disparatado que hay aquí, con las armas reales en el lugar principal; la puerta, que está entre las columnas corintias, es en arco y correspondiente a orden; da entrada al primer claustro que hoy sirve de universidad; éste es espacioso, compuesto de columnas dóricas y sobre ellas una arcada con su cornisita a la imposta; sobre ésta se eleva un muro con tantas ventanas cuántos arcos hay en el inferior; a pesar de que éstas son grandes y de una elegante proporción, afean un poco este hermoso claustro; el patio está sin empedrado y tiene una fuente en el medio, seca casi siempre. La grande área de este colegio está cortada con muchos claustros semejantes a éste y algunos de mejor construcción, aunque no tan grandes; sería cansar a usted hacerle una descripción de cada uno; esto lo dejo para mi *Relación de viaje* y voy ahora a decir a usted algo de la iglesia.

La fachada tan ponderada por los quiteños me ha parecido un conjunto de bueno y de malo: al lado de un bello capitel se ve una farrachinada hija de la imaginación delirante de estos arquitectos. Vea usted por menor de qué se compone la obra maestra de Quito en este género. Sobre un zócalo se levanta un pedestal de buenas proporciones que corre todo el ámbito de la fachada, con sus resaltes para recibir las pilastras y columnas de que vamos a hablar; tiene tres puertas y a cada lado de la principal hay tres columnas corintias, cuyas bases y capiteles son de lo más bien hecho que he visto; pero es de lo más chocante verles unidos a unas columnas retorcidas que llaman salomónicas, como si el sabio hubiera tenido tan mal gusto; estas espiras están estriadas con variedad, porque el primero y último tercio son de una especie, y el del medio, de otra. Al lado de las puertas laterales hay dos pilastras del mismo orden; y como en ellas no han podido poner todos los disparates que pusieron en las columnas, tiene una vista agradable y acaban de afean el fuste de aquellas. Sobre ellas corre el cornisamiento de bellísimas proporciones; pero su friso, así como los recuadros del pedestal e intercolumnios, están llenos de florones caprichosos y delirantes que presentan un todo poco bello. Sobre el cuerpo de columnas, que abraza en ancho todo el cañón principal, se eleva un segundo cuerpo compuesto de pilastras del mismo orden, que corresponden al vicio de las columnas; en los interpilastras hay dos estatuas menores que el natural, la una de San Ignacio y la otra de otro santo jesuita; en el medio está la ventana del coro con adornos que no conocieron los romanos; encima de las pilastras corre su cornisamiento, y sobre él su frontispicio circular; en el tímpano hay una tarjeta con esta inscripción en letras de oro: *Divo Ignatio Sacro*. Si le hubieran suprimido el *Sacro* que está demás y echa a perder la inscripción, pues dice lo que se está viendo, y en su lugar le hubieran puesto el año de su dedicación, ¿no habría quedado con un laconismo y dignidad propios de Roma? Acuérdesse usted de esas inscripciones del mejor tiempo de la República que no incluían sino un dativo, y los cónsules como época; pero me desvíó: volvamos a la portada. Este segundo cuerpo está sostenido de su correspondiente estribaje y voluta que va a finalizar sobre el vivo de las pilastras exteriores. A un lado de éstas se eleva, desde el suelo, un pilastrón, o un columnón, pues no sé que nombre darle, lo más extravagante y ridículo, hasta un poco más arriba de la cornisa, y sobre ella está, en cada lado, un ángel con tarjeta en la mano y en ellas un texto de la escritura que no tengo presente. ¿No era el lugar propio de estas dos últimas estatuas el vivo de las pilastras exteriores? Confieso a usted que me han disgustado mucho estos ángeles que echan a perder toda la magestad de la fachada. A todo lo dicho, añada usted, ángeles, grupos, bustos, bandejas, colgajos, hojarasca por todas partes, y éste es el jefe de obra de Quito. En todas estas menducias verdaderamente góticas no puede uno dejar de admirar la paciencia y destreza del artífice, que pudo cortar con tanta facilidad una

pedra de extremada dureza; esos pequeños caprichos tienen toda la perfección posible que se les podría dar en cera. También se admira con razón un barníz blanquecino de que está toda ella cubierta y que el aire, la lluvia ni el tiempo, han podido nada sobre él: el secreto se perdió o mas bien lo reservaron los jesuitas. ¿No merecen estos avaros del saber el anatema de la posteridad? Sí, y cuando manifestemos nuestro reconocimiento a Franklin, a Priestley y a tantos amigos de la humanidad, no olvidemos a estos monstruos que se sepultaron con algún secreto importante.... Escriba a mi querido Pombo; en ésa vera algunas otras noticias de Quito...".—(Doc. 43).

V.—CALDAS Y HUMBOLT

"Quito, y abril 21 de 1802.

Señor doctor don José Celestino Mutis.

Mi padre:Qué diferente es la conducta que el señor Barón ha llevado en Santafé y Popayán de la que lleva en Quito! En las dos primeras ciudades fue digno de un sabio; en la última es indigna de un hombre ordinario. El aire de Quito está envenenado: no se respiran sino placeres; los precipicios, los escollos de la virtud se multiplican, y se puede creer que el templo de Venus se ha trasladado de Chipre a esta ciudad. Entra el señor Barón en esta Babilonia, contrae por su desgracia amistad con unos jóvenes obscenos, disolutos: le arrastran a las casas en que reina el amor impuro; se apodera esta pasión vergonzosa de su corazón y ciega a este sabio joven hasta un punto que no se puede creer. Este es el Telémaco en la isla de Calipso. Los trabajos matemáticos se entibian, no se visita las pirámides, y cuando el amor a la gloria reanima a este viajero, quiere mezclar sus debilidades con las sublimes funciones de las ciencias. Mide una base en las llanuras de Quito, aquí viene el objeto de sus amores o el de los cómplices de sus fragilidades. A veces compadezco a este joven, a veces me irrito. Cuando me anima esta última pasión, me parece que veo reanimarse las cenizas de Newton, de Newton que no llegó a mujer, y con un semblante airado y terrible decir al joven prusiano: ¿así imitas el ejemplo que dejé a mis sucesores? ¿Quiéres que vuestro nombre se fije en el templo de la gloria y en la de la diosa de Atharea? No, la gloria etc...".—(Doc. 54).

VI.—EL COSTO DE LA VIDA

"Quito y febrero 6 de 1804.

Señor doctor don José Celestino Mutis.

Mi amadísimo protector mío:

....Me habla sobre socorros prestados, y añade que ya son mas que triplicados los que se me han prestado. Yo entro en un pormenor de cuen-

ta, le hago ver el estado en que se halla esta provincia en asunto de víveres, me hago cargo de 1.500 pesos que usted me ha librado, y 800 por su parte, entro en gastos mensuales y los extraordinarios, le incluyo los que he causado en enero de este año, estando quieto, para que se forme juicio de los que se harán en campaña, y en fin, después de un dilatado pormenor le hago ver que conforme a la voluntad de usted y de él, salgo a fines de ésta, aún no libre de la terciana, para Loja, colectando quinas de los diferentes sitios que las producen, con solo unos 500 pesos. A usted también incluyo una planillita de mis gastos mensuales, sin andar. Se deduce de todo que le digo que por más que me estreche, no puedo sostenerme con menos de 50 pesos mensuales, cuando pare y mucho más cuando camine... Los víveres se han más que duplicado con su precio; baste decir que la harina valía antes 7 pesos carga y hoy, 17 y 18 pesos; el maíz, antes 3 pesos, hoy 5; el azúcar, antes 20 reales, hoy 6 pesos; la papa, antes 10 reales, hoy 3 pesos; una gallina, antes, 2 reales, hoy 4; los huevos, antes 8, hoy 3 o 4....

Gastos de enero de 1.804

Por 6 pesos a la cocinera para la primera semana, del 1º hasta el día 7	006,0
Por un real de pan diario	003,7
Por medio real diario de luz	001,7½
Por dos cajas de dulce, a 6 reales	001,4
Por un real diario de chocolate	003,7
Por 6 reales de un queso	000,6
Por 2 pesos de varias medicinas	002,0
Por dos reales al barbero	000,2
Por cuatro reales de jabón	000,4
Por 6 pesos de cocina hasta el 14	006,0
Por otros id para id hasta el 21	006,0
Por otros id para id hasta el 28	006,0
Por veinte reales id para id hasta el 31	002,4
Por diez reales a la cocinera por su trabajo	001,2
Por diez reales a la lavandera y costurera	001,2
Por un par de zapatos para mi, en 10 reales	001,2
Por otro para mi hermanito, en 8 reales	000,8
Por 5 pesos de la casa, a razón de 60 pesos anuales	005,0

Suman..... \$ 50,7½"

(Doc. 77)

VII.—OTRAS IMPRESIONES

"Santafé, y setiembre de 1810.

Mi Manuelita:

Ya se acerca el momento deseado de conocerte y de estrecharte en mis brazos.... Las noticias sangrientas de Quito han llenado de espanto al Gobierno y a esta capital. Yo estoy encargado del Diario que remito para que lean. El viernes ha de salir otro con las cosas de Quito, y tengo que imprimirlo y publicarlo. —(Doc. 124).

"Quito, y enero 21 de 1802.

Mi Antonio, mi querido Antonio: ... Los oficiales de Quito se parecen a esos en lo maulas, y los santos caminan a pasos de plomo; así que se concluya la talla verá usted los diseños de Samaniego que sirven para el escultor...."—(Apéndice II).

"Quito y octubre 28: 1801.

Mi Antonio: Ya llevo un mes en Quito, no he hecho nada en mi objeto principal. Yo deseo restituirme a mi patria, al seno de mi familia y de mis amigos.... Ni todo el lujo, ni toda la multitud de Quito pueden suplir a nuestra compañía. —(Apéndice III).

"Quito y diciembre 6: 1801.

Mi Antonio, mi querido Antonio: Los encargos de usted avanzan: Samaniego, pintor de Genio ha formado los diseños de los santos, bien contrastados, equilibrados con sus niños, aptitudes naturales y expresiones propias; en fin, no perdono cuidado para que tenga dos santos buenos o a lo menos que salgamos de la rutina antigua".—(Apéndice IV).

MUJERES Y PUERTOS

JORGE CARRERA ANDRADE

NIÑA DE PANAMA

Risa de negro del coco de agua.
Pereza africana del mar.
Lavan los buques luces descalzas
en los espejos del canal.

Dientes salientes y relucientes.
Entre sonrisas la niña va
rayando con la tiza de sus dientes
el barrio negro de Panamá.

Sudan diamantes las garrafas.
Los senos llenos hincha el calor.
Sabe a vainilla la ducha helada
y el abanico sabe a limón.

Cochero negro. El coche negro
abre su paraguas café.
Por los tejados corre un letrero:
Metropol- Cabaret.

La niña quiere "Camel", habanos,
cerveza helada, wishky de sol.
Los marineros fuman como barcos
en la marea del danzón.

El negro músico muere de risa
y lanza gritos de luz su piel.
Una aventura cosmopolita
nace a la orilla del cocktail.

2° 48" LATITUD SUR

Puerto amarillo.
Bateas de piñas. Sudor.
Atado al poste un botecillo
con su caña de pescador.

Barriles de ginebra.
Ostiones por encajonar.
Picadura de la culebra
en el talón del lobo de mar.

Balandro abarrotado
de bananas de miel.
Salta sobre el muelle mojado
un chino de un tonel.

Mientras se alumbra un ventanillo
con el primer farol,
ambulan silenciosos por el puerto amarillo
los marinos de ojos de alcohol.

ESCALA

Un viento corsario se llevó nuestras voces
a la altura de las Islas Azores.

Peces en la noche del agua
movían sus lámparas veloces.

Coral vivo se abrió bajo mis labios
cerca de las Islas Azores.

Su cabeza náufraga en mi hombro.
Flotaban sus ojos y sus dientes jóvenes.

Mi recuerdo se quedó en un barco en la noche
a la altura de las Islas Azores.

DESTINO

Una mujer con zuecos
espera nuestra llegada
sobre un fondo de mástiles
en un puerto de Holanda.

Los motinos con su cruz a cuestras,
los canales con luces
nos saldrán al encuentro
en medio de los cuadros de legumbres.

Fondeará nuestra vida
en un paisaje de la infancia.
Seremos hortelanos de unos labios.
Un hijo crecerá como una planta.

Con humo del pasado
cargaremos la pipa,
hasta que en algún barco caletero
saldremos un buen día.

Una mujer con zuecos
—sobre un fondo de barcas—
agitará un pañuelo
en un puerto de Holanda.

CAMPANAS DEL HAVRE

Las campanas del Havre de Gracia
en la bahía del cielo
echaron el ancla.

El Havre con mariscos,
y naves y muchachas
de azul marino.

Con viviendas en los botes
y marineros que exprimen
sus acordeones.

Sobre los techos puntiagudos
flota un navío de niebla
y reza un ángel de humo

a la hora en que cantan las campanas
la gloria de los caballos percherones
y la cocina normanda.

EN LAS HUERTAS

JOAQUIN GALLEGOS LARA

Un palpitante y vívido capítulo de la novela CACAO, de Joaquín Gallegos Lara, que con Pareja y Díez Canseco, Aguilera Malta, Gil Gilbert, J. de la Cuadra, Pablo Palacio, Humberto Salvador, Jorge Icaza, Muñoz Cueva, Cuesta y Cuesta están creando la novela ecuatoriana.

Llueve. Bandas grises de agua pulverizada arrastra el viento. En los palos, negros, retorcidos, choca con golpes bruscos la masa del aguacero.

Trabajan en el ensopamiento. Don Guarico, a caballo, rodea en torno de los tumbadores que, medio desnudos, aprietan rabiosamente las palancas podaderas, persiguiendo a las mazorcas movilizadas. Las mazorcas se burlan; se contonean como mujeres de caderas móviles; huyen al filo brillante que chorrea jugo morado desleído en lluvia.

El agua cae por las pavas de paja; empapa el pelo pegándolo a la frente; ciega. Para tumbar hay que mirar arriba, al arco confuso del follaje, y es un tormento como el de clavarse mil agujas en la frente. Se desploman los brazos fatigados de alzar y bajar la palanca con dos embonos, porque la huerta es vieja, altísima....

—Barajo, Concho, que tengo frío! De deveras me fuera, pero perdí dos días el sábado pasao....

Es un mozo amarillo, tembloroso, que casi no puede con la palanca. Concho lo oye y ajusta los dientes. Le tiene pena. ¿Qué podría hacer?

—Deja la podadera un rato. Vo a decirle al blanco, es bueno.

—No hombre, va a creer que es de flojo. Si pudiera beberme un lapo....

—No. El trago es peor: calienta un momentito y más después friega!

Y Concho recuerda —él también ha bebido— las borracheras turbias, los chuchaques angustiosos con la boca mala y la náusea atorándolo. La mujer del muchacho amarillo es la que aguantará los golpes cuando él vuelva hecho una damajuana hacia la casa.

—El mismo frío lo hace chupar a uno, pero chupar friega, friega...

Arrecia el aguacero. Se vienen abajo troncos de matas viejas, podridos. El jarabe chorreante y agrio envuelve en neblinas espumosas a los tumbadores. El aguacero cernido en el cedazo del mateaje se impregna de savia, lava ramas y hojas, y cae espeso como melaza del trapiche, al moler caña.

El muchacho pálido no puede más. Ruega:

—Oíte Lindao, anda a decirle a don Guarico que no aguanto. Me voy.

—Hei, Patrón don Guarico.

El blanco acude. Saca el caballo del suelo pellas de lodo. Los trozos blandos salpican a las caras de los del rededor tiznándolas húmedamente.

—¿Qué fue, Concho?

—Este muchacho, Andrade, que está fregao. Quiere irse. Lo ha agarrao el frío e la fiebre.

—¿Es concierto Andrade? Ah de veras, no. Bueno, que se vaya: le diré a Tomalá.

—Pero, una cosa, patrón ¿y el día?

—El día lo gana ¿y qué? Si no es culpa de él. Andavete no más, Andrade. A las once manda a la casa a decirle a la zamba.... No; mejor a la tarde cuando yo esté, para mandarte un poco de quinina.

Andrade busca su cotona, puesta, con la ropa de todos, bajo una cubierta de lona sostenida con estacas. Se la viste. Encarga su podadera y se va. Los otros se lo quedan mirando alejarse, con envidia.

Tras los tumbadores vienen los recogedores. Son cuatro. Dos de cada lado. Llevan un chayo colgado sobre el hombro. El machete vibra en su mano. Siguen el avance de los tumbadores. Para recoger las mazorcas las pican con el machete —tal un arponazo— y las ponen de rebote en la red.

A cada cierta distancia hacen una ruma. La dejan y siguen. Sobre los montones caen, hechos ardillas, los sacadores. Son mosquitos antes que chicos, embarrados de lodo de pié a cabeza, calados de agua. Abren las mazorcas con un golpe seco y breve del pesado podón. Las pasan a otros muchachos. Con una costilla de vaca, afilada de un lado, raspan estos el interior de las mazorcas

vaciándolo en las bateas. Los argueneros, también chicos, vierten las bateas en las árguenas bostezantes. De cada lado, precisos, impidiendo, al equilibrarlas, que resbalen del lomo del burro. Los asnos mueven las orejas sacudiendo la mantablanca espesa. El aguacero les pone el pelo tieso, les da un color de madera vieja. Los ojos tranquilos miran lejos.

A cada árguena llena, salta en el anca un muchacho y con el lodo hasta los corvejones parten a la hacienda, a los tendales donde esperan los otros chicos y las mujeres despulpadoras.

El día avanza. Azota tenaz el aguacero las huertas. No se ve sol.

Andrade se ha alejado, poniéndose la cotona, por los camellones blandos, de fofa lodo de la manga. El frío de la fiebre que le entra lo coge por la barbilla, le sacude las mandíbulas, le golpea las costillas. Para soportarlo tiene que curvar el pecho. Es una actitud que le causa tanto dolor que le parece que con un hacha le estuvieran partiendo las caderas, como se hace al descuartizar las reses en los camales.

La lluvia lo envuelve, lo azota, lo bejuquea, al compás del viento. Debe estar creciendo la marea y haber cacho de luna en el cielo, las noches, para que llueva tanto, imagina. A ratos, el llover se hace suave, lo acaricia, lo arropa con su colcha helada.

Chillan, mojados hasta los huesos, escurridas las plumillas, unos chagüizes tristes, en las ramas del cacao. Las ardillas se esconden en sus huecos. Las comadreja y los paulinillos asoman sus hociquitos pálidos entre las raíces de los zapotos sombreadores.

—Bará, la fiebre!

El pelo, en mechadas empapadas, le cae por la frente lívida. Se ajustan convulsamente las manos engarrotadas. No puede ya.

—Hay que aguantar hasta la casa.

La última idea que le queda.

La manga gris, desolada en su embozo de aguacero, se prolonga. Camina, no sabe hasta cuando.

—Aguantar. . .

La manga da vueltas. Las nubes están bajas. Oprimen con su barriga la tierra. Tapan al sol. Sí, están bajísimas. Si tuviera su podadera las hincara para hacerlas soltar de una sola vez su preñez de agua. Acaso podría con la mano. Claro, si él, allá arriba por Balzar, fue vaquero un tiempo: sabe ordeñar. Seguro: si son ubres: el cielo es una vaca. Hay que ordeñarla del todo. Tiene tan colmadas las ubres que chorrean. Si se le ordeñaran, quedarían secas hasta la tarde, como quedan secas las rejerías cuando se les suelta el ternero, hasta hacer leche de nuevo. Hasta la tarde. . . . ¿Es que hasta la tarde no alcanzaría él a llegar a su casa? Y no tendría que. . .

—Aguantar....

Extiende Andrade las manos. La carne fría del agua se le mete en ellas. Palpa y ajusta el caer pesado de las gotas. Aprieta diestramente los pezones de las ubres de las nubes —qué fríos los tienen, no como las tetas cálidas de las rejas: —y las ordeña; sabe que así aclarará el día.

Un dolor agudo le sube como un garrotazo por la pierna derecha. Vuelve en sí; baja las manos; deja de caminar; se coge la pierna.

—Me ha roto la espinilla ¿dónde está?

Piensa en voz alta para acompañarse. Lo ve allí cerca, recogido, extendido, al moverse; sordo, ciego al día, con sólo sus ganchos como cuernos, como una pequeña mancha de pus con sangre.

—El tornasol es el peor gusano montañero!

Se mira la pierna que se hincha conforme la mira. Está roja hasta más arriba de la rodilla y hasta el pié. Los dos agujeros de la picada del gusano dejan escapar dos hilos de sangre aguanosa. Se enfurece con el gusano que reptaba hacia unas hojas secas a ocultarse. Un palo medio podrido caído por ahí le servirá. La pierna no lo sostiene; ahinojado, ase el palo. Se goza refregando la sucia mantequilla de la carne del gusano contra la tierra.

Se le va la vista. El frío le queda únicamente en las puntas de los dedos. Siente sed. Es como una mano de candela en el pecho: como una garra de la fiebre que lo sacude y le pisotea la cabeza y le hace girar rojo el aguacero gris, y rojas las huertas oscuras. La calentura lo cubre con su poncho. No acierta a levantarse. Sigue de rodillas. Se dobla más. Se va de bruce contra las sartenejas. Hunde la cara entre dos camellones donde se recoge, crepitando en sus mil gotas, el aguacero. Y bebe con toda la boca metida allí. Bebe, bebe, mientras, entre el dolor de la pierna hinchada, crecida —todo él hecho pierna— algo le grita:

—Ajo que no aguantaste!

LA VILLA

MANUEL MORENO MORA

Para la Revista AMERICA

Tu villa, amada mía, guarda toda mi infancia.
Si hacia otro tiempo vuelve mi espíritu cansado,
el encanto revive del vivir ya pasado
y en él, de nuevo, encuentre la espiritual sedancia.

Aquí pasé, de niño, alegres vacaciones;
aquí abrióseme el alma al nemoroso encanto
que ha dejado, hasta ahora, profundas emociones
que a la memoria vuelven con temblores de llanto.

Diría al ir a ella que bien me reconoce,
y, al oír en los árboles de las brisas el roce,
que, como amante madre, mimosa, me murmura,
acogiéndome, voces de cariño y ternura.

En el musgoso techo se arrullaban palomas
blancas, grises, azules. Bajo el silencio de oro
del sol, como un gemido, llegaba de las lomas
el tubar de las tórtolas, quejumbroso y sonoro.

Había en los jardines floridos agabanzos;
hoy día esbeltos pinos les dan frescor y sombra.
Del estanque profundo, verde de húmeda alfombra
de juncos, frescos gritos salpicaban los gansos.

En este cuarto azul, donde ahora quimera
y amor entretejemos, dormía yo de niño.
Al rayar el sol de oro, entre la primavera
de rosas trepadoras de púrpura y armiño,

mil pájaros cantaban saludando a la aurora.
Por las rendijas, rayos niños del sol venían
a dorar las paredes; por su escala subían
corpúsculos de polvo que el sol levanta y dora.

De esta ventana en éxtasis, abierta sobre el campo,
sintiendo las caricias del viento en los cabellos,
atisbaba, las noches, el silencioso lampo
de la luna naciente; caían sus destellos

sobre nubes y valles, argentando las frondas
dormidas, susurrantes y las calladas ondas
de diáfanos regatos. A soñar aprendía,
y se colmaba mi alma de honda melancolía.

Aquí se unió mi pecho a tu pecho, en ensueño
de amor y dicha pura. ¿Cogeremos las flores
y los dorados frutos en el huerto del sueño?
¿Se acabarán un día estos dulces amores?

Amada mía, amémonos, con un pavor sagrado,
en tanto que la vida nos dé su juventud;
cuando llegue el invierno, blanco, triste y helado,
ya no habrá en nuestros senos la amorosa virtud.

Al llevar a tus labios el perfumado vino
y el pan, que, milagrosos, nos dan fuerza y calor,
piensa en que son la sangre y carne del divino
polvo, que, vuelto entraña, palpité ayer de amor.

En estos mismos prados, grutas, fuentes y ríos
cuántas otras parejas tiernas, enamoradas
habrán sentido, locas, sonrientes, turbadas,
éxtasis y caricias, besos y escalofríos.

En este césped donde llegas a recostarte,
cuántas mujeres antes se habrán tendido, puras;
en esta gruta umbrosa que brinda su frescura
ya habrá besado el viento como hoy viene a besarte.

El sol, amante y dulce, cual se posa en tu boca,
sobre otras frescas bocas posará su ilusión;
sonarán las palabras con que el amor se invoca
con un temblor idéntico e idéntica pasión.

Olvidando natura escenas del pasado,
con otros corazones el suyo acordará,
y sonará sus fuentes, aromará sus prados
y en los oídos de otros dulce música hará.

Lo que naturaleza nos dice, amada mía,
ayer ya dijo a otros con el mismo fervor;
mañana otros amantes, dichosos de alegría,
legarán, cual nosotros, a gozar del amor.

Suaves, tranquilos valles, landas, sotos, barrancos,
cataratas, arroyos, prados de mi niñez,
cuando un día retorne, de la tierra, a los flancos,
—tiemblo al deciros— ;para siempre me olvidaréis?

¿Me olvidarás, o grata villa de nuestros padres,
en donde aun vagan, tristes, los fantasmas de ayer,
abuelas taciturnas, suaves y tiernas madres,
cuyas sombras tus campos vienen a recorrer!

Vencer quiero mañana la muerte y el olvido;
yo quiero que en tu seno para siempre se grave
mi huella, nuestras huellas, amada, bien querido,
y queden nuestras sombras en él, en vuelo ingrave.

Mañana, cuando vengan otras nuevas parejas,
tiernas, apasionadas, a vivir el amor,
evoquen nuestras sombras y, entre amorosas quejas,
nos consagren recuerdos de amor y de dolor.

Leyendo mis poemas, recorriendo estos prados,
lentos de hondos suspiros digan con emoción:
Aquí vivió el poeta, aquí amó y fué amado;
;tal sí de amor latiera, no oís su corazón!

Cuenca, Ecuador.

SE HA PERDIDO UNA NIÑA

JOSE DE LA CUADRA

—Al margen de los libros románticos—
—Cuento al estilo viejo—

Mi primo Claudio

La narración que ahora reproduzco, y a la cual su autor calificó de poemática, la escribió mi primo Claudio poco antes de morir. Estaba entre sus papeles íntimos, los mismos que heredé, por voluntad de nuestra tía Sagrario, junto con una caña de Malaca, veinte novelas de Felipe Trigo, un par de tiradores "Presidente" y varias corbatas a vivos rojos.

Mi primo Claudio gustaba mucho de los vivos rojos en las corbatas, en los pañuelos y en los calcetines. También gustaba del ron aferrante y de la cerveza helada. En sus frecuentes madrugadas bohemias prefería trasegar vasos de leche-tigre, esto es, leche con puro de 21^º.

Claudio murió a los dieciocho años, en flor de juventud y en olor de beodez, cierta noche plenilunar de mayo.

Lo mataron a tiros, en el cabaret grande de la calle Machala, tres gringos del "Santa Clara", vapor que estaba al ancla en la rada, cumpliendo su escala.

Los gringos habían ido a bailar al cabaret, llevando consigo una rubia muy pintarrajeada.

Entre las debilidades de mi primo, se contaba la de creerse bello como Antinoo y atrayente como don Juan; así, emprendió de inmediato la conquista de la mujerzuela. Utilizaba como armas su sonrisa, que reputaba irresistible, y su detestable inglés escolar.

Los gringos estaban tan borrachos como él, y parece que se

ofendieron por los galanteos a la hembra. Hay quienes creen que mi primo, cuyo inglés era intuitivo y según mejor calculaba, se equivocó en un vocablo, que resultó injurioso como él lo pronunciaba.

Lo cierto fué que los gringos sacaron sus pistolas, y en menos de un minuto convirtieron el cuerpo de mi pariente en un arnerillo sangrante.

Al verlo así, la mujer dijo, en un castellano de erres difíciles, que ése era el tercer hombre en el mundo que moría en honor de ella.

Mi primo Claudio, tumbado de bruces sobre una mesita de kaolin, ya no podía decir absolutamente nada.

Con su definitivo silencio, la poesía ecuatoriana perdió un poeta de posibles valores antológicos y las cantinas del puerto, un cliente asiduo y constante, que demoraba el pago de las cuentas a crédito, pero que las pagaba a la larga.

El anuncio

Hoy de mañana lei en el diario, confundido en el farrago de avisos económicos, este reclamo breve: "Se ha perdido una niña". Y a continuación se daban las indicaciones y señas de la bebé huidiza. A lo que parece, la criatura decía ya, con su lengua enredada, torpecilla, ñoñamente musical: "papá" y "mamá"; quizás alguna otra palabra más. Es de suponer que se reía anchamente, enseñando la gracia leve de los dienteclillos de ratón. Acaso sabría guiñar, con anticipada malicia femenil, los negros ojitos, y mesarse con ambas manos, peinándola, como una diminuta y morena Loreley, la mata ensortijada de los cabellos color castaño oscuro. Y toda esta inocente alegría de dos años ralos, se agitaba dentro de una batita blanca de holanda, sobre unos zapatitos aforrados de raso crema y bajo un enorme pompón de cintas en tono pétalo de rosa.

Había tal morosa delectación en describir a la muñeca y tal mañana ingenua en ofrecer el cebo de la recompensa a quien la hallare y volviere, que era fácilmente comprensible que sólo una madre podía así describir a su hija, o un amante a su amante.

Este aviso intrascendente, que lei hoy de mañana, todavía en el lecho, mientras se inundaba mi cuarto en la gloria del sol naciente, me ha hecho recordar una historia que me ocurrió cuando era muchacho.

También se perdió una niña en la historia que voy a contar. O, mejor, a cantar.

El primer escenario

Samborondón es la bien guarnida. Desde el septentrión vigilan la sus cerros. Al meridión, el río se enrevesa en curvas que la ocultan: quiere dejarla como al fondo de un caracol de aguas corrientes, defendida y secreta. Y la aldea sonríe, agradecida.

Antes, no ha mucho, precisamente cuando esta historia comienza, Samborondón estaba en francos y leales amores con el río. Ahora, no. El Guayas riñó con ella por echarse, y de ella se va apartando, día por día, dejándola tierra adentro, poniendo entre ambos una amplia faja de playas limosa.

El Guayas tiene costumbres arcaicas y se parece a los antepasados. No se corrige aún y es difícil que se corrija jamás. Odia lo moderno y se engríe rememrando lo que fué.

Los abuelos dizque colocaban una tabla, dividiendo el lecho conyugal, cuando se peleaban. Algo como eso es la faja de playa samborondeña. El Guayas ha procedido igual que los antecesores.

Por detrás de Samborondón se extienden, hasta la raya del horizonte, los tembladerales verdosos, donde habitan los lagartos hambrientos. Los tembladerales comienzan en la misma tapia trasera del cementerio, que queda al final del pueblo, y estrechan a Samborondón en un prieto abrazo. De eso estaba celoso el río.

Fué un viejo pleito que ha durado siglos y que el Guayas perdió.

Hay que suponer que Samborondón coqueteaba con sus dos amantes, y éstos no lograron avenirse.

El pueblo es pequeño, si bien hay quienes aseguran que es muy grande. Nadie lo ha medido. Allá se es supersticioso. Corre una abusión popular: cuando se mide a alguna persona, ésta muere a poco. Es como si la midieran para su ataúd. Puede ser que la abusión se aplique a las poblaciones, y por eso nadie ha medido a Samborondón. Sólo cabe decir que va de estero a estero y del filo de los tembladerales al filo de la playa fluvial.

La aldea es tan linda como una muchacha montuvia aún no desdonceada. Las casuchas se agrupan en torno de la iglesia y se desbandan luego a lo largo de las callejuelas que nacen en la plaza del parque.

Las mujeres son guapas, fornidas y recias: tienen ojos bonitos, boca chiquita y acorazonada, pechos altos, muslos duros y esbeltos y ancas poderosas. Con la forzosa excepción de las familiares de los señores feudales, casi todas las mujeres se dedican a cocer, tallar y pulir el barro. Fabrican ollas anchurosas, torneadas cantarillas y jarrones de finas formas. Es una manufactura nativa,

prestigiada de tiempo. Una suerte de oficio noble, del que se enorgullecen.

Los hombres labran el campo, ejercen la rabulería o roban ganado. Aquellos que no hacen ninguna de estas tres cosas, anudan corrillos en los portales o vagabundean por las calles yerbosas. Visten pantalones de dril, cotonas de zaraza abotonadas hasta el cuello y sombreros ligeros de paja. Algunos portan al cinto el machete filudo y pequeñín como una daga, o un yatagán de ejército. Son grandes "jugadores de fierro" y su consumada maestría es indiscutible. Valientes de veras, comprometen su vida por una insignificancia cualquiera. Aman la pinta, las lidias de gallos y el aguardiente de caña. Les place jinetear potros indómitos y adoran la emoción de la sabana que va corriendo bajo el galopar de las bestias.

Las muchachas, en los amplios patios soleados, junto al mismo horno donde se cuece el barro, hacen rosquillas de maíz, empanadas y dulces de tipo monjil.

Venden los muchachos las obras salidas de manos de las muchachas. Arman agudos griteríos en las balsas, ofreciendo los artículos a los pasajeros de las lanchas y vapores.

Viejos y viejas forman el beaterío, y entre sus filas se recluta el grueso de la feligresía parroquial.

El sol calienta como en todas partes; y, cuando la luna sale, consagra la aldea de exotería. Entonces, Samborondón se propicia como escenario adecuado para un bonito cuento de amor.

La muchacha montuvia

Eras tú, Catalina, flor de esa tierra samborondeña.

Tú, júbilo de mis años niños, buen recuerdo de los días fugados, adorable salvajilla, naciste en las marcas parroquiales, hija de quién sabe quién en el vientre hospitalario de la bruja ña Maclovía, nuestra antigua servidora.

Referíanse de tu origen cosas extrañas.

Serías, según las gentes paisanas, engendro sacrilego de un cura párroco, que lo fué del pueblo; y juraban los vecinos que tenías una cruz en el paladar y un copón de cáliz bajo la lengua.

Por eso decían de tu padre eclesiástico, que ña Maclovía se convertía cada noche en mula briosa e iba a dar coces contra la puerta mayor de la iglesuca.

Otros decían que eras el fruto de los amores de tu madre con un mercachifle griego que andaba por los caminos reales con el ható del negocio sobre las espaldas inclinadas.

No faltaba quien te atribuyera como progenitor al cacique fa-

llecido, a quien ahora reemplazaba sin ventaja un nuevo cacique cualquiera.

Lo único que decía ña Maclovia respecto de tus orígenes, era que "le lloraste en la barriga", acaso —pienso yo— acobardada de su anchura y de su tenebrosidad, en las que te agitarías tú, pobrecita cosa pequeña, como un chagüis en un nido de ollero.

Aquello de tu llanto de nonata, te valió fama de adivina. Dirías el futuro. Prevendrías lo que iba a ser.

¡Sibila infeliz! No conseguiste jamás adivinar cuándo mi vieja tía Sagrario estaba de mal humor, y siempre te acercaste a ella, mimosa y zalamera, precisamente en las peores oportunidades. Te tocaban más azotes que a mi en el cotidiano reparto, aun cuando ahora pienso si no harías todo lo posible para librarme a mí, tu prodigio, de parte de mi parte, tomándola para ti.

Porque eras buena de hueso y me querías de adentro, como por allá se dice, ¡oh tú, júbilo de mis años niños, recuerdo amable de los días fugados!

Maestra de vida

He aprendido de ti tanto y tanto, que puedo decir que me enseñaste a vivir.

Todas mis habilidades de muchacho, se remontan hasta ti, mi humilde maestra.

Por tí sé cómo se flota sobre las aguas mansas y cómo se atraviesan, a brazo luchador, las vaciantes y los rápidos. Por tí sé cómo se trepa a los árboles de troncos nudosos, en cuyas ramas altas cuelgan las frutas. Por tí sé cómo se monta a pelo, sobre el lomo liso de los caballos. Por tí sé el ardid de coger sin riesgo casas de avispas y palacios de hormigas, y el ardid de escapar de los perros furiosos, y el ardid de torear las reses alzadas. Por tí sé distinguir los rastros, otear el viento y seguir las huellas. Por tí sé el significado de los medrosos ruidos del monte. Por tí sé interpretar la voz de los elementos desatados y sé que cada cosa aparentemente muda y silenciosa de la naturaleza, está hablando siempre, siempre, y sufre y goza al igual que los animales y los hombres. Toda mi ciencia campesina viene de tí, como de una fuente.

Y conozco también por tí el sabor de un beso puro.

Tus labios, púberes apenas, acariciaban sin mancilla mi orfandad de un lustro, siempre llorosa y tímida, sujeta al férreo yugo de mi tía Sagrario.

El viaje

Cuando estuve en edad de entrar a la escuela, mi tía Sagrario quiso que nos estableciéramos en Guayaquil. La buena señora necesitaba pretextos para sus futuras cuentas de curadora. La estada en el puerto abría camino al derroche de mi escasa herencia paterna, confiada a sus manos. Mi presunta educación iba a pagar los lujos de mi tía: sus mantas de seda, sus zapatos de charol, la batista de su ropa interior, sus misas a las ánimas y sus novenarios.

Tú y yo lloramos al separarnos del pueblo. A mí me ilusionaba un tanto la novedad del viaje. A ti, no. Te veo, en mi memoria, como estabas en ese trance de la embarcada: sostenías con una mano el lio de tus corotos, y con la otra, la jaula del perico hablantín. Te corrían las lágrimas por el rostro, y tus ojos estaban abotagados.

Al verte así, mi tía, te trató de imbécil y te haló de la oreja hasta que pediste perdón.

Nos miramos y enmudecimos.

Durante todo el viaje no cruzamos palabra.

El segundo escenario

Los personajes

Las escenas

En Guayaquil sufrimos hasta lo inconcebible. Fué nuestra Vía Crucis y nuestro Calvario. Muy tarde ha sido, para cada uno, nuestro monte Tabor.

Tía Sagrario se extremó en torturarnos. A ratos parecía como si se hubiera vuelto loca. Nos flagelaba con un largo látigo. Nos privaba de la merienda. Nos hacía rezar oraciones tras oraciones, hincados sobre piedrecillas menudas. Impedía que nos acostáramos en la cama, obligándonos a permanecer sentados, vencidos de hambre y de sueño. Nos mantenía de pies, durante largas horas, meciendo su hamaca, mientras ella desgranaba el rosario o leía novelones.

Su cólera subía de punto cuando no venía el señor Fernández.

Este señor Fernández se había hecho amigo de mi tía a poco de nuestra llegada a Guayaquil y la visitaba con frecuencia. Después he comprendido que era su amante y que la explotaba.

El señor Fernández era un cuarentón regordete y bajo de estatura, con bigotes a lo kaiser Guillermo II. Hablaba con voz aflautada y olía a suciedad y a agua de Florida. A mí me odiaba des-

caradamente; me llamaba "animalejo estúpido" y me propinaba coscorrones. Sin duda veía en mí un obstáculo para su futuro reposado, al lado de mi tía, disfrutando los dinerillos de mi padre. Estoy convencido de su deseo de que me aplastara un automóvil o me apestara de bubónica.

En cambio a tí, Catalina, el señor Fernández te devoraba con los ojos.

Por distintos caminos, la conducta del señor Fernández nos irrogaba daño.

Por solidarizarse con él, tía Sagrario arreciaba su odio contra mí. Presintiendo en tí una rival de sus amores, tía Sagrario te odiaba más.

Y nuestros cuerpecillos pagaban las consecuencias.

Tía Sagrario se indignaba contra tus senos erectos de virgen, que inocentemente anunciaban su pezón bajo la blusa temblorosos y frágiles.

—Esta mujer anda provocando a los hombres con esas cosas puntonas, ¡so indecente! —decía—.

Y te hacía fajar el busto como a un mamoncillo.

Luego luchó contra tus caderas saltarinas y redondas, que se sacudían cuando andabas, con ese paso tuyo ligero, de animalillo joven. Cosió para tí holgados trajes de sempiterno azul, semejantes a esas batas que usaban para el baño las mujeres del pasado siglo. Pero, era inútil empeño tratar de esconder la alegría de tus encantos recientes, la gloria de tus gracias de crepúsculo matutino. Saltaban por ahí, por donde se esperaba menos: ora era un rizo caedizo, ora tu mirar adormilado, ora una risa o un ademán.

Hay que compadecer un poco a tía Sagrario. Debe haber sufrido mucho al no poder vencerte.

La escena máxima

Lo terrible ocurrió la vez que tía Sagrario sorprendió al señor Fernández abrazándote en una esquina del salón, mientras tú forcejeabas por desasirte.

No se enojó con él. En cambio, desfogó sus iras contigo.

—¡Corrompida! ¡Ah, eres una corrompida! ¡Y una ingrata! ¿Es que no me agradeces el bien que te he hecho al recogerte para que no seas una perdularia cualquiera? ¡Ah, cuánta maldad, Dios mío; cuánta maldad!

Si entonces yo hubiera sido capaz de comprender, habría sentido lástima del furioso dolor de aquella vieja celosa. Pero, todavía mis ojos no habían mirado para la honda sima donde se debaten las pasiones humanas, y no comprendí.

Tía Sagrario te golpeó hasta que rodaste desvanecida por el suelo.

Tumbada de espaldas, parecías una pequeña muertecita, y yo lloré creyéndote perdida para siempre.

Tía Sagrario se recluyó en su alcoba. Al poco rato oí que ella también lloraba, con unos profundos sollozos que la ahogaban.

La despedida

Seguramente en esa ocasión fué cuando resolviste escaparte.

Cierta noche —alta noche sería— me desperté, sintiéndote próxima a mí. Te habías sentado al borde de mi cuna y me besabas.

—¿Me extrañarías, Claudio, si me fuera? —inquiriste—.

Pero, no dejaste que respondiera.

Enseguida hablaste de nuestro pueblo. Trajiste a la memoria todas las cosas bonitas que vimos juntos. Y terminaste por repetir alguna de esas lindas historias montuvías que me contabas allá, al anochecer, en la cocina de nuestra casa samborondeña, mientras lavabas los trastes y yo mecía en la hamaquita de jerga que colgaba en la puerta de la azotea.

Creo que esa noche me narraste la historia de la india encantada.

Esta india, que entre los suyos fué princesa, mora en una cueva en la cumbre del cerro grande de Samborondón. En los plenilunios sale a bañarse, desnuda, con rayos del astro, que recoge en un mate de oro.

Escuchando esa historia me dormí.

La fuga

La muerte

Y al día siguiente ya no estabas en la casa.

Se te buscó por todas partes, pero no se logró dar con tu paradero.

No he vuelto a verte más.

Sin embargo, conozco tu breve novela. Primero, un cuartucho de hotel; luego, un zaquizamí de arrabal; al cabo, el prostíbulo. Primero, un hombre; luego, muchos hombres, todos los hombres. Después del prostíbulo, el hospital, y más tarde, la morgue y la tumba.

Uno que sin duda te amaba, hurtó tu cuerpecillo a la fosa común.

Compró una sepultura para tu cadáver, en la colina del Carmen, y además, una cruz de madera con tu nombre.

Alguna ocasión, borracho, he pasado por frente al cementerio de los pobres y se me ha ocurrido ir a tu tumba, a visitarte.

Mis amigos lo han impedido.

Estando sin alcohol, no he ido jamás. Ignoro porqué. Mas, estoy seguro de que abrigo por ti, o mejor dicho, por tu recuerdo, un sentimiento que tiene poco de compasivo y que se parece mucho al de aquel desconocido a quien debes los seis metros de profundidad que te ocultan para siempre.

El gesto del muchacho

Es para reírse. Me río yo mismo. Pero, yo era así, de muchacho.

Hay que considerar que me crié en la orfandad, que no tuve mimos y que nadie me engrió. Me agarraba a cualquier emoción desesperadamente. Y era sentimental y romántico sin saberlo.

La vecina pulpera perdió una vez su gato, y puso un aviso en la puerta de su tienda.

"Se ha perdido un gato romano, con un ojo amarillo y el otro verde. Se llama Juan. Le regalaré cuatro reales a quien lo traiga".

Yo imité a la vecina.

Recatado de los ojos de mi tía, pegué un papelito en un rincón del zaguán.

Decía allí que te habías perdido, daba tu nombre y te describía, a mi modo. Ofrecí a quien te volviera, mi mejor juguete: una caja de soldados pomeranianos, regalo de mi padrino.

Pero, nadie te tornó a mí.

Los pomeranianos, encerrados en su cuartel de cartón, perdieron sus colores metálicos y se enmohecieron.

El papelito amarilleció y acabó por caerse.

Una tarde se iría, barrido a escoba, en el carretón de la basura.

Y nada más.

El reclamo

Sin duda no daba bien tus señales, cuando no te volvieron a mí. No sería por lo horro de la recompensa. Estoy seguro de que

el hombre es bueno. Cualquiera que hubiera leído el reclamo, te habría traído a mi lado. Si; el hombre es bueno.

Ahora podría descubrirte mejor.

Diría:

—Se ha perdido una niña. Es flor de la tierra samborondeña. Su carne es del mismo color del barro cocido, del barro con que las hembras paisanas fabrican las ollas anchurosas, las torneadas cantarillas y los jarros de finas formas. Su pelo es renegrido y zambo; pero, en cambio, su boca es chiquita y acorazonada. Sus senos son altos; sus muslos, duros y esbeltos; y sus ancas, poderosas. Su risa semeja el relincho de una yegua de vientre, suelta en la sabana. Su llanto parece el arrullar de las pintadas colembas en los porotillos orilleros. Ama los caramelos de limón y el silencio; mas, de estar alegre, charla como un periquito hablador. Mira siempre timidamente, como un chagüiz apesado. Y cuando anda, todo su cuerpo salta en un zangoloteo inocentemente lascivo: brincan sus senos, cimbran sus caderas, su carne tiembla y se estremece. Toda ella es un maravilloso juego de complicado resortaje. Sólo los potros indómitos, corriendo por las pampas, pueden comparársele.

Invocación final

—¿La has visto tú, mujer de la calle? ¿La has visto tú, hombre de la calle?

Guayaquil

REPARACION**ZOLA E. LOPEZ**

(Madreselva)

En el armonioso concierto de la lírica femenina contemporánea, esta delicada poetisa deja oír la voz, sencilla y emocionada de su canto.

I

Yo, que desde pequeña sufrí tanto,
que supe de las hieles desde chica,
que al rezar, en la mesa, bebí llanto
y mi vida no fue vida de rica.

Yo que supe el dolor de horfelinatos
y no tuve juguetes en mi infancia,
que padecí la ley de los maltratos,
de una reparación vivo con ansía!

Hay hambre de justicia en mi destino:
claman en mí el anhelo y la ternura
de lo que me negara en el camino

El que lo puede todo! Pido y quiero,
para seguir la romería oscura:
un rosal y una fuente en mi sendero!

II

Y nada más le pido Al que está sobre
el destino y las cosas! ;Si está escrito
que en la ventana de mi vida pobre
la tristeza ha de ser flor de infinito.

¿Por qué no me unge del valor supremo
de las renunciaciones, y me quita
el palacio de sueños, que en mi yermo
se levanta al igual que una mezquita?

El que sabe y conoce, El que puede
bendecir a las fuentes y los huertos
¿por qué a mi copa, al fin, no le concede

sin amargar el agua? Sólo quiero
para seguir futuros tan inciertos:
un rosal y una fuente en mi sendero.

III

El que es Bondad y la Justicia suma,
Poder, Sapiencia y la Virtud suprema,
¿por qué mi drama eterno no perfuma
y yergue en mi dolor distinto emblema?

Que me extienda su mano, florecida,
como reparación a mi suplicio,
y que mi fe en la ruta esté prendida
y mi alma eche de sí cardo y cilicio.

Que olvide para siempre mi pasado
torturador y mi presente amargo,
que sea mi destino, al fin, cambiado.

Sea la paz conmigo! Sólo quiero
para los soles del camino largo:
la fuente y el rosal en mi sendero!

Quito

LA VIVORA

GUILLERMO BUSTAMANTE

Cinco navidades la habían visto madrugar todos los días, con el primer canto del gallo, desde cuando, diestra ya en ceñirse el burdo anaco a la infantil cintura y conocedora de los atajos que serpentean por los cerros y los llanos, sus padres comenzaron a utilizarla en el pastoreo del pequeño rebaño que cada mañana era conducido del distante **huasipungo**, donde majadeaba, a las incultas laderas de la hacienda.

Seguida a todas partes, por quiebras y recuestos, de su hirsuto perro "Mascaviento" que de cachorro le sirvió de muñeca dócil para sus rústicos entreteneres y que creció con ella, compartiendo como un hermano menor de su plato y de su cama, la **longa** descolló a pedir de boca, saltando entre las breñas y revolcándose en los prados, abandonada cerrilmente a la voluptuosa y amante caricia del sol que de igual manera y con solicitud análoga prepara para la maternidad fecunda el cuerpo de la moza campesina como el de la joven hembra vacuna.

Viendo al borrego padre, de ronco balido quereloso y de retorcidos cuernos en forma de caracol, cubrir a las ovejas en celo, no tardó su vigilante malicia en darse cuenta de lo que ello significaba, y, a imitación de los animales que para el caso le valían de maestros, también ella, en los mediodías bochormosos, cuando la sangre impúber le quemaba, jugó muchas veces al amor con los otros **longos** pastores que, silbando, ensayaban encaramados en los riscos los melancólicos tonos de su raza.

Bajo la acción del beso que acelera la circulación y congestiona de desco la carne, como redondas limas en sazón se le hincharon dentro de la camisa bordada los senos turbadores; se le estiró esbelto y flexible el cuerpo cenceño como caña de maíz al florecer; y la innata viveza de su carácter progresó, de inmediato, en gracia y picardía, porque nada despierta más el espíritu como des-

cubrir los maravillosos misterios del sexo. Así, pues, en prematura madurez de cuerpo y alma, de improviso se sintió la *longa* en estado de alternar con los indios y con las indias mayores, en los trabajos de siembras y cosechas.

Nadie tuvo, desde entonces, mayor agilidad en las faenas y en las marchas. Ni los mismos varones la superaban en presteza al segar los dorados trigales, ni las indias más jóvenes la igualaban a seleccionar con tanta pericia las mejores semillas para arrojar al surco. De sus ensortijadas manos laboriosas, que hacían mover el huso con inimitable rapidez, torciendo la escarmenada lana del vellón, salía, como de una hiladora mecánica, la más fina hebra de hilo para tejer los ponchos y bayetas. Y ninguna como ella, de entre las *longas* solteras, hablaba con más desenvoltura e intención, salpicando su charla pintoresca de bromas crudas y picantes, acompañadas del tintineo cristalino de su risa incitadora, que incendiaba el corazón de los *longos tareadores* como una chispa enciende los pajonales en verano.

En su boca maledicente y viperina morían todas las honras y sufrían menoscabo todas las virtudes, porque, de toda la peonada indígena de la hacienda, ella conocía alguna secreta pillería, algún robo no descubierto, algún *amaño* recién iniciado, o alguna infame mancebía entre los miembros íntimos de una misma familia.

Debido a esto, aunque la llamaban la Rosuca, entre los patrones la apodaron de "La Víbora".

* * *

Era una resplandeciente mañana de un veranillo de las almas. La sierra andina, íntegramente detallada en la parte aquella que se domina desde el fértil valle de Pífo, hundía en el cristal azul del cielo la audacia de sus picos nevados y la bravura de sus rocosos dientes.

Dos meses de lluvia habían hecho reverdecer la tierra en un pródigo brote de vegetación que remozaba el paisaje con frescura de nueva savia y con alegría bienhechora, de esperanza.

La vida del campo, armoniosa y ordenada, que hasta en la turbulenta existencia del hombre acaba por imprimir su ritmo calmo y sosegado, parecía alcanzar en la aparente inmovilidad de esa luminosa mañana el grado máximo de serenidad y de paz.

Tendido sobre el césped que alfombra las orillas de la laguna de aves domésticas, contemplaba yo, maravillado, con qué sabiduría de instinto y con qué ligereza de movimientos, tan en contraste con la torpeza e incapacidad de la infancia humana para valerse por sí sola, iban resbalando uno a uno por la tersa superficie del

agua, en ávida persecución de los mosquitos —conforme la Rosuca los sacaba del fondo de su **anaco** recogido por la punta— diez, quince, veinte patitos tiernos, amarillos como yema de huevo, **reventados** hacia dos días en un **tasín** escondido en uno de los **mechinales** de la troje.

Conocedor del natural dicharachero y jubiloso de la Rosuca, que nunca dejaba sin respuesta una pregunta, por capciosa que fuera, gustábame asombrarla con interrogaciones absurdas.

—Qué te pareciera, Rosuca, si las mujeres parieran así, de veinte en veinte los hijos, como ha **reventado** esta pata?

—Jisús, niño, Cristiano, ca, cómo ha de ser, pis, igual con animales. Barriga de mujeres, ca, hinchara **manamaita**, como panza de **huagra** comido araña.

Al advertir, mientras soltaba en el agua a los patitos que uno de ellos estaba falto de fuerzas, sin poder tenerse, aniñando la voz y acercándolo entre las manos juntas a la boca, le decía, mimosa:

—Estico, ca, **irizo**, **angüñahui** como yo, ya no más ha de morir.

—Oye, Rosuca: Se me ha puesto que cuando tú te cases habrás de parir como la pata.

—Ja, ja, ja —gorjeó su risa cascabeleante como el límpido trino de un **guiracchuro**, y oponiendo a mi pronóstico inverosímil una imposición también imposible, contestó, festiva:

—Siendo así, ca, niño has de mantener a **guaguas**.

Y riendo, se alejó en dirección a la cocina, garbosa y cimbreada, con la radiosa claridad del alba perenne de su camisa blanca.

* * *

Desde la vispera se hallaba la Rosuca en la hacienda, llamada para cumplir el turno de **servicia**. A las seis de la mañana había llegado, luego de bañarse y mudarse, para servir a tiempo a los patrones la tibia leche recién ordeñada.

Pulcramente peinada, su cabeza relucía como un negro casco barnizado, y su cabello, envuelto desde la nuca hasta la cintura en una angosta faja granate, formaba el tieso **guango** que le caía sobre la espalda a semejanza de un anquilosado cuerpo de serpiente. En el moreno rostro de expresiva animación, que a fuerza de aseo despedía vivos reflejos bronceados, los almendrados carbones de los ojos negreaban con la misma intensidad con que, al abrirse la encendida boca provocativa en una placentera sonrisa, blanqueaba la doble hilera de perfectos dientes. Tres o cuatro vistosas **huallcas** de corales y cuentas amarillas, alternados, le ceñían el cuello bien modelado; en innúmeras vueltas se le apretaban a las mu-

ñecas las manillas de diminutos mullos azules; y en los dedos de ambas manos, excluyendo los pulgares, lucían anillos y sortijas de metal con diversas y brillantes piedras falsas, como en añoranza de las suntuosas riquezas arrebatadas a su estirpe en nombre de la civilización. La nivea camisa, bordada en dibujos rameados con lanas de colores, dejaba al descubierto, por la cortedad de las mangas, los contorneados brazos ágiles, y el **anaco** negro de bayeta, bajando apenas hasta la pantorrilla, hacía fácil y expedito el libre juego de las aceradas piernas incansables. Vestida de esta manera y así enalhajada, la Rosuca era la aparición de una hermosa virgen india de las cortes de Atahualpa.

Su presencia en la hacienda era garantía segura de orden y limpieza en las habitaciones, así como también de murmuración, de algazara e hilaridad entre la gente de cocina.

Ya tendría **taita** Eustaquio, el viejo **huasicama**, refunfuñón y avaricioso, quien le informe del lobo de cabeza negra que le robó, en una noche de San Pedro, la linda gallina **carioca**.

Ya conocería, con asombro iracundo, el patojo Casahualpa, que se ordeñaba a la madrugada las vacas de la hacienda para tomarse la leche, con quienes andaba en manoseos por la cuadra la **papa-ñahui** de su mujer.

Ya sabría el tenorio del paje que la longa Juana, burlando sus insistentes requerimientos, comenzaba a "quebrar la cintura y a balancear las caderas" por obra y gracia de la más hábil seducción del sipo Mosquera.

Y por fin yo, que, por hallarme en las altas esferas del patronado, ignoraba muchas cosas de cabaña adentro, también me pondría al corriente de tanta graciosa y vil intimidad de mis queridos indios, oculta con astucia sanchopancesca detrás de su reverente respeto.

* * *

Un día se regó por todos los ámbitos de la hacienda la escandalosa noticia de un acontecimiento inesperado: la Casimira, la longa enana de cuerpo deforme, que de pertenecer a la endeble constitución de la raza blanca habría necesitado, para el caso de un alumbramiento, de una oportuna intervención quirúrgica, había parido, como paren las cabras, tumbada en el suelo yerboso, en mitad de la pampa reverberante de sol.

Al rededor de este suceso se hacían mil conjeturas, puesto que casi todos ignorábamos quién podría ser el autor de una aventura tan extravagante.

Unos le culpaban al indio ovejero, viudo hacía mucho tiempo, que vivía solo en el alto cerro chaparroso y cuya posible abstinencia

cia pudo haberle llevado a satisfacer las exigencias de su carne con la primera indefensa mujer que le saliera al paso.

Las **longas abucioneras** aseguraban, con credulidad fanática, que debía ser el duende que persigue por las quebradas a las **huarmis** doncellas, a la hora del crepúsculo cuando principia el fúnebre canto del Cuzcungo.

Pero a todo esto, de la única persona de quien esperaba yo la verdadera revelación, era de la Rosuca.

¡Cuándo no había de conocer la Vibora semejante episodio de la Casimira, digna figura de aquelarre!

Busquéla, pues, con urgencia. Lavando ropa la encontré en la acequia de un potrero inmediato. Arremangado el anaco y metida hasta las rodillas en el agua transparente que permitía verle los pies entre los menudos guijarros del cauce, jabonaba la ropa sobre una piedra plancha que le servía de mesa al borde de la acequia. Voluptuosamente, sus manos estrujaban la prenda que lavaba, haciendo brotar entre los dedos arrugados por el prolongado contacto con el agua, irisada espuma jabonosa. Algunas piezas secaban al sol extendidas encima del retoño verde y como esmaltado de la gramínea.

Junto al agrietado tronco de un viejo nogal, contiguo al lavadero, bajo cuya fresca sombra se recogen a rumiar las mansas vacas de ordeño cada vez que el rejo se apacenta en ese sitio, me senté para dar comienzo a la averiguación.

A la Rosuca le agradaba, sin duda, mi confianza. Por eso, siempre que me llegaba a ella, su actitud era más bien de aceptación que no de esquivéz como la de las otras **longas**.

—Ya sabes, Rosuca, que la Casimira ha tenido **guagua**?

—No niñitu. Eso, **ca**, mama de ella ha de saber —contestó con aire dignificado, haciéndose la que ignoraba.

—¡Pero si en toda la hacienda se conoce ya la noticia!— y añadió, picándole en su amor propio, para que soltara la lengua— y dicen que tu hermano Domingo, que es un **malavida**, es con quien ha estado, . . . y que **taita** cura va a obligarle a casarse con ella. . .

—¡**Tatai!** Acaso falta, **pes**, **longas** donosas para que mi **turico** esté revolcando con ese raposa **manavali**, **coscojada!**

—Entonces. . . ?

Dejó florecer en sus labios sensuales una sonrisa burlona, atizó la chispa de perversidad que en cuanto se disponía a hablar mal del prójimo le centelleaba en los ojillos avisados y mientras retorcía con ambas manos un mantel, escurriendo el agua, lanzó la acusación al viento, mirándome a la cara para apreciar el efecto que me producía.

—¡Propio cuñado de ella mismo es, **pes**, niñó!

—No puedo creer —rechacé la inculpación.— Indio serio,

formal, con ocho hijos, el José Pilco ¡imposible! Además, tan chiquito... con su mujer le basta...

—Uuh, niño! Mujer propia, no más, y ella tan **asicita**— y señaló en el aire con la mano una insignificante altura— no le alcanza! **Runa** pícaro es. Como perro con la lengua afuera anda tras de **longas**, tanteando pechos y pellizcando piernas.

Y para convencerme del todo, terminó diciendo, categórica:

—Omoto no más es, niño, pero de coraje!

Palugo, Agosto de 1933.

ROMANZA CAMPESINA

ANTONIO MONTALVO

Estrella rusticana: moza pura y sencilla
fresca de auroras vírgenes de tus campos azules,
de tus campos del oro de los trigos garzules
y las brisas que riegan olor de manzanilla.

Flor del ensueño agreste de las tardes andinas
en la oración del ángelus dormido de las eras.
Veinte años florecieron por ver tus primaveras
en nevazón de azahares tus pascuas campesinas.

Linda, en los caminales de las lindas mañanas,
cuando en locas erranzas tu alegría deslices
y te saluda el júbilo claro de las campanas
de las torres del huerto: los altos capulies.

Tus labios rojos beben la leche del rocío
en el ordeño lírico de los amaneceres.
Y siguiendo a las garzas blancas de tus placeres
vas a mirar tu encanto en las aguas del río.

Mariposa del rondo gentil de las zagalas
que pacen y trashuman sus rebaños de amores
y en los claros de luna de las angustias malas
lanzan al cielo el ruego de fe por sus pastores.

En la nave del alba va tu gracia viajera
al domingo del pueblo del compadre y el cura.
Y en el pueblo el sol rútilo y albo de tu hermosura
va dejando a su paso toda la primavera.

Hada de la romántica canción de tu cortijo
en la leyenda heroica y viva del abuelo:
el roble octogenario que enraizado en su suelo
espera ver su vida prolongándose en tu hijo.

Estrella rusticana: lista para la siembra
de amor está la tierra de tu cuerpo turgente.
Ah, casta tierra exúbera la tuya: tierra de hembra
que el fruto de la vida dará sencillamente.

Envidia de tu novio que ha de beber el vino
de tus uvas carnales! Envidia de él que un día
en tu fuente de encanto, de amor y de armonía
apagará las sedes de todo su camino!

PROSAS POETICAS

ALFREDO MARTINEZ

FRUTOS EN SAZON

1

Cuando sopló la brisa, el durazno agitó sus lenguas de esmeralda para dar en el incensario de su cuerpo el olor de su sangre.

Solitario, cerca de la quebrada y del abismo, era el alma de la tierra tornado en carne y fragancia.

En la última rama, en la rama que había escalado el aire, en la rama que subió del tronco estirada por las tardes que huyen del ocaso, en la rama que parecía una cuerda de violoncelo sembrada de notas verdes, se mecía, lentamente, la primicia de sus ansias y de su raza.

Yo miré el fruto magnífico con enorme deleite. Y el deseo hizo-se miel en mi lengua. El carmín y el gualda pálidos del fruto pasó por mi espíritu como un resplandor subitáneo....

* * *

Para coger el fruto sazonado al calor de las esferas; pintado de oro y llama en las fiestas ardientes del dios de los incas; jugoso y exquisito por el aliento del éter, la mano, la mano en capullo tendría que abrirse como una flor.

Y yo podía acariciarlo con mis dedos como si fuera el seno de una mujer virgen; y yo podía empapar la esponja de mis pulmones con su esencia milagrosa. Pero lo dejé; lo dejé meciéndose en

la rama. El espacio, el día, el viento querían aspirar, absorber su alma fragante de juventud.

Iré a verlo otro día. Cuando su piel esté arrugada, descolorida, adhiriéndose al hueso. Cuando pueda aspirar el aroma de su almendra, de su corazón. Cuando vea que su vida esté por comenzar, nuevamente, en la ceniza de su vejez, en el vientre de la tierra.

2

El árbol de mi vida, crecido sobre la puna de los Andes, extendió el ramaje de sus arterias hacia la altura para dar sus sonos de trompeta, porque el cuerpo humano es un órgano secular.

De pies sobre la roca que aceró los huesos para que el cuerpo pueda ser columna o monolito del tiempo; de pies sobre el lodo que fecunda el trigo o la alimaña, el bien o el mal; de pies sobre la cumbre que trasmite a los órganos los secretos de la tierra y de los astros que han de aspirar mañana el fulgor de la vida; de pies sobre el riachuelo que trae de las cumbres el soliloquio de la soledad, el murmullo de plata de los luceros; de pies junto a la manigua que caldea la sangre y enciende el corazón; de pies dentro de la redoma del espacio que lava los poros y agiganta el alma; de pies bajo la pompa del sol que vitaliza los átomos y desparra-
ma, en incendio singular, las chispas cantoras de las palabras....
mi cuerpo es el árbol secular; crecido para ser banderola en la puna, nervio en la roca, fulgor en el metal, ritmo en el éter, espermatozoides en la mujer, gusano en la tierra, llama en la tiniebla.

Árbol eterno; eterno por sus ansias, por sus sueños de grandeza, por el milagro del sexo, por la flor olorosa de la voz; efímero por la sangre que absorbe de la puna o de la manigua; por la mirada que es relámpago y sombra en el misterio.

Este árbol monstruoso y sin igual ha levantado la maravilla de sus ramas —flautas cantoras de la tierra— hacia el infinito. Y como el durazno que agita sus lenguas de esmeralda para dar en el incensario de su cuerpo el olor de su sangre, ha dado también su fruto, fruto ubérrimo: el corazón.

Y este fruto, sazonado al calor de mis anhelos, de mis virtudes, de mis vicios; matizado en las tempestades de las pasiones; reverdecido y húmedo como el ósculo del niño en la savia de la es-

peranza; jugoso y exquisito por la fiesta del amor... Este fruto magnífico se estremece, como el durazno maduro, entre la tierra y el infinito, entre la realidad y la nada...

* * *

Hoy pienso en el durazno, que se levanta de la tierra batiendo la armonía de sus colores y derrochando la primavera de su esencia. Y pienso también en mi corazón que, como el durazno, renacerá mañana....

METEMSIKOSIS

1

El pájaro murió.

Y su canto se apagó como se apaga el sol tras de los Andes.

Las pupilas, antes de empañarse, copiaron el fuego reverberante del ocaso. ¿Saben también los pájaros que el fuego es el símbolo de la eternidad, y que en él la vida se funde, se transforma, se embellece?

Su plumaje, lustrado en las auroras de oro, en las noches de ébano, en las tardes de plata, era el canto de color que agonizaba en la quietud de la penumbra.

El viento, su confidente, que llevara otro día las sinfonías de su garganta para dejarlas suspirando en las ramas o en los espinos del campo, llegó sollozando hasta el cuerpo exánime del pequeño cantor. Dilató sus pulmones y sopló fuerte, muy fuerte, formando un círculo, hasta que la hojarasca ocultara la flor armoniosa del pájaro que murió mirando el sol.

2

Y donde ayer fue la tumba del pájaro que murió mirando el sol, creció una planta nueva. El viento llegó otra vez. Susurró entre las hojas. Y cuando el cuerpo fragante de la planta bañóse en un chorro de luz, extendió sus brazos de juventud y como un niño mimado colgóse a su cuello cantando de alegría. La planta, feliz, enderezóse sobre sus tallos frescos e inició, con el temblor de sus hojas brillantes, el coloquio de bienvenida.

El sol, confidente de los secretos de las cosas, pensó en el pájaro de ayer y en la planta que habíase vuelto incensario para elevar su perfume hasta sus ardientes dominios. El había dispuesto el milagro porque el canto no llegaba a sus oídos.

Y la planta parecía el pájaro de ayer; el pájaro que antes de agonizar sentía que sus patas se alargaban, se hundían como raíces extrañas en el suelo ligero... Su plumaje habíase tornado en hojas lustrosas; su cuerpo, en tallo y ramas repletas de sangre; su canto, en flores; su alma, en perfume.

Y desde entonces, la planta dice su canción olorosa, cuyos ritmos llegan al sol, al sol que sabe cómo la naturaleza le habla con el corazón purificado.

LOS CAMINOS

El camino está claro. Es un rayo de luna tendido sobre el lomo de la tierra. Visto desde la cumbre parece un brazo que abrazara los montes. Visto desde un descanso, es la línea que traza la pupila en el aire y va a perderse en el cielo.

Los caminos dan la impresión de puentes tendidos entre la tierra y el infinito.

Los caminos son las sombras de los brazos de Cristo, impresos antes de bajar de la cruz. Por eso, conducen siempre a algún corazón. Si nos detenemos y pensamos en ellos, nuestros brazos,remos vigorosos para vencer los escollos del destino, miden el espacio como si quisieran abrir senderos en la eternidad.

Los caminos son estelas del paso de los hombres. Se diría también que es la palabra alargada, por magia del esfuerzo, en un canto de tierra; en una sinfonia de color, que no se eleva porque quiere nutrirse con las huellas de los hombres.

Los caminos son los confidentes de las almas. En los vientos que los limpia o los acaricia, se adivina el eco de diálogos extraños, la fatiga del trabajo, la queja de algún corazón enfermo, la angustia de la desesperanza, el júbilo del optimismo.

Los caminos tienen un poder extraño. Los pueblos que se cuelgan de ellos como enormes rosas sostenidas por una rama luega, viven por ellos, porque ellos transmiten el milagro de la ener-

gía, el hálito de la concordia, el fulgor de los sueños, la cantiga del amor. . . .

* * *

Si tú, viandante empedernido, no alargas la cinta milagrosa de alguna vía con la firmeza de tus pies, con el vigor de tus brazos, con el calor de tus sueños, con la llama de tu sabiduría, tu vida quedará como una mancha oscura en la albura del tiempo. No hay mérito en ambular y reambular por sendas ajenas. Las sendas abiertas por otros hombres han de servir sólo para iniciar la partida. La tuya ha de nacer en tu ambición, en tu valor, en tu iniciativa. La ruta que no es tuya es el barroto de una cárcel. Para que tú puedas ser libre, tienes que ser el esfuerzo de tu esfuerzo; la volutad de tu voluntad. Hay que crear para perdurar.

Si tu pensamiento es claro; si tu voluntad es fuerte; si tu entusiasmo es constante, tu vida ha de ser el camino de una nueva conquista, las alas de un nuevo anhelo, la jornada de un nuevo triunfo.

Los hombres que no pueden abrir una ruta en el lomo de la tierra o en la región del espíritu, son como las hierbas que lamen las plantas de los caminantes.

El hombre ha de ser siempre el principio o el fin de un camino.

Quito, 1932.

CAPITULO DE "TROMPOS" . . .

ALFONSO CUESTA Y CUESTA

NOVELA DE NIÑOS

— Especial para "América" —

A Jorge Fernández

Callejuela de arrabal: tiendas sucias, oscuras. Tejedoras de sombrero. Uno que otro perro o cerdo junto a las paredes remendadas de pencas.

Temprano había llovido. Ahora, el cielo reía. Coigaba de su chaleco la leontina del arcoiris y el dije del sol.

—Cañamazo! (1)

Eran tejedoras miserables que llegaban de la feria.

—Cuatro reales, vecina! cuatro reales!—exclamaban—por dos días y noches de trabajo!

—Ni la paja. . . .

Diálogos de angustia, de odio, hubo de puerta a puerta, largo tiempo. Al fin cesaron. Lejos, por el centro, sonó la sirena. En la calle solo quedó un niño andrajoso que miraba de reojo el interior de las tiendas. El mote que adentro humeaba, llenaba de saliva su boca.

Tímido, se acercó a una puerta.

Una mujer salió, amenazante:

—Anda donde tu aguela, zhuro (2) hambriento!

El chico huyó.

Un gallo saltó, cantando, desde la cerca de un huerto.

Contestó otro, en la calle, con batir de alas.

Los ojos del muchacho se animaron. Corrió hacia el gallo ca-

(1) Sobrenombre con que el pueblo de Cuenca señala a un grupo especial de ricos exportadores y explotadores del sombrero de paja toquilla.

(2) Picado de viruela.

hejero y comenzó a espantarlo hacia el nuevo.

Poco a poco, consiguió acercarlos.

Picaban el suelo los dos gallos con los cuellos nerviosos, irisados. Se atacaron. Pero, no bien se preparaban a otro asalto, cuando huyeron, cacareando.

Un balde viejo había caído sobre el grupo.

El chico enderezóse, rojo.

Una mendiga se acercaba, dando gritos:

—Zhuro dañado, sinvergüenza!

Y lo arrió a látigos.

—A la tienda!

Como sin hacer caso, el chico miraba con ansia el zurrón de la abuela.

La vieja se calmó. Hurgó, con despecho, en su pollera rota.

—Nuay sino esto....

Y entregó los restos de un mestizo al nieto.

—Pero mañana —sigió— dentras en la escuela. Al desayuno. Dice que están dando gratis pa los pobres, dende el lunes.

Los vecinos acudieron a estas voces. Preguntaban a la vieja, dudosos, asombrados. Llamaban a gritos a sus hijos. Una mujer tenía un niño de tres años en sus brazos.

—También este irá, irá!—gritaba—dizqués con pan también.... Tanta leche!

—Qué virse! Si es muy chico!

—¡Que virse, dice! Si es vivísimo!....

A todo esto, la vieja ponía mala cara, y, cuando, por fin, logró quedarse sola, se pegó con el nieto:

—Por vos es esto! —exclamó— Aura alcanzará pues la leche!

Vir todo el barrio.... ¡Trai el calzón! Cro questá roto....

El chico obedeció.

—Fuuú! tá hecho polvos!

Y gruniendo, gruniendo, se entregó a los remiendos, mientras, de cuando en cuando, sus manos perseguían en la tela, como arañas, pequeños puntos ágiles y negos....

.....
Ocultando su desnudez tras el umbral, el muchacho miraba hacia la calle. Oyó un grito:

—Zhuro!

Era Bueno, el hijo de la hierbatera. Asomaba su cara risueña de tras la puerta de su tienda:

—¡Yo también me voy mañana!

—Y aura eso a mí que me cuentas pes!

—Soy boxeador!

Y, de un salto, salió a la puerta, en actitud boxeril.

Tenía el busto desnudo.

Por toda respuesta, el zhuro se paró también....

—Coge esto! —dijo.

El otro abrió la boca, los ojos.... Dió un grito:

—Tatay! —Hasta eso ha sido zhuro!

.....

.....

Presidido por la vieja mendiga, al día siguiente, un grupo de mujeres salía del barrio, hacia el centro. Llevaban cuatro niños. Uno de ellos, el más pequeñito, iba llorando: como nunca, ahora, su madre se negaba a conducirlo en brazos.

—Que se costumbre —decía— Si le amarco, dirán que todavía mama.... ¡Y juera!

Llegaron a la escuela cuando comenzaba el desayuno. En los amplios corredores, hileras de niños esperaban el reparto. La leche humeaba junto a ellos en enormes ollas.

Desde las puertas, los recién llegados contemplaban.

—Dende aura dan, dende aura dan —decían.

Por fin, el Superior las atendió.

Comenzó el examen: fué aceptado el hijo de la hierbatera.

—Otro! —exclamó el Hermano, impaciente.

Siguió la madre del niño más pequeño.

—Oh! Ni para qué, señora! Demasiado niño ¡Otro! ¡Otro!

—Hermanito! Si es una candelita!

—Nada, nada! Otro!

Asido a la pollera de su madre, el pequeñuelo rompió en llanto.

—Llévelo, señora. Le ruego....

Lentamente, la mujer abandonó la sala. Ahora si, llevaba en brazos a su niño.

Sigió la mendiga con el "zhuro"

—¡Qué feo!.... ¿Sabe algo?

—Nada.

—Pero qué descuido! Ya tan grande! ¿Y tiene padres?

No, yo soy la aguela.

—No se dice aguela....

Una tos desgarradora, rota, lo interrumpió.

Era el hijo de la tejedora de sombreros. Se abrazaba a una pata de la mesa, con acceso horrible.

Su madre se turbó.

—.....

—Señora!

—Se haiga resfriado....

—Es la tisis, señora! Al hospital, hoy mismo!

Libre ya del ataque, el niño temblaba. Con la manga del saco se enjugaba los ojos, los labios. Miraba con terror a su madre. Por experiencia, sabía lo que esperaba. La oía decir ya: "Pero has dir a toser ese rato miso, bruto, ¡toma!"

Y, confundido, trataba de borrar, con su pie desnudo, una mancha roja en el piso.

—Vamos, vamos ya —insinuó el Superior— He aquí un mal rato! Solo los dos se quedan.

Y, escandalizado, acompañó hasta a puerta a las mujeres.

Los dos niños quedaron solos en la sala.

Entró el portero con una regadera llena de líquido blanco.

—¡La leche! —exclamó el zhuro al verlo.

Sin mirarlos, el empleado comenzó a regar el líquido en el piso.

—¡Y riega!

—Se haiga dañado.... Es una leche hedionda —dijo el hijo de la hierbatera.

Era creso.

.....

Zumbaba la Escuela. Sobre el patio radiante, sin una sola campanada aún, el primer trompo del año había bailado. Lo llevó esa mañana un niño cualquiera, porque sí, porque también había peras: Van paralelas las frutas con los juguetes de los niños: naranjas, pelotas, todo el año. Árboles sin hojas: ternos sin botones. Las rayolas son reflejo de las ramas ya sin frutas, como rayas... Y lo que nunca falla: tiempo de peras: tiempo de trompos.

Cuando, de repente, llegó el niño con el trompo, lo rodearon todos:

—¡Qué belleza!

—Sin un **quiño!**

—Pero yázele bailar pues!

Cuidadosamente, el dueño lo envolvió en la piola larga, nuevecita.

—Ya! Quitarse!

Y lo lanzó.

Bailó primero haciendo grandes círculos, zumbando. Después, se durmió.

Inclinados, atentos, los muchachos lo cercaban.

Cuando ya vaciló sobre su clavo, algunos insinuaron:

—Ya cárgale! Carguémosle!

—No! no! A ver si es caquimea! —exclamaron otros.

Y le habrían campo.

Bailaba ya apenas, de un lugar a otro, sin zumbido.

—¡Cabecea! ¡Cabecea!

Al fin, rasgué. Pero arrancando gritos de júbilo a los niños.

—¡Que rico rasgo!

Toda la mañana fué del trompo. Por la tarde, bailaban ya como treinta, y, a los pocos días, casi no había niño que no tuviera uno: Trompos del maestro Tola, gordos. Trompos largos de Pangol. Trompos del otro año, cubiertos de agujeros, de "quiños", como el zhuro. . . . Hasta de corozo había, pequeñitos, miniados, de moverlos con los dedos. Y las piolas. . . . Ahora más que nunca era temida la campana, ese raro trompo, cuyo cordón —piola reina— hacía y deshacía en los zumbes de los otros.

Hasta el Inspector se descuidaba, por los trompos: andaba entre los niños, probando su destreza, ya aquí, ya allá, sin evitar ni lloros, ni riñas que, a cada instante, provocaban los sesgos: los más diestros lanzaban de tal modo sus trompos, que estos sesgaban con zumbido furibundo, sin respetar obstáculos. Hasta que hubo una rotura de cabeza. Entonces, se prohibió sesgar.

—Pero a la salida!

Y en calles y plazas, aturdían a la gente.

—¡Yo avanzo con un sesgo hasta la esquina!

—Fuuú. . . ! Yo paso! Va bailar donde tu mama! ¡Rico quite el de ese viejo!

Era el zhuro. Por poco, no raja la canilla al sacristán de la Iglesia contigua. No tenía trompo propio todavía, pero le prestaban, y, todos los días, se retiraba tarde a su tugurio. Una idea fija lo envolvía:

—¡Un trompo! Pero con la piola de la campana. . . .

Quito. 1933.

JESUS

MIGUEL ANGEL ALBORNOZ

Como una visión luminosa, impalpable y sugestionadora, se desliza a través de las edades, la augusta figura de Jesús de Nazaret, llamado el Cristo.

Los sencillos corazones se conmueven ante la trágica leyenda de este superhombre de extraordinaria mentalidad y de virtud inimitable. La pureza de sus costumbres, la rectitud de su conciencia, la grandeza de su obra moral, le agigantan a los ojos de las generaciones; y de todos los pechos brotan para él, en labor sincera y espontánea, la bendición y la ternura.

Almas delicadas y soñadoras, le han visto, en las diafanidades del ensueño, caminar por un sendero de doradas nubes, la cabellera enortijada, partida en crenchas, sobre los hombros; la frente alabastrina y tersa, radiante de majestad; los labios, hermosos y expresivos, dispuestos a decir los salmos de la misericordia; flotante la luenga barba que presta a su rostro la severa expresión de la belleza varonil; y todo aquello, dentro de la aureola de luz en medio de la cual se destaca majestuosa la silueta de aquél que pasó por el mundo predicando la caridad, la paz y la justicia, como seguros medios para la conquista de la redención humana.

Los que han interpretado erróneamente la misión apostólica de Jesús, a título de celo religioso, han profanado su nombre, ocultando tras él muchas ejecuciones de venganza y mal reprimidos rencores, sin poner mientes en que las falsas doctrinas que el fanatismo pretende compaginar con las enseñanzas de Cristo, han sido y siguen siendo el germen de las discordias que abruman y matan a los pueblos. Desde las primeras épocas del catolicismo, la simonía hizo del altar el *modus vivendi* de los sacerdotes, quienes, de la explotación inmisericorde ejercida sobre la ignorancia y la credulidad de los pobres de espíritu, avanzaron, luego, a la dominación política y a la tiranía; al degüello de herejes y judaizantes; a la hoguera y la horca, decretadas por reyes y príncipes

cobardes, bajo la presión del anatema pontificio y el temor de las penas del infierno.

Los filósofos y pensadores que contemplan este oscuro proceso de la miseria humana, se transportan imaginariamente a las remotas edades en que vagaba por los campos de Galilea, desamparado y pobre, el Rabi sapiente y visionario, y lo ven destacarse grave, tranquilo y noble, sin los ropajes llamativos y teatrales de los que se apellidan discípulos del Manso Cordero; ropajes que nos hablan del viejo paganismo y sirven para deslumbrar engañosamente a la muchedumbre, cegada por la fe que no acepta los dictados de la razón ni escucha el clamor de la verdad.

Bajo los resplandores del sol de Judea, en una mañana diáfana y risueña, llega Jesús al pie de una montaña azul. Las brisas otoñales sacuden las ramas de los cedros, y embalsaman el ambiente con caricias de lirios silvestres y rosales floridos.

Algo como una música de rumores apagados y lejanos, con arpegios de mirlos y trémolos de inocentes balidos, entona el himno de la madre Naturaleza. Cerca, un arroyo se desliza culebreante, en lecho de arenas brilladoras. Jesús se sienta sobre una piedra del camino y contempla cariñosamente al silencioso grupo que va en pos de él, para escuchar su verbo regenerador y fecundo. Nadie habla. Mas, en aquel momento, como si una secreta simpatía les impulsase misteriosamente, en medio de aquel místico reposo, los niños pugnan por desprenderse de sus madres, para acercarse al Profeta y tocar siquiera la orla de su manto. Jesús observa conmovido la silenciosa escena, y exclama tendiendo los brazos en amoroso afán: "Dejad que los niños se acerquen a mí!" Los pequeñuelos se precipitan alborozados y besan las manos del Maestro.

Enseguida las miradas se vuelven con inquieta curiosidad hacia el fondo del camino, por donde asoma, cual procesión fantástica, una compacta y abigarrada caravana.

Sobre magnífica litera de sándalo se destaca la silueta de una mujer hermosa. Esclavos etíopes, semicubiertos con pieles de leopardo agitan largos abanicos de plumas blancas y quemán perfumes de Arabia en pebeteros de oro. Bayaderas de Circasia vienen danzando y cubriendo de flores el camino; mientras gallardos mancebos coronados de rosas, tocan trompetas de bronce que llenan el espacio con estridente clamoreo. Es la reina del placer y la belleza. ¡Es María de Magdala!

Las noticias que a sus oídos habían llegado sobre la sabiduría y la belleza varonil del nuevo profeta, despertaron la curiosidad de la célebre cortesana; y sorprendida de que aún no hubiese pasado por su alcázar tan raro personaje, viene a buscarlo, ansiosa de seducir y subyugar el alma de aquel hombre. La comitiva se

detiene. María Magdalena deja su sitio y se mezcla en el compacto grupo de oyentes que circundan a Jesús, cuyo verbo conmovedor y dulce vibra en el espacio con acentos de música sonora.

Mira de frente la recién llegada los ojos penetrantes de Jesús, y dominada por misteriosa atracción, siente que se agita en su pecho la llama de un amor para ella desconocido. Luego le parece oír una voz conmovedora y tenue que habla solo para su alma! Para el alma de la soberbia pecadora, como un susurro adormecedor! Es, sin duda, la voz del Nazareno, que murmura: "María Magdalena, yo te amo; pero mi amor es pureza, es misericordia y regeneración. He venido a perdonar, no a condenar. Levántate, mujer, yo te perdono!"

Los ojos de María Magdalena se bañan en tibias lágrimas de ternura que nunca las regara; y despojándose de sus atavíos, los reparte entre los pobres.

—"Señor, prorrumpe con vehemencia, si estoy perdonada por tí, yo quiero vivir entre los tuyos, seguir tus huellas y abrazar tus doctrinas de vida y esperanza".

Y Cristo, erguido sobre un barranco del sendero, exclama, con todo el fuego de su lenguaje vivificante y redentor:

—"Amaos los unos a los otros! Sólo el amor regenera y dignifica los corazones. El amor es fuego que acrisola nuestras almas y nos lleva hasta el trono de Dios. Perdonad a vuestros enemigos, porque el perdón es caridad, y la caridad es el bálsamo que cura las llagas de los seres enfermos de soledad y de tristeza. Haced el bien a vuestros semejantes, y estad seguros de que esta es la oración más aceptable a los ojos de Dios. Lisonjear a Dios, llamándole grande y poderoso, no es orar ni mucho menos, si a través de esas palabras dichas sin unción ni convicción ninguna, están rugiendo en nuestro pecho, como fieras salvajes, la envidia, la avaricia, el fanatismo. Cuando quiérais elevar vuestro ruego a la encumbrada esfera de la Divina Misericordia, no os sirváis de falsos intermediarios que burlan vuestra sinceridad, porque en verdad os digo que al fin llegará el día en que no necesitaréis de sacerdotes ni de templos para dirigiros al Padre común, que sabe escuchar con infinita clemencia las oraciones de sus hijos"....

Aún resuenan estas dulces palabras en el universo-mundo, no obstante el tiempo decurrido desde entonces; y ante las miserias circundantes, el filósofo evoca de nuevo la sombra de Jesús y exclama conmovido:

—"Señor, Señor! Tus profecías no se cumplen! Mira como profanan tus enseñanzas los que se llaman ministros del altar; mira que predicán el odio, la venganza y el crimen. Todavía no desaparecen los terribles inquisidores que asesinaron y quemaron a

sus hermanos, invocando tu nombre inmaculado y santo. Sálvanos, Jesús, que perecemos!

La sombra del Nazareno parece escuchar esta invocación, y silenciosamente se dirige a Roma, la ciudad eterna, la ciudad de los Césares. Cruza sus calles y plazas, y por fin toca las puertas de monumental y rica mansión. Un centinela vestido de seda y oro le detiene:

¿A quién buscas?, le pregunta con altivo ceño.

—Busco, dice Jesús, al representante de Cristo sobre la tierra, porque quiero pedirle estrecha cuenta.

—Vuélvete, peregrino, replica el sayón en tono despiadado y duro, porque Su Santidad, el Gran Monarca, no recibe jamás a los pobres, los soñadores, los humildes.

Jesús de Nazaret alza los ojos al cielo y retorna lentamente sobre su senda de doradas nubes, dejando tras de sí un reguero de estrellas y el perfume de nardos y jacintos, con cuya delicada esencia bañó los pies del Salvador del mundo la pecadora de Magdala....

LETRAS FRANCOLATINAS

LUIS F. TORRES

El Musicismo de Armando Godoy
Un libro de mística humana

Para "América"

Armando Godoy figura entre los poetas hispanoamericanos que han tenido el privilegio —no muy asequible— de trasvasar su poesía en el idioma de Lutecia. No es que los cauces del idioma materno hayan sido insuficientes para dar libre curso a la inspiración de aquellos temperamentos tocados por la gracia del ritmo y la musicalidad en que aspira a traducirse ese estado subjetivo que desborda lo humano para lindar con lo divino —la poesía pura— sino que circunstancias especiales, que hay que bendecir, les pusieron en la posibilidad de penetrar en los secretos, en el genio particular de ese idioma tan amplio, tan generoso y tan musical, como es el francés. Y entonces, las divinas esencias del espíritu y los acordes insospechados del sentimiento encuentran un modo de expresión tan limpio, tan natural, tan espontáneo, como el lecho de las aguas caudales que convergen a los océanos.

Ya José María de Heredia probó, con sobrados argumentos de su obra, cómo del idioma sonoro de Fray Luis de León se puede pasar, con aspiraciones de señorío, al lenguaje rítmico de La Fontaine. Y en nuestros días, el poeta cubano Armando Godoy, que desde mediados de 1919 se estableciera definitivamente en Francia, es la más alta comprobación de la fraternidad idiomática franco-hispana y de la afinidad espiritual galo-americana, pasando por el puente de nuestra común latinidad.

Desde hace algunos años vive en París un escritor uruguayo, harto joven y harto talentoso, que se ha impuesto la noble tarea de dar a conocer por las antenas del periodismo las vibraciones de cultura literaria, artística, social y política que se esparcen por el

mundo desde la cosmopolita Capital de Francia. Muchos hemos leído aquí y allá las notas breves, sustanciosas, guiadas por una serena y ágil crítica que traza sin fatiga, constantemente la pluma fácil y penetrante de Carlos Deambrosis Martins. Este joven escritor, de quien hablábamos con entusiasmo y con simpatía con nuestro admirado amigo y maestro Manuel Ugarte, en una de esas bellas tardes de Niza, ya ha merecido altos comentarios de valores franceses tan autorizados, como Jean Royère y Francis de Miomandre, quien apunta el juicio que le merece la labor de Deambrosis Martins, en estos términos:

"Estando yo mismo empeñado en una empresa análoga y, por decirlo así, paralela a la suya por mi trabajo de hispanizante, me hallo más capacitado que otros muchos para juzgar con qué inteligencia, con qué amplitud y, sobre todo, con qué abnegación este escritor sutil y profundo se ha consagrado a una obra cuyos resultados pueden ser algún día incalculables: el estrechamiento y la multiplicación de los lazos intelectuales y materiales entre la América Latina y Francia. . . . El día en que, en todos los terrenos de la actividad social, una fraternidad auténtica, teniendo como base lo **espiritual**, haya agrupado por fin a las naciones y a las razas de lengua latina, aquel día solamente (y ojalá esté próximo) podrá medirse la importancia del papel representado por Carlos Deambrosis Martins, y éste será recompensado por la abnegación con que ha sacrificado a esta labor todas sus posibilidades personales como poeta y como escritor".

A este mismo escritor uruguayo debemos un mejor conocimiento y una más clara comprensión del valor representativo, en la hora actual de las letras, del poeta cubano-francés, Armando Godoy. Hallándonos todavía en Ginebra nos fue grato recibir, enviada por su autor, la Conferencia que Deambrosis Martins había pronunciado en el Anfiteatro Michelet de la Sorbona, ante numerosa gente de letras y ante embajadores, más que de la diplomacia gomosa, del pensamiento hispanoamericano.

Pensamos que esta disertación fue como un anticipo o como una anunciación del libro documentado que Deambrosis Martins prepara acerca de la lírica de Armando Godoy. Sin embargo, en las breves páginas de su **reportaje** (abogamos también por la nueva y original acepción de esta palabra en nuestro léxico), el joven crítico uruguayo, saturado de gracia muy francesa, acierta a delinear con trazos firmes la descollante figura literaria del poeta cubano, gran señor del verbo de Verlaine.

Cómo ascendió Godoy al Helicón contemporáneo? Cómo ha llegado a alcanzar tan alto sitio en la poesía francesa? Cuáles son las tendencias dominantes de su lírica? Cuál es la obra que señorea en el presente y se perfila en el porvenir? A estas y otras inquie-

tudes de los que preguntan por las cosas del Arte —en estos momentos de positivismo absorbente—, contestará ampliamente Deambrosis Martins en su anunciado libro. Pero no resistimos al deseo de esbozar, para quienes nos lean, la silueta de Godoy, siguiendo la documentación que nos proporciona el generoso conferencista uruguayo de la Sorbona.

Nació Godoy en la Habana en 1880. A los doce años se le encuentra de estudiante en Lima, en donde funda **El Colegial** con el aporte de sus primeros versos. Luego funda **El Aspirante**, revista de iniciación en la que colabora un grupo de intelectuales bajo la sombra de Santos Chocano. Tuvo irresistibles aficiones al periodismo, y no se podría asegurar —dice Deambrosis— que nació primero en él, el poeta o el periodista.

Desde los primeros ensayos poéticos, le obsesionó la idea de asimilar la poesía a la música, empleando, como lo hacen los compositores, la **repetición** y la **disonancia**. Sus poemas podían encerrarse bajo el título de **Recital**. Muchos de sus versos los compuso inspirado —insiste Deambrosis— en célebres trozos de música, tales como la Sonata de Beethoven, la Sonata de Kreutzer. Todo cuanto encerró más tarde en **Hosanna sobre el Sistro**, su obra consagrada.

En 1918 Godoy aparece en New York. Pero muy pronto insatisfecho acaso del ambiente y quizás más del medio de expresión verbal disponible —el inglés— que no le parece, no obstante el modelo inimitable de Edgar Poe, el idioma en que pudiera verter sus inquietudes y sus sueños de poeta, decide trasladarse a París donde se establece desde mediados de 1919. Aunque Godoy ignoraba el idioma de Hugo, su sensibilidad exquisita lo había ya presentado como el positivo órgano de su expresión artística. "Antes de hablar francés, Godoy lo cantaba ya", afirma, confirmando esta aseveración, Georges Normandy, director de L'Esprit Français.

Y en breve se opera el milagro que Godoy había perseguido: aprende el francés, lo domina, lo habla y lo escribe. Y —este es el milagro— lo escribe en verso con una perfección y una originalidad no sospechadas. Quién había sido su maestro? En dónde bebió los secretos de esa lengua tanto más difícil de conquistarla cuanto más fácil y generosamente se ofrece? Baudelaire fue su maestro y las "Flores del Mal" su texto decisivo. Y, caso digno de estudio dentro de las ciencias que, en torno de la del espíritu van formándose, Godoy dominó pronto la lengua y el sistro galo. "Convencido estoy —Godoy lo dice— que en otra era viví en Francia una existencia anterior, o que existe en mí un atavismo misterioso que dióme los conocimientos de esta lengua maravillosa".

Aparte de las lecturas baudelerianas —para Godoy predilec-

tas— hay que anotar otras influencias para la formación definitiva de su espíritu poético. Y se cita a Jean Royère, el "pontífice del verso" en frase de Deambrosis, y fundador del **Manuscrito Autógrafo**. "El encuentro de estos dos elevados espíritus, fue providencial. Royère mostró al recién venido su verdadera senda, y Godoy sintió que se hallaba en presencia de su padre espiritual".

Cuáles pudieron ser, en concreto, las influencias estéticas de Royère? Deambrosis recuerda las teorías desarrolladas por el maestro en su libro "Clartés sur la Poésie", en el cual analiza a Poe, a Baudelaire, a Mallarmé, a Regnier y a John-Antoine Nau, y según las cuales la poesía es repetición y catacresis, y sólo esto; y el elemento esencial, el alma, es la catacresis, figura vital, inseparable a su vez de lo que Royère ha definido con el nombre de **pensamiento verbal**. La repetición es el cuerpo, o sea el elemento principal del lenguaje concreto. Y en el **Musicismo**, toca Royère en la esencia misma del arte. Establece que el color tiene, en poesía, cierta musicalidad, aliteraciones y consonancias, rimas y asonancias, retornos; la poesía es simultáneamente: lenguaje concreto y simbolismo verbal, vale decir, carne y alma, poesía pura y pensamiento puro. Todo vuelve a la Idea-Ritmo. La repetición —el cuerpo— es el elemento natural; la catacresis —alma de la poesía— es el elemento artificial; la primera determina lo que hay de inmutable en el arte del lenguaje; la segunda lo que, en el curso de los siglos, regula el **processus**. Royère, creador de la teoría musicista, atribuye un valor cósmico al lenguaje y al ritmo: la música es el lenguaje y el ritmo de los sonidos; la pintura es el lenguaje y el ritmo de los colores; la danza es el lenguaje y el ritmo de la movilidad; la escultura y la arquitectura son dos lenguajes y dos ritmos de la inmovilidad.

Y ha sido Deambrosis Martins el descubridor y comentador de estas teorías de la nueva estética, de la nueva Filosofía de Jean Royère, para nuestra América. Bien se recordará el artículo que le dedicó en la prensa de nuestro idioma.

Y he aquí de qué modo el mismo Jean Royère, según revelación de Deambrosis Martins, cuenta cómo influyó en la orientación estética de Godoy.

"Muy al principio de nuestra amistad, Godoy me mostró sus **Canciones criollas**, que acababa de publicar. Lo felicité por esos poemas que yo juzgaba más musicales, más complejos y más personales que sus anteriores sonetos y le declaré sin ambages que había en él la estofa de un gran poeta. Le aconsejé que se abandonara a su inspiración musicista, sin ninguna violencia, que se atreviera a todas las catacresis de sentido y de sonido, y que se lanzara especialmente en la polimetría y la polirritmia que lo poseían y constituían su verdadero instrumento. Armando Godoy

está dotado de un genio musicista extraordinario. Nadie es más sensible que él a la música, y las partituras de los músicos lo ponen en estado de trance y de transportes poéticos. La música es su elemento y es bajo el signo de la música que piensa y siente la música".

"El musicismo que define el arte: la obra de la catacresis en la repetición, y en música el arte de la disonancia en la simetría; en filosofía, el pensamiento de la libertad en la verdad; la obra del Yo en el no Yo, el sentido de la creación en la conciencia; esta doctrina, en una palabra, que ha sido tomada y bebida en la vida misma, y es la explicación para el lenguaje y el ritmo, el musicismo, lo repito, conviene al genio de Godoy, de tal suerte que él lo define absolutamente, lo ilumina, lo guía, lo propulsa y lo sostiene. Godoy tomó así la costumbre de pensar en alta voz en mi presencia, de leerme todos sus poemas, y desde *Triste et Tendre*, ninguna obra ha aparecido sin que yo tuviera antes conocimiento de ella. Mi acción sobre Godoy no ha sido, empero, sino una exposición doctrinal, y se ha limitado siempre a conversaciones de orden poético y literario. No le he dado nunca un consejo preciso de detalle sobre tal o cual verso, ni sobre tal o cual giro. Siempre he respetado escrupulosamente su inspiración y su genio; por lo demás, mi método consiste en ayudar la **eclosión** de los temperamentos de los poetas sin violentar nunca ni apurar en lo que sea la personalidad de cada uno, pero, al contrario, esforzándome en exaltarla para llevarla al grado máximo. He aquí treinta años que me dedico a ello!"

El poeta Armando Godoy —ya hemos dicho— ha llegado a gran altura en la lírica francesa de nuestros días. Y el mismo Jean Royère, en contestación a una encuesta, anota las razones de sus triunfos. Aprovechamos el resumen que hace de ellas Deambrosius Martins, en su hermosa disertación, para consignarlas aquí.

"La primera razón del éxito de Godoy es su pasión por la poesía. Cuando se aman así los versos se es poeta. La poesía, como la Gracia divina, desciende a un corazón purificado. El amor de la familia y el amor de la amistad son en él una ascensión hacia el Verbo, y todo su corazón se abrasa en el mismo hogar. La segunda razón de su éxito es la constante adoración, la adoración perpetua. Desde la edad de diez años Godoy hace versos. No ha cesado nunca de responder en verso a los hombres, a la Naturaleza y a Dios. La tercera razón es Baudelaire. No hay sino un Baudelaire, pero hay que saberlo. Godoy lo supo y lo sabe. Baudelaire lo alimenta. Y lo alimenta bien!"

No conocemos ampliamente la obra de Godoy. Nos prometemos, sí, conocerla. Nuestros gustos literarios se dirigen actualmente hacia los autores contemporáneos que escriben en español

y en francés. Con cuánta fruición hemos leído los tres poemas que fueron recitados en la fiesta de poesía ya aludida, que provocó el "Ateneo Cervantes" de París. Esos poemas son: **Fantasia de Schumann**, en el que entre lágrimas de la floresta y entre suspiros del monte, se busca a la Amada que no sabe si está en la rama inaccesible, bajo el delirio de un raro bulbul, o en la fascinadora estrella que la hizo soñar un vago sueño lleno de temblores de azul. . . . **Hosanna sobre el Sistro**, en que se invita a cantar sobre el sistro, árboles, mar, pájaros, suspiros y besos, palabras de amor, oraciones, fuentes y risas de la infancia. "Cantemos con la tierra, el viento, la nube y los psalmos armónicos. Cantemos, el sistro en la mano y el corazón en sacro vino. Cantemos los cirios, las lágrimas. Cantemos los gritos sardónicos en vez de gemir tristemente el responsorio sibilino. Gritemos los gritos alegres sobre los Gólgotas agónicos. Hosanna, hosanna, hosanna, hosanna, hosanna en el sistro divino!" Y **Warum? de Schumann**, en el que se recuerda a la que se ha visto una vez, una única vez: "Yo te he visto una vez, nada más que una vez! Tu ausencia es el infierno, mi cielo ya no es.—Yo te he visto una vez por la última vez! Tus dedos en mi lira te dirán lo que es.—Yo te veo en el bosque y en el mar, ya lo ves, —en la angustia del Hoy y el cielo del Después,— en la luz y en la sombra y en todo lo que es.—Una vez! Una vez! Una vez!"

El libro de poemas que la Dirección de "América" ha puesto gentilmente en nuestras manos, es el libro que Godoy dedica **A mes enfants, a tous les enfants**, "a mis niños, a todos los niños" y que trae como prefacio una honda glosa de Jean Royère. Este libro, impregnado de incienso y misticismo, de música y de ritmo y en el que se cumple a maravilla el **Musicismo**, doctrina del sentido y del sonido unidos, preconizando el "advenimiento de una estética nueva", lleva por título **ITE, MISSA EST**.

La Misa que celebra el poeta en las cinco partes de su poema resuena con sentido puro, hondo y humano, como "una extraordinaria sinfonía interpretada en el órgano de una catedral sumida en el azul". Cuánto colorido, cuánto ritmo, cuánta unción! Se asiste con el poeta a la eclosión de sentimientos que gritan en su dolor, que claman en su tristeza, refugiados en un pobre cuerpo enfermo, donde el alma muere lentamente. E invocan: Señor tened piedad de nosotros!

Y hablan al corazón unas voces, muchas voces, con añoranzas de infancia, con recuerdos de inocencia, con nostalgias de amor:

Quand j' étáis petit j' avais ton amour
Qui m' accompagnait la nuit et le jour.

Et chacun alors de mes pensers vierges
Dressait vers l' azur la flamme des cierges.

Pero la vida, la vida, maestra de todas las enseñanzas y generadora de todas las dudas y desencantos, nos arranca la venda de los ojos y nos pone frente a frente de todas las realidades: muy pronto conocemos la ciencia del bien y del mal. Es un bien, es un mal?

Le triste amour terrestre a desséché mon innocence
Et les astres sans coeur se sont moqués de mon délire.
Mes péchés me consomment, mais celui de ma naissance,
Celui-là n'a jamais-jamais! cessé de me maudire.

Y junto a este dolor humano, a esta fragilidad de la carne, el poeta invoca y canta la gloria de Dios. Gloria a Dios! Gloria a Dios! Y una voz pondrá la esperanza y llenará de aromas en el corazón despedazado:

Il est rempli d' aromes
Mon espoir indompté.
Il est rempli d' aromes,
Mon coeur déchiqueté

Paix sur la terre aux hommes
De bonne volonté

Y al volver la paz al corazón y al sentirse consolado del amor que traiciona, de la voz que perjura y al verse de nuevo como un niño arrullado por la quietud de la inocencia, —que es comprensión adulta de la vida—, siente la frente coronada de rosas, en las tardes lilas y en las mañanas rosas.

Je sentais mon front couronné de roses.
Les soirs étaient bleus et les matins, roses.

Y ya purificado por el dolor y con alas para volar hacia el arcano y el misterio, quisiera implorar el poder divino para los niños, para los pajarillos indefensos y hasta para los seres inanimados!

Implorer ta puissance assise à la droite du Père
Pour les enfants et les petits oiseaux et la poussière.

Y entonces postrarse de rodillas, porque de rodillas están ante la Creación, todos los seres:

La terre est á genoux.
 La mer est á genoux.
 Le ciel est á genoux.
 La Mort est á genoux.
 L' AMOUR est á genoux!
 Ainsi soit-il

Cree en Dios y en la Belleza, cree en el Infinito y en el Amor. Amor, Infinito, Belleza no es Dios? Un solo Dios?

La Beauté, la Bonté, l' Infini, L' Amour: Dieu,
 Le Dieu beau, le Dieu bon qui m' aime infiniment,
 Le Dieu dont ma misère attend le jugement,
 Le seul Dieu, le seul Dieu!

Y Dios se hizo hombre y Dios se hizo carne. Por este Dios ha recobrado el poeta su inocencia. No teme ya ni la Hora, ni la Duda, ni la Injuria. Su carne se ha vuelto incandescente, con la suprema gracia. El amor terrestre quisiera ofrecerle sus halagos perjuros. Pero el poeta ama los niños, los pájaros y la cadencia de los cirios que doran la custodia de las santas heridas.

Jésus adoré, j' ai retrouvé mon innocence.
 Je ne crains ni l' Heure, ni le Doute, ni l' Injure.
 Ma chair se dissout dans ta suprême incandescence

Et l' amour terrestre a beau m' offrir son sang parjure.
 J' aime les enfants et les oiseaux et la cadence
 des cierges qui dorent l' ostensor de tes blessures.

Pero ese mismo Jesús padece, muere y resucita. Y el poeta sigue atento a las voces que traducen el supremo Sacrificio. Y en esa resurrección se simboliza la vida de los seres, de las cosas que se iluminan con la esperanza que acaso muere cada día, pero cada día renace, iluminando nuestra senda y dirigiendo nuestros pasos.

Arbres, fontaines, mer, étoiles, Il est ressuscité!
 Fleurs, nids, oiseaux, tombes, abîmes, Il est ressuscité!
 Rochers, cailloux, flammes et voiles, Il est ressuscité!
 Péché, Remords, bourreaux, victimes, Il est ressuscité!
 Vie inclemente, Mort, douce Mort, Il est ressuscité!
 Enfants, petits enfants, Il est ressuscité!

Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos! Sigue el poeta invocando, en actos de confusión, de humillación, de inanidad. Y glorifica a Dios que lo ve en los cielos y en la tierra, en

el céfiro y en la brisa, en los dardos de las estrellas y en la mirada tierna de las bestias!

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros! El poeta ha llegado al final de su plegaria, el Sacrificio está consumado. Pero su espíritu busca siempre, porque le devora el enigma, porque la Esperanza despiadada se pierde en el horizonte, y porque no puede romper los muros de la razón.

Je chercherai toujours. L' enigme me dévore.
L' Espoir impitoyable allonge l' horizon,
Et je ne peux briser les murs de ma raison!

Y por eso ruega, desde el fondo del abismo, profundo como un crimen, al Cordero de Dios!

Du fond
De l' abime,
Profond
Comme un crime,
Nous te prions, Agneau de Dieu"

Cuánto humanismo se encierra en esta poesía profundamente mística de Armando Godoy y cómo se interpretan en los diversos momentos de la misa —cuyo hondo sentido ha borrado la rutina de todos los días, en un repetir de jaculatorias incomprensibles por los fieles—, los sentimientos que anidan en el corazón del poeta y que quisieran hablarnos de su gran dolor, de este gran dolor de vivir, de este enigmático dolor de amar, del dolor de esperar, del dolor de soñar, del dolor de pensar, del dolor de nacer, del dolor de crear, del dolor de morir y del mayor dolor acaso de volver a nacer. . . .

ITE, MISSA EST. Armando Godoy ha creado su misa poética, su misa humana, que ha sido calificada de sinfonia litúrgica y que dentro de su orquestación verbal llegará a sonar, para los oídos atentos, como los ecos solemnes de las misas de Bach y de Beethoven, bajo las bóvedas de las grandes catedrales.

Y quienes no hemos buscado en sus versos polirrítmicos y polimétricos las profundidades del Dogma, hemos encontrado, entre perfumes de incienso y luces tenues de vitrales, y a través del MUSICISMO de su arte, las huellas palpables de la Fe, de la Fe que alienta a vivir por la vida misma y por sus ideales.

ITE, MISSA EST. Armando Godoy ha celebrado en los altares de la Poesía, de una poesía de raza hispánica, insuflada de musicalidad baudeleriana e inspirada en motivos que, de cualquier modo, son eternos. . . .

MOSKO-STROM DE ROSA ARCINIEGA

HUMBERTO SALVADOR

Ha sonado la victoria espiritual de América. Sus intelectuales van a Europa, crean, luchan y conquistan a Occidente con las obras que son capaces de producir.

Ya forman un grupo brillante los escritores y artistas americanos que han asombrado a España. Fueron ayer Rubén Darío, Diego Rivera, Florencio Sánchez, Julio Herrera Reissig. Son hoy Julián Carrillo, Teresita de la Parra, Gabriela Mistral, José Eustasio Rivera, Rosita Arciniega.

¿Quién dijo que la genialidad y la belleza no suelen juntarse? Rosita Arciniega es una gran escritora y una bella mujer.

Cuando se publicó "Engranajes" fué considerada por la crítica europea como una de las mejores novelas contemporáneas. Apareció después "Jaque-Mate", que cristalizaba una poderosa visión de la realidad económica y política del siglo XX.

Y hoy llega "Mosko-Strom". Con este libro, la producción de lengua castellana presenta una creación de gran aliento, que domina la literatura social.

Es la novela de la técnica. En realidad, su verdadero protagonista es la máquina, ese múltiple monstruo que ha logrado esclavizar al hombre.

Funda la mecánica una nueva religión. Proclama el dogma de la producción asociada e intensiva. Las fábricas son sus templos. Millones de obreros acuden todos los días a celebrar los ritos del acero. Las ceremonias tienen el grito de la rueda y la locura del motor. Un ingeniero es el sumo sacerdote de este evangelio que invade a la humanidad.

A todos conquista la fiebre de la máquina. Las grandes ciudades no son sino un himno que se eleva al dios de la técnica.

La salvación de la especie humana, el anhelo de que desaparezca la crisis mundial, depende del triunfo completo de la nueva religión. Así piensa Max Walker, el personaje esencial de la novela

de Rosita Arciniega. Trabaja hasta el delirio. Está obsesionado por conquistar con sus autos al mundo. Olvida su personalidad, sacrifica su amor, para consagrarse únicamente a la adoración de la máquina.

El profesor Sampson Dixler, forma un enérgico contraste con Max. Es el hombre de espíritu. Ama la especulación pura y produce libros de alta ciencia. Su esposa no le comprende. Ella quisiera que sea un hombre práctico. Su hija Kezie está vencida por el ansia de lujo, placer y libertad.

Jackie Okfurt intuye el fracaso de la civilización moderna, construida a base del complejo del poderío. Se refugia en sí mismo, para huir de la locura mecánica que acabará por devorar a la ciudad.

Isabel busca la dicha en todas partes. Quiere hallarla a fuerza de cambiar de amante. Está lejos de todos los espíritus, porque huyó de su propio corazón.

Cosmópolis, —la ciudad universo,— es el escenario de la novela de Rosita Arciniega. Puede ser Nueva York, Londres, Berlín o cualquiera de las grandes ciudades.

Magnífica es esta novela. A través de ella, flota la angustia del hombre moderno, torturado siempre por dominar el mundo y queriendo redimirse por obra de la ciencia. Al leer "Mosko-Strom", he sentido el formidable estremecimiento que cruza por las grandes novelas sociales de Alemania y Estados Unidos.

El hombre, al querer conquistar la perfección mediante la técnica, lo que hace en realidad es crear un infierno. Millones de obreros son calcinados por la respiración ardiente del demonio de la máquina. El ingeniero director, que aparece como árbitro de la producción, como el mago capaz de llegar hasta las entrañas de la tierra, en realidad no es sino la víctima de su propio idolo. Por eso su vida no es sino la de un prisionero sujeto a cadena perpetua y hay un enorme vacío en su alma. Para libertarse tiene que destruir a su dios, la máquina, y huir de las áureas rejas de la fortuna.

A profundas meditaciones lleva la novela de Rosita Arciniega. ¿Es que la especie humana está destinada a ser siempre víctima de sus espectros interiores, —como sucede a Isabel,— y de los monstruos mecánicos que ella misma crea, como ocurre con Max? Las nuevas doctrinas revolucionarias, ¿son en el fondo una ansia suprema del hombre por redimirse, más que de la crisis económica, de la crisis espiritual? O bien, ¿el sentido revolucionario moderno, no representa sino un anhelo infinito de llegar a una organización económica y social más elevada y más justa? Esta última hipótesis va hacia la verdad.

Entre el promontorio de Loffoden y las islas Mosken, cerca de

los mares del Polo, se produce un fenómeno que estremece a los pescadores. Las aguas, furiosamente agitadas en torbellino, forman violentos remolinos de fuerza extraordinaria y terminan en un inmenso embudo, en un vórtice trágico, que destruye lo que llega hasta él. Peces, barcos, hombres, cuanto se pone a su alcance, es bárbaramente destruido, para ser arrojado después, hecho trizas, a las costas de Noruega.

Las grandes ciudades son, cada una, otro Mosko-Strom, más terrible y formidable que el anterior. Representan un Malstrom técnico, científicamente calculador, del cual no puede escaparse ningún ser humano. Todos los hombres, los de las razas más diferentes y los de los climas más contradictorios, son atraídos por la sirena de las grandes ciudades, para ser salvajemente devorados. Después, la vorágine los arroja hecho trizas a la costa de la muerte.

...Y la furia dinámica, la obsesión de la riqueza, el delirio de poder, hacen del hombre un ser destrozado por sí mismo; crean en él extrañas neurosis; generan los fantasmas de la desocupación y el hambre.

En su cerebro ha construido Rosita Arciniega una ciudad máxima, que es la síntesis de todas las ciudades. Ella ha observado a hombres y mujeres característicos de la época moderna. Como fruto de su rica experiencia, presenta un racimo de personajes que perfilan con enérgicos caracteres, la esencia misma de nuestro tiempo. Tiene Rosita Arciniega un elevado poder estético, capaz de comprimir en una novela el espíritu contemporáneo. Así es como por sus libros cruza el aletazo de la cultura occidental y se estilizan las tragedias más hondas.

En "Mosko-Strom" está sorprendida el alma nueva en su esencia. Esta novela,— como todas las obras de alto valor,— es un documento humano sobre cuya base, el sociólogo y el ensayista de mañana, podrán hacer el análisis de la época actual.

Rosita Arciniega, como Alejandra Kolontay, como Dora Russell, es un ejemplo magnífico de la energía creadora de la mujer, de su poderosa intuición, de su fino sentido estético.

En Rosita Arciniega encuentra la América del Sur a su gran novelista. "Mosko-Strom" es la obra de una profunda pensadora y una genial artista.

MIRADOR BIBLIOGRAFICO

ANTONIO MONTALVO

EL MUELLE.—Alfredo Pareja y Diez Canseco.— Editorial BOLIVAR.— Biblioteca Ecuatoriana.— Directores: Alfonso y José Rumazo González.—Quito

Lamentábamos, hace poco, con Salvador Novo en México y Nicolás Jiménez, aquí, en el Ecuador, la falta de explotación, por los artistas contemporáneos, de la gran cantera, virgen a pesar de las magníficas— aunque pocas— realizaciones, de la novelística americana

Pero, he allí, que de pronto, surgida del mismo centro geográfico de esta América indohispana nuestra; de nuestro Ecuador equinoccial y tropical, y como para probar las vastas posibilidades artísticas que nosotros vemos en un joven grupo de escritores ecuatorianos, (1) —del que, en verdad, esperamos los más cumplidos y magníficos logros literarios— tenemos ya, el ejemplo, vivido, vivo y palpitante de verdad, de una novela que siendo característicamente ecuatoriana, y hallándose, por esto, envuelta en el más capitoso y embriagante vaho americanista, trasciende, a la vez, un aire de universalidad, de ecumenismo, que le da un trascendente y grande valor artístico y de actualidad.

Ante todo, discrepamos cordialmente —y en esto no hay ningún gesto de petulancia estética— con el prologuista de la novela, Benjamin Carrión, acerca de un punto de concepto o de visión de la obra que nos ocupa, EL MUELLE. “Se ha hecho ya la novela del trópico enloquecedor y asesino — dice.— Novela monstruosa, envenenada de paludismo y mordeduras de

(1).—José de la Cuadra, Joaquín Gallegos Lara, Enrique Gil Gilbert y Aguilera Malta, convergen de modo muy marcado en la explotación artística de un mismo género literario. Nosotros sí creemos que ellos son los creadores del “nativismo” en el Ecuador; y lo serán mejor cuando cada uno, desentrañándose el novelista que vive en sí, nos de el fruto maduro de su obra.

viboras, donde el homicidio está situado como una obvia categoría cotidiana, y el dolor de la carne, en bestias y hombres, duele a lo largo de todas las páginas, emborrachando de doler y heder. En grande, José Eustasio Rivera, con su VORAGINE, deslumbradora y brutal".

Hay en nuestro territorio ecuatoriano, —pintado de dos climas, como lo ve Jorge Carrera Andrade— en las latitudes tropicales, dos categorías de litorales: el litoral de las vegetaciones abrumadoras, de la jungla cauchera y cacaofera, de los manglares, de los arrozales, de los cañaverales, del tigre, de las viboras y mosquitos asesinos, de la canícula y el paludismo devoradores; y el otro, el litoral urbano, el de las ciudades, que, a fuerza de acción, de trabajo, adquieren, van adquiriendo su jerarquía relativa —social, económica, política, civilista— en el proceso de nuestra civilización. En una de éstas, en la más simpática y pintoresca, en la más culta y llena de su tradición histórica y próspera, en Guayaquil, llamada "la perla del Pacífico", es en donde arraiga la acción, la mayor parte de la acción de esta novela de Alfredo Pareja y Diez Canseco.

Otro es, pues, el escenario de la novela de José Eustasio Rivera, y otro el de la obra de nuestro novelista ecuatoriano. En lo que ambas coinciden es en una convergente comunidad de emociones: en la cósmica, la cruda y brutal emoción del dolor humano, vertidas en ambas, —como en la implacablemente apocalíptica de Remarque— con esa indolente impassibilidad clínica de los grandes sugeridores de emociones estéticas y humanas. Creemos, eso sí, y auguramos aún, que el mismo autor de EL MUELLE, o cualesquiera de los escritores litorales, —José de la Cuadra, Enrique Gil Gilbert, Aguilera Malta, o Joaquín Gallegos Lara, éste probablemente, con su novela CACAO, de la que nos sabemos un bello y admirable capítulo— ha de darnos la VORAGINE nuestra, la que pinte, sobre la realidad rembrandesca del paisaje de nuestra selva tropical, relampagueante de luz y obscuridad; pletórico de perfume enervante, de bellezas naturales, de peligro, de misterio ¡y de encanto! sin embargo, la otra realidad viva, social y humana de los pobladores y trabajadores del trópico.

Esto no quiere suponer que asignemos categoría de valor a ambas novelas. No, sobre todo, comprendemos la crítica literaria como una función de exégesis, de análisis, de asimilación y de interpretación artísticas y estéticas; y, a través de este lente de estudio es cómo miramos a estas obras, admirables, sin duda, de nuestra literatura americana, atribuyéndole a cada una su valor original. Ambas, la VORAGINE desde antes, EL MUELLE ahora, son la más patética expresión pictórica y social, de una faceta, peculiar y característica de vida americana.

Alfredo Pareja y Diez Canseco, con agudo y hondo sentido sociologizante primero y social después, —social por una corriente subterránea, silenciosa, pero fuertemente impregnada de amor y comprensión humanos, que corre en su novela— se adentra en el alma mismo de sus personajes —que él tipifica maestramente— pertenecientes a los humildes fondos de nuestra sociología.

Vivimos, etnológicamente, en evolución, en desarrollo racial: la raza aborigen o india, mezclada desde la Conquista española, con la raza ibera, produjo el criollismo americano. Puede decirse que América es hoy día el enorme crisol donde se funde, gracias al metal exótico, no hibridizante, mas bien asimilable de otras razas, un nuevo tipo social, con sus características raciales particulares, su cultura, su civilización propias. En esta hora de fusión étnica vivimos también aquí, en el Ecuador. Y es este momento grávido, dinámico, de cósmicas inquietudes y luchas, lo que se refleja, pero con un tono de autoctonismo inconfundible, en la novela de Pareja y Diez Canseco. Y justamente, por ser sus personajes los elementos vivos de este minuto de evolución etnológica, es que Benjamín Carrión, con acierto, llama a *EL MUELLE* "novela del trópico mestizo, litoral y urbano".

Y esto sí es, cumplidamente, *EL MUELLE*. En la ciudad higienizada, civilizada y perfumada por los vientos fluviales y las brisas de los circunvecinos hortales cacaoteros, surgen las figuras —vivas en la novela en virtud de la fuerza anímica y dramática que las anima— de Juan Hidrovo, María del Socorro Ibáñez, y, la de don Angel Mariño, en cuya pintura antropológica, si se quiere, como en la de los demás personajes, el autor, extravertiéndose analíticamente, nos da, envuelta en una equilibrada ironía que no llega a lo grotesco ni al ridículo mordaz, el ejemplo caracterizado de este otro tipo social, reconocible por sus actividades peculiares y distintivos personales, en donde quiera que se lo halle.

Ya no es sólo el requerido "calor de humanidad", el que da tan significativo valor a esta novela, que nos sugiere, con sagacidad, la forma de un nuevo realismo, —realismo de la realidad, como dice el erudito e inteligente Luis Alberto Sánchez— sino es su fuerza vital de humanidad, la que corre viva de sensibilidad y de emoción, por los canteros floridos de sus páginas. Nos hemos abstraído, con admiración, en la manera cómo el autor de *EL MUELLE*, sobre paisajes ecuménicos, dibuja, ¡con qué encantador simplismo! las figuras accionantes, vivas de sus personajes, extrayéndolas de los medios sociales que él, artista y sociólogo, conoce con amplitud y profundidad.

Señalamos, sobre todo, aún sobre el fondo de dolor humano, sobre la cruda y áspera emoción de tragedia, que dan vigor de eternidad a la novela, una noble cualidad, un noble sentido, que de la primera a la última página, flotan en la misma. Es la emoción, "la sensibilidad social" —que apunta Benjamín Carrión— que imprimen de un sabor de actualidad y de modernidad a esta recia novela. Pero no es eso sólo lo que en realidad nos encanta. Es la posición de serenidad y de ecuanimidad del autor. Alfredo Pareja y Diez Canseco, sin flamear falsas banderas leninistas ni marxistas, sin la vergonzante actitud de los gregarios apóstoles del Socialismo, dispersos hoy por los siete caminos de América, nos revela la más pura manifestación de su espíritu, de su mentalidad y de su conciencia de hombre y de escritor, al descubrirnos su sentimiento y pensa-

miento socialistas, pero de un socialismo puro, ávido de comprensión, de regeneración y de reivindicación humanas. Dijérase que toda el alma de EL MUELLE, está impregnada de una fuerza, subterráneamente opulenta, de intención o de médula socialista; pero, como decimos, de un socialismo que trata de reflejar, o más cierto, que refleja, que enseña, con un patetismo dinámico, la verdad de nuestras realidades sociales, en esta hora de angustia, de elaboración, de construcción, por la que atraviesa el mundo. No hay una deliberada posición dogmática, moralista ni filosófica, que prepondere en la novela, catequizante ni proselitista menos. Su virtualidad consiste en el realismo deslumbrante con que refleja los cuadros de la vida humana y natural.

* * *

En cuanto a la maestría técnica, a la elaboración arquitectónica de EL MUELLE, Pareja y Diez Canseco, parece dar, en este momento de revolución, —o de evolución que es lo mismo— artística, rompiendo sin engreimiento, el viejo preceptismo clásico de la novela, y justamente para llenar esta ansia de renovación estética actual, el moderno concepto de la novela, para el nuevo también clasicismo contemporáneo. Y lo mejor es que lo da con un ejemplo tangible, sin teorizar previa ni vanamente. Y así nos sorprende, admirándonos, la colocación cinemáticamente literaria de los cuadros de su novela. Por un juego —que nosotros lo vemos de técnica habilísima— hallámonos al principio de la obra, transportados a New York. Luego, a bordo de un "Santa" y en compañía de Juan Hidrovo, regresamos a Guayaquil. Hay, en verdad, estructura cinemática, pero original y trascendente en la construcción de EL MUELLE.

Por su habilidad de dialogación, de dramatización y acción, Alfredo Pareja y Diez Canseco nos hace ver en él a un dramaturgo. Y lo sería, de los buenos, cuando el quisiera. Pero, lo cierto es que nosotros, como Carrión, tampoco lo queremos dramaturgo. Lo queremos novelista. Primero porque lo es ya, y de manera formal; y luego, porque le reclama la novelística de América, "novela sin novelista", y más que eso, lo reclama la actualidad intelectual del Ecuador, que ve en él a uno de sus mejores elementos representativos.

* * *

Qué diríamos del estilo de Alfredo Pareja y Diez Canseco? Al maestro dilecto de Gómez de la Serna, don José Martínez Ruiz, y admirado crítico nuestro, le gusta divagar —él también un gran lingüista— sobre los temas del estilo. Recién no mas, comentando un libro de Pío Baroja, decía, refiriéndose a éste: "escribe como habla". Luego fastidiado, tal vez, por

sus mismas divagaciones, exclamaba: "Acabemos, si podemos, con la superstición del estilo". Aunque no compartimos, del todo, con esta sentencia del ilustre escritor español, convenimos en que no es posible que todo lo que se escriba, se escriba con el deleitoso refinamiento de los buriladores del idioma. Sobre todo, creemos, que el ropaje lingüístico, ornamental, ha de estar en armonía con el espíritu y cuerpo de la obra que se escribe. Y este libro de Alfredo Pareja y Diez Canseco, está así, escrito con un estilo preciso, ligero, ceñido, todo en tono con el fondo substancial de él.

EL MUELLE acaba de desbrozar el camino por donde puede internarse la generación intelectual de hoy día, que quiera interpretar, artística y literariamente, la realidad del Ecuador.

BARRO DE LA SIERRA.—

Jorge Icaza.—Editorial Labor.

Quito—Ecuador.

A este joven escritor de la joven generación intelectual ecuatoriana, le hemos admirado y aplaudido muchísimas veces, casi a través de toda su obra teatral, como a autor y actor dramático. Pues, él, como Shakespeare, como Molière, ha sido aquí, en la incipiente floración de nuestro teatro nacional, el intérprete de sus mismas obras, en las que ha sabido imprimir siempre, el sello de su emoción y de su arte originales.

Ahora, dejando a un lado sus actividades teatrales, acaba de sorprendernos con una colección de cuentos, revelándonos una nueva modalidad de sus gustos artísticos y literarios.

Quizás, es la primera vez que aquí, entre nosotros, se afronta, valientemente desde luego, pero hábilmente también, la interpretación, la exposición de una faceta de nuestra realidad social, en una forma artística y llena de atracción.

Jorge Icaza, con sagaz criterio y sentido de la cósmica realidad de la hora presente, con la sana conciencia de responsabilidad social que alimenta hoy la vida de todos los obreros del pensamiento del mundo, cubriéndose coraza de sinceridad para los golpes de los rancios prejuicios sociales, que amordazan y entorpecen el paso de nuestra evolución biológica racial, nos da en su **BARRO DE LA SIERRA**, los cuadros —espeluznantes, dolorosos, grávidos de angustia, por lo verdaderos y reales—magníficos, sin embargo, de sus cuentos, vitalizados con un fuego de amor humano, y llenos todos de una fuerza, esta sí comprensiva y constructiva, de reivindicación social.

Si la misión del obrero intelectual, hoy día, sobre todo en América, es

la de crear, cimentar y levantar las columnas de nuestra propia cultura; y, más aún, si el arte contemporáneo, por una ecuménica exigencia humana, ha de ser uno de los poderosos elementos constructores de la revolución social, el autor de *BARRO DE LA SIERRA*, seria y conscientemente, ha comprendido esta necesidad, y ha sabido, internándose en la amarga, obscura verdad de nuestra vida sociológica, extraer de ella su crudo y doloroso realismo.

Y, así es cómo este libro de cuentos, correspondiendo, más que al imperativo estético de "vivir con el ritmo del tiempo", es una fiel interpretación de realidad ecuatoriana, observada analíticamente, y más que esto, vivida por un sincero espíritu moderno, ávido de reivindicación humana.

Con certera visión, con amplia mirada enjuiciadora, el autor de estos cuentos puramente vernáculos, alumbrados con su lámpara de arte auténtico, el fondo inexplorado casi, submarino de nuestra sociología, mostrándonos con franqueza despiadada, con una ironía mordaz, las grutas donde clavan su origen los males que gangrenan la vida de nuestra decantada civilización democrática. Sobre el documento vivo, humano de las desvalidas clases sociales, el indio y el cholo, y la no menos irredenta del burócrata inclusive, ha realizado sus incursiones verdaderamente clínicas; y así es como sus relatos, enmarcados en paisajes del más claro autoctonismo, y sus personajes, sobre todo, extraídos de nuestro propio medio, —y con los cuales convivimos— hablan, accionan y viven realmente en ellos con tal patetismo que, después de leídos sus cuentos, se tiene, en verdad, la impresión de despertar de una siniestra, atormentada pesadilla tolstoyiana o dostoyeskyiana, tal es el hábito de pasión conmisericordada y de crudeza realista que emana de su esencia vital.

Por eso, tal vez que *BARRO DE LA SIERRA*, deslumbre al principio, desencantando el ánimo del lector. Pero es necesario comprender que no es posible aquí, entre nosotros, sembrar semillas de regeneración social, desconociendo los campos etnológicos de nuestra democracia, de los cuales, como primera medida, impónese la urgencia de desarraigar las taras que abaten y han abatido, desde mucho tiempo atrás, la vida de una parte de nuestra sociología, constituyendo la fuerza coercitiva, poderosa de negaciones, que ha impedido el natural desarrollo de nuestras actividades humanas.

Aplaudimos también en Jorge Icaza, su gesto de sinceridad, de verdad y de valentía, como su noble sentimiento de amor humano, de justicia social que campean y claman en su libro. Acaso, asimismo, desencante o choque la crudeza de su expresión escrita. Pero, qué le vamos a hacer! El escritor, el artista, el sociólogo, o lo que sea, al trasplantar con fidelidad —que sin fidelidad no hay arte, ni literatura, ni sociología— la realidad que trata de mostrar e interpretar, no hace sino, trasponer esa misma realidad, ya descriptiva, accionante o pictórica, al escenario de su expresión literaria o artística. Tal la manera empleada por el autor de *BARRO DE LA SIERRA*. El, gran actor, autor y observador, no ha he-

cho sino, presentarnos vivos y reales, dramáticos y humanos a sus personajes, quienes necesariamente nos hablan en sus dialectos, desposeídos de cultura, toscos, bárbaros si se quiere, pero identificados en todo con su realidad.

No ha dejado Icaza de injertar en sus cuentos sus veleidades de hurón freudista. En uno de ellos, en INTERPRETACION, estudia subconscientemente a ciertas figuras arrancadas de nuestro ambiente social, colocándolas también en fondo de decoración propia, lo cual no hace sino afirmar sus cualidades de culto y de moderno; aunque en otras latitudes intelectuales, para Freud y los freudistas, principió, mucho tiempo há, el crepúsculo de su decadencia.

Nos hemos deleitado, eso sí, con los bólicos de sus metáforas iluminadas, que en el curso de su expresión escrita, salpican de pintoresca modernidad literaria las páginas de su libro.

BARRO DE LA SIERRA constituye, pues, en nuestra actualidad literaria, un admirable esfuerzo de interpretación social ecuatoriana, y un documento original y patético, vivo por esto, para los estudiosos de nuestra sociología.

LOS ZINCALI

(Los Gitanos de España)

Un curioso, interesante y pintoresco libro éste, excavado por el diligente gusto literario del Director de "La Nave", don D. Humanes, —en quien reconocemos, reiteradamente, a un poderoso elemento hispano de trabajo y de cultura— y traducido deliciosamente por don Manuel Azaña. Siempre hemos creído que es una labor ardua, delicada, aquella de vertir a otro idioma una obra literaria. Labor que requiere un profundo conocimiento, desde sus raíces originarias mismo, de los dos idiomas; un hondo, asimismo, sentido de asimilación y compenetración con el espíritu de la obra que va a traducirse; y, también, un legítimo gusto lingüístico, para captar en él, engastándolo en cuántos giros gramaticales, en cuántas formas de construcción literaria y estilística, inclusive la asimilación, hasta la identidad, de los modismos literarios, y, en fin, en cuántos modos de expresión escrita, el alma viva y patética del libro traducido. Pues, en esta versión castellana, del inglés, hecha por don Manuel Azaña, nos hemos deleitado con la armoniosa sencillez del estilo literario, lleno de gracia artística, que ha hecho más intensa la atracción, por sí sola curiosísima, de este libro que estudia, remontándose a los orígenes, por cierto misteriosos siempre, de los gitanos y su vida.

Su autor, —el inglés George Borrow, nacido en Norfolk en 1803— que entre sus méritos intelectuales, tuvo el de ser un maravilloso políglota, vivió entre ellos, los gitanos, y en diversos países del globo, por un período de veinte años, empeñado, entre otras actividades, "en la de repartir el Evangelio" entre esa obscura raza que se cree víctima de una maldición divina, cuyos destinos y existencia y cuya alma, a pesar de los siglos y de la sapiencia empleada por los que han tratado de estudiarlos, han permanecido aún inéditos, herméticos para las demás razas humanas de la tierra.

Esta circunstancia, pues, es la que ha permitido al autor, mejor que a cualesquier otro gitanólogo, conocer la etnología, costumbres, usos, pasiones, odios, vicios, es decir, la vida original entera de la raza gitana, inclusive además, y esto es lo esencial, conocer el extraño idioma o lenguaje rommany, de cuya paternidad sánscrita, y de cuya formación, hace Borrow un admirable estudio, ya comparándolo con las hablas dialectales gitanas-húngaras, gitanas-inglesas o gitanas-italianas; y luego, de la poesía gitana, cuya estructuración literaria él ha sabido traducirla, escribiéndola maestramente.

Cuando me blejo en mi gra,
mi chabori al atras,
ustilelo io la pusca
empiezan darañar.

(Cuando monto a caballo
con mi novia a la grupa
y mi trabuco en la mano
no hay quien se me ponga delante)

Por aquel luchipén abajo
abillela un balicharó,
abillela a goli, goli:
ustilame caloró.

(Por aquella colina abajo
corre un cerdo
y corre gritando:
róbame gitano)

La romi que io camelo
si otro me la camelara,
sacaría la chuli
y la fila le cortara,
o él me la cortara a mi.

(La gitana que yo quiero
si otro la quisiera
sacaría el cuchillo
y le cortara la cara
o él me la cortara a mí.

Estos, y otros parecidos, son los gritos líricos por donde se escapa el alma de los calés, tan misteriosa y atractiva, sin embargo, para el resto de los conglomerados humanos.

Pero, sigamos a George Borrow, mejor, a través de una de sus gráficas descripciones gitanológicas. Un cuadro, pintado, a pesar de su visión humanizadamente moral y evangélica, con los vivos colores de una exquisita sensualidad artística. Es este, magnífico y plástico, de una gitana, en medio del embrujamiento sensible y emocionado de la ciudad de la Giralda y de la Torre del Oro: "Está en pie (la gitana) delante del portal de una vasta casa en una de las angostas calles moriscas de la capital de Andalucía. A través de la verja contempla el patio; está pavimentado con pequeñas losas de mármol, de blancura casi nivea; en medio hay una fuente que surte agua cristalina, y en torno, profusión de macetas donde crecen arbustos aromáticos y plantas floridas; en cada rincón un naranjo; percíbese el aroma del azahar; se oye la melodía de los pájaros encerrados en una pequeña pajarera debajo de la galería que circunda el patio, cubierto con un toldo, porque estamos en los comienzos de Mayo y el radiante sol de Andalucía arde con resplandor demasiado intenso para soportar impunemente sus rayos. Mágica escena como sólo se ve en Sevilla, o acaso en Fez o en Shiraz, en los palacios del Sultán y del Sha. La gitana mira a través de la verja y ve sentadas junto a la fuente una señora ricamente vestida y dos amables y delicadas jovencitas. Están haciendo sus labores, bordando con oro y seda en un bastidor; detrás hay varias sirvientas sentadas. La gitana tira de la campanilla, cuando una voz blanda pregunta ¿quién es?, la puerta, abierta por medio de un cordón, gira sobre sus goznes, y la gitana, la bruja de Multán, entra con un mirar como el del tigre cuando sale furtivamente de la selva al llano. Es de mediana estatura, de constitución ni recia ni débil, pero cada movimiento suyo denota agilidad y vigor. Su rostro es oval y sus facciones regulares. Su tez es más que morena, pues casi es la de un mulato y su cabello que cuelga en dos largas guedejas a los dos lados de la cara, es negro como el carbón y áspero como la crin de un caballo. No hay en Sevilla ojos femeninos que puedan sostener su mirada: tan aguda y penetrante, al mismo tiempo que cautelosa y taimada, es la expresión de sus orbes negros; la boca hermosa y casi delicada, y no hay reina en el trono más soberbio que exista entre Madrid y Moscú que no envidie las dos hileras de blanquísimos dientes que la adornan, que no parecen perlas, sino purísimo marfil de Multán. "Que la bendición de Egipto —exclama— brille sobre tu cabeza, altísima señora! (Mal fin tenga tu cuerpo, hija de

ruín busnée) y que la misma bendición alcance a esas dos rosas del Nilo tan hermosas que florecen a tu lado! (Malos moros las cojan y se las lleven al otro lado del mar). Santa señora, no tenemos dinero para comprar pan; sólo nos queda nuestra sabiduría para sustentarnos nosotros y nuestros pobres hijitos hambrientos. ¿Quién lee en las estrellas como los egipcios? ¿Quién lee en las rayas de la mano como los egipcios? Esta pobre mujer ha leído en las estrellas la gran ventura que va a caer sobre esta noble casa, y siguiendo el mandato de las estrellas ha venido a declarártelo. Dame la palma de la mano, bendita señora, y todos los que están aquí también, para decir todas las buenaventuras que van a caer sobre esta noble casa (mal fuego caiga sobre ella y la consuma) pero antes voy a cantar unas canciones de Egipto para que el espíritu de la Chowahance venga más de lleno sobre esta pobre mujer". Su porte sufre entonces una transformación instantánea. Hasta aquí había ido profiriendo su arenga bárbara y falaz sin agitarse mucho; en este momento da una patada en el suelo y colocándose las manos en las caderas, se mueve rápidamente a derecha e izquierda, avanzando y retrocediendo lateralmente. Su mirar se hace más fiero y ardiente y sus ásperos cabellos se erizan como las púas de un erizo y luego comienza a dar palmadas y a proferir palabras en una lengua desconocida con una melodía extraña y ruda. Los movimientos laterales de la gitana son cada vez más rápidos. Qué movimientos! Salta, brinca, ondula como una llama, y luego después, en el más bárbaro estilo de su pueblo en el lenguaje rommany canta:

En los sastos de yesque plai me diquelo,
 doscusañas de sonacai terélo,
 corojai diquelo abillar,
 y ne asislo chapescar, chapescar.

Deleitoso, en verdad, e interesante el camino por el libro de George Borrow. A cada paso encontrámonos con un suceso, un cuadro, un relato, que, encantándonos, no hacen sino ratificar nuestros conocimientos —ya que desde la infancia, hémonos familiarizado, como cualesquier pueblo de cualesquier latitud geográfica —con la presencia, periódica de gitanos— más o menos superficiales, más o menos verdaderos, que tenemos acerca de esta raza nómada, que lo mismo lleva sus plantas a hollar las espesuras del Brasil; y tiempla los velámenes de sus tiendas en las cumbres del Himalaya o de los Andes; y deja oír la extraña gerigonza de su rommany en las calles de Londres, de Quito o de Estambul.

NOTAS EDITORIALES

Bibliografía Titular.— Al cumplirse el octavo aniversario de vida de nuestra revista, nos es grato, a la vez que enviamos nuestro cálido saludo de confraternidad intelectual a todos los organismos de cultura que desde el comienzo mismo de nuestras labores nos visitan generosamente, agradecer a sus inteligentes directores que en forma tan práctica y sagaz realizan los ideales de intercambio y conocimiento cultural, ayudándonos a desarrollar nuestra misión de propaganda intelectual hispanoamericana.

Vayan, especialmente, para las revistas y publicaciones que anotamos en otro lugar, nuestros votos por la estabilidad y perdurabilidad de sus vidas, caras para la creación de la cultura americana.

Teresa de la Parra.— Por carta dirigida a nuestro compañero Luis F. Torres, tenemos conocimiento que la celebrada autora de "Ifigenia" y "Memorias de mamá Blanca", ha aceptado gentilmente la representación de nuestra revista en Suiza, en donde la escritora venezolana reside en la actualidad. Ha ofrecido también enviar colaboraciones especiales.

"América" agradece la actitud deferente de Teresa de la Parra, altísimo valor de las letras hispanoamericanas, y se honra en contarle en el número de sus más valiosos representantes en Europa.

Nuestro Representante en el Perú.— Desde que iniciamos esta labor intelectual, nuestro primer pensamiento fue llevar nuestra voz cordial a la juventud de Hispano América que, desde las cimas del ideal y del trabajo, vigilan el paso de los sembradores de la sagrada semilla de la concordia.

Y, desde entonces, cuántos nombres ilustres y generosos han avivado y avivan nuestros anhelos.

Hoy nos llega una nueva voz. Es la voz del enorme poeta Alberto Guillén; del idealista que espera que América sea grande con un solo corazón.

Al aceptar la representación del Grupo América en el Perú, nos dice en su cálido mensaje:

"En efecto, soy uno de los convencidos de que somos nosotros, los hombres jóvenes, los creadores de este clima espiritual que hará posible la gran patria futura que soñó Bolívar, en la que no habrán ya banderas discordantes ni menudos rencorcillos de frontera.

Derribemos fronteras espirituales y las geográficas serán un día un risible recuerdo en los mapas. Que no nos separen, compañeros, la incomprensión y la ignorancia. Por eso hacen ustedes muy bien en ir anudando manos y canciones. Nos conoceremos. Nos amaremos después..."

Alberto Guillén es una de las figuras más representativas del Perú literario. Su obra, cargada de belleza y de amor, es abrumadora.

Crítica Literaria.— La ilustrada revista guayaquileña "Semana Gráfica" viene dedicando páginas de crítica literaria, cuyo autor es el aplaudido cuentista José de la Cuadra.

Seis figuras, que significan para el país una conquista apreciable en el cultivo de las letras americanas, han sido juzgadas ya. Y ellos son: Enrique Gil Gilbert, Alfredo Pareja Diez Canseco, Demetrio Aguilera Malta, Joaquín Gallegos Lara, Wenceslao Pareja y Abel Romeo Castillo.

José de la Cuadra, quien nos da trabajos de aliento con sus cuentos nativos, va, con su mirada de crítico sagaz hasta el fondo del espíritu, y extrae de él el rico jugo anímico que posee cada autor para dar a sorberlo al lector en la copa limpida de su prosa.

El trabajo voluntario que se ha impuesto este literato —el de dar a conocer al público, juzgándolos, a los escritores de nuestro tiempo—, tiene enorme trascendencia en nuestra cultura.

Nuestra cordial felicitación.

Nuevo Libro.—Después de pocos días circulará la novela "Camarada", escrita por Humberto Salvador. Hay entusiasmo por conocer la nueva producción de este literato joven.

Salvador es conocido afuera. Eminentes hombres de pluma lo aplauden por su fecunda labor literaria.

Literatos del Ecuador.—Nicolás Jiménez, el crítico que goza de mayor prestigio en la juventud estudiosa, ha comenzado a publicar en la simpática revista local "Nariz del Diablo", notables juicios sobre escritores contemporáneos del Ecuador, aparte de los estudios frecuentes que dedica a figuras de renombre continental.

Mary Corylé, Remigio Romero y Cordero y Gonzalo Escudero han merecido, hasta este momento, su atención.

En los trabajos de Jiménez se admiran sus conocimientos universales, que los va vertiendo, a manera de linfas fructificadoras, en la urdimbre vigorosa y diáfana de sus producciones.

Su voz es serena, limpia, certera, justa, profunda. Ella es la expresión de un espíritu recio. Como todo hombre de letras que hace labor de perennidad, tiene la armadura de la nobleza y de la bondad; virtudes raras entre algunos escritores que hacen gala de llevar, antes que pluma consejera y sabia, pica demoledora.

El Cristal Indígena.—Augusto Arias, después de haber dado al lector hispanoamericano sus obras "Mariana de Jesús", "Virgilio en castellano", "La Estética del Barroco", etc., publicaciones aceptadas con verdadera simpatía, ha querido culminar, llegar a la cima con un nuevo ensayo, cuyo título lleva el de estas líneas.

Este libro encierra en sus páginas la biografía de uno de los hombres de mayor figuración en la cultura antigua de Sud América, por su ilustración científica y literaria, por su afán de progreso, por su amor a la libertad; este ensayo pulcro, sereno, con el cual se exalta, dentro de la equidad, la enorme figura del siglo XVIII ecuatorial —Eugenio de Santa Cruz y Espejo—, se publicará antes de terminarse este año.

En otro lugar de esta revista publicamos un capítulo de esta biografía. "Repertorio Americano", la publicación costarricense de fama continental, publicará también otros fragmentos. García Monge, el apóstol de nuestras nuevas libertades, quiere dar al mundo el nombre de Espejo como una gloria universal.

Concurso Nacional.—Con motivo de celebrarse el 22 de octubre próximo el décimo aniversario de la fundación de "El Mercurio", el director, don Octavio Sarmiento Abad, ha invitado a los escritores nacionales a un concurso literario, cuyos temas, cuento nacional y poesía, serán premiados.

Los trabajos se pueden enviar hasta el 15 de octubre y los premios, insignias de "El Mercurio", serán entregados a los vencedores el 22 del mismo mes.

El jurado lo componen los conocidos intelectuales doña Ramona Cordero León (Mary Corylé), Dr. Carlos Aguilar Vázquez, don Víctor Manuel Albornoz, Dr. Manuel Muñoz Cueva y Dr. César Andrade Cordero.

Aplaudimos la noble iniciativa del diario cuencano. Su interés por las obras del espíritu valen, sin duda, más que los chismes políticos con que se llenan los diarios nacionales, relegando, no pocas veces, la obra constructiva tan necesaria para el desarrollo de nuestra civilización.

Elite.—Durante los ocho años de existencia de nuestra revista, este importante organismo intelectual de la ciudad del Libertador, nos ha honrado con su amistad ininterrumpida; amistad que por nuestra parte, la hemos retribuido siempre con la nuestra, sincera y comprensiva, sobre todo, de la alta labor de acercamiento hispanoamericano y de cultura que, en el decurso de largo tiempo ya viene desarrollando en beneficio de los comunes ideales que alientan hoy día el espíritu de la juventud de América.

Fecunda la obra realizada hasta aquí por la magnífica revista caraqueña. Ella constituye en la actualidad uno de los más elegantes portavoces de la realidad social e intelectual de Caracas, y es, además, el nexo franco y eficiente que, al tiempo de revelar la vida, en sus altas y nobles manifestaciones, de la Capital venezolana, estrecha el conocimiento y la amistad, no sólo con las naciones de la unidad americana, más aun, con las de los otros continentes que ven en la República de Venezuela a una de las naciones mejor organizadas y más bien dirigidas, y cuyos destinos y vida presentes son el más patético paradigma de conciencia nacional, de vida y de grandeza republicanas.

A don Juan de Guruceaga, alto prestigio venezolano y diligente director de "Elite" y sus entusiastas cooperadores, lleguen nuestros votos de confraternidad y de comprensión cultural, votos que, esencialmente encierran el íntimo deseo de que la importante revista de Caracas prosiga siempre en su obra de realización cultural y conserve también las tradiciones de las glorias y civilización venezolanas que tanto honran a nuestra América.

Una obra nacional en portugués.—Las letras ecuatorianas van despertando cada día mayor interés en el extranjero, especialmente en Europa. No obstante las pequeñas ediciones de nuestros libros, ellos llegan, con el mensaje ferviente de comunión espiritual, a países insospechados, donde no sólo se leen sino que se estudian y se vierten a otros idiomas.

Ultimamente hemos visto, con entera complacencia, que una obra de Jorge Icaza, "¿Cuál es?" (Qual Foi?), ha sido traducida al portugués por el escritor Nuno Beja y publicada en "A voz da Justiça", de Figueira.

Al hablar del joven escritor, dice: "Estamos tan poco avezados a valorar escritores extranjeros que no usan rótulo francés que he creído en el atrevimiento de mi empresa, pero la crítica me hará justicia al afirmarme que tengo una honda satisfacción de ser el primero en dar a conocer en lengua portuguesa una de las más bellas piezas de teatro de Jorge Icaza. Un autor que merece felicitación, por su alta labor literaria, que revela un culto espíritu, un espíritu interesante y, sobre todo, de nuestro tiempo".

El panorama Cultural de Montalvo.—Con este título se viene publicando, desde noviembre de 1932, en la culta y benemérita "Revista Bimestre Cubana" un admirable estudio sobre la cultura de Montalvo frente a los valores filosóficos, históricos y literarios del mundo.

Su autor es el destacado profesor de Filosofía de la Universidad de la Habana, Roberto Agramonte, cuyos trabajos son muy celebrados.

Es lástima que este estudio original y valiosísimo, con el cual ha querido su autor contribuir a las fiestas centenarias de Don Juan Montalvo, sea poco o nada conocido entre nosotros.

"América", que se honra siempre con la producción de los más altos exponentes de la cultura hispanoamericana, reproducirá el citado trabajo para conocimiento e ilustración de los admiradores del egregio pensador ambateño.

Corresponsal literario y artístico.—Nuestro distinguido colaborador don Nicolás Jiménez ha sido designado por la gran revista parisina "Les Nouvelles Littéraires" redactor artístico y literario en el Ecuador.

Este cargo, muy honroso para Nicolás Jiménez, es significativo. Esta designación es concedida solamente a escritores de indiscutibles méritos.

Por Jiménez, amplio y justísimo espíritu, las obras de arte de nuestros artistas y las obras que se den al público, serán conocidas en la capital francesa.

Nueva publicación.—El distinguido pedagogo Julio C. Larrea, actual Director de Estudios de la Provincia de León, ha entregado a la luz pública el primer número de su revista "Nueva Era", cuyo material le hace acreedor de justo aplauso.

Anhelamos que esta publicación tenga larga vida, ya que ella significa el afán y el conocimiento de los maestros que se desvelan por alcanzar prestigio y distinción para que los niños tengan en ellos ejemplo de ilustración y dignidad.

Visita.—El joven escritor cuencano Alfonso Cuesta y Cuesta, autor del sugestivo libro de cuentos "Llegada de todos los trenes del mundo", hállase entre nosotros desde hace algunas semanas.

"América", que lo aprecia mucho, publica en páginas anteriores un capítulo de su novelina de niños, "Trompos...".

Que los días le sean amables en esta capital de los Andes.

Claridad.—Esta revista, dirigida por el Teniente de Ejército y Abogado de la República, Augusto del Pozo, ha vuelto a publi-

carse después de largo receso. Trae, como los números anteriores, el gráfico de la mujer bonita, del acontecimiento artístico o social y el artículo de interés.

Concurso internacional.—Hasta el 30 de noviembre de este año se podrán remitir los trabajos destinados al Concurso Ibero-Americano de novelas, organizado por la "Revista Americana de Buenos Aires".

Los ecuatorianos que quieran contribuir con sus cuentos nacionales, pueden hacerlo, remitiendo para ello una fotografía, biografía sintética, la dirección del domicilio permanente y \$ 1, moneda nacional argentina, por derecho de inscripción.

Los trabajos han de ser inéditos y escritos a máquina. Temas contemporáneos. Ambiente que refleje la vida del pueblo trabajador.

Copiamos la dirección: V. Lillo Catalán, Director de "La Revista Americana de Buenos Aires". (Concurso I-A-D-N). Av. Presidente R. Sáenz Peña 530. Bs. Aires, Argentina.

A los escritores nacionales.—Copiamos a continuación los nombres y direcciones de escritores extranjeros que solicitan toda clase de libros para formar antologías, traducirlos a otros idiomas o para estudiarlos y escribir juicios para la prensa de Sud América o de Europa.

Alberto Guillén. Arequipa, Perú.

Campio Carpio. Perú 1661. Buenos Aires.

Francisco D. Giglio. Calle Bacón 5250. Buenos Aires.

Stanislaw Pazurkiewicz. Ul. Opaczewska 8. m. 7. Warszawa (22), Polonia.

Georg H. Neuendorff. Dresden 16. Duererplatz 19.

La Dirección de esta revista recibe continuamente comunicaciones pidiendo informes sobre letras y autores nacionales. Las personas que necesiten alguna referencia, dirijanse a "América".

INDICE

VOLUMEN VIII.—NUMEROS 51, 52 y 53

- América: Libros uruguayos, página 106.—Don Pedro Moncayo y Esparza y el centenario de "El Quiteño Libre", p. 109.—Notas de la Dirección, ps. 235 y 365.—Nuestro aniversario, p. 237.—Apoteosis de un poeta, p. 271.
- Arias Augusto: Egloga en voz reciente, p. 9.—Un libro de Gonzalo Escudero, p. 136.—Espejo y Quito, p. 240.
- Albornoz Miguel Angel: Jesús, p. 339.
- Blanco Fombona R.: La sombra, p. 65.
- Bossano Luis: Un centenario del filósofo Montaigne, p. 150.
- Bustamante Guillermo: La vívora, p. 321.
- Carrera Andrade Jorge: Castelar y los peces, p. 36.—Poemas del tiempo manual, p. 119.—Mujeres y puertos, p. 298.
- Cárdenas de Bustamante Hipatia: Sus ojos, p. 118.—Su partida, p. 285.
- Crespo Toral Remigio: Luis Cordero en su centenario, p. 122.—La crisis del arte, p. 249.
- Cuadra José de la: Se ha perdido una niña, p. 309.
- Cuesta y Cuesta Alfonso: Un capítulo de "Trompos", p. 334.
- Escudero Gonzalo: Elegía de mi muerte, p. 73.—Poemas, p. 140.
- Falconí Publio A.: Elogio del Montuvío, p. 49.
- Guevara Arcesio: Oración de los caminos, p. 44.
- González Rumazo José: Ojos de uva, p. 51.
- González Fernando: Don Mirócleles, p. 158.
- Gallegos Lara Joaquín: En las huertas, p. 302.
- Jiménez Nicolás: Juan Locke y Benito Spinoza, p.—José Ortega y Gasset, p. 113.—Enrique Azcoaga, p. 256.
- Jiménez Max: Poemas, p. 147.

- Leoro S. José M.: Afinidades entre don Pedro Moncayo y don Juan Montalvo, p. 13.
- Lea Navas Jesús: La poesía ecuatoriana, p. 154.
- López Zoila E.: Reparación, p. 319.
- Llanos Antonio: La emoción cósmica en Gilberto Garrido, p. 52.
- Montalvo Antonio: Poemas, ps. 19 y 152.—Mirador bibliográfico, ps. 90, 224 y 355.—Romanza campesina, p. 327.
- Moreno Mora Manuel: Elegía, p. 34.—La casa paterna, p. 156.—La villa, p. 306.
- Masferrer Alberto: El poder vitalizador, p. 75.
- Moncayo Hugo: Páginas olvidadas sobre la ciudad de San Francisco de Quito, ps. 82 y 286.
- Martínez Alfredo: Prosas poéticas, p. 329.
- Pabst Walter: El camino del poeta Jaime Torres Bodet, p. 46.
- Pérez Guerrero Alfredo: Génesis de la lengua castellana, p. 262.
- Reyes Alfonso: América, utopía, p. 21.
- Reyes Oscar Efrén: Una exégesis de la soledad, p. 69.—Dos capítulos de historia nacional contemporánea, p. 167.
- Romero León Remigio: Homenaje, p. 273.
- Romero y Cordero Remigio: Sonetario de las aves y de las bestias, p. 281.
- Sánchez Manuel María: Al crucifijo de su mesa, p. 134.
- Salvador Humberto: Mosko-Strom de Rosa Arciniega, p. 352.
- Torres Luis F.: Letras franco latinas, p. 343.
- Viteri Atanasio: Gonzalo Escudero en "Hélices de huracán y de sol" p. 143.

BIBLIOGRAFIA TITULAR

La Dirección de "América" agradece a las personas que le favorecen con las siguientes publicaciones:

LIBROS Y FOLLETOS

ALFREDO PAREJA Y DIEZ CANSECO: *El Muelle.* Novela. Biblioteca Ecuatoriana.— Quito

CESAR E. ARROYO: *Las Catedrales de Francia.*— Quito. Imprenta Nacional.

JORGE CARRERA ANDRADE: *Cartas de un Emigrado.*— Publicaciones del Grupo Social Agrario, Quito, 1933.

JORGE ICAZA: *Barro de la Sierra.* (Cuentos).— Quito, 1933.

CESAR ANDRADE Y CORDERO: *Barro de Siglos.* Cuentos.— Cuenca, Ecuador.

MIGUEL ANGEL JARAMILLO: *Índice Bibliográfico de la Biblioteca "Jaramillo" de Escritores Nacionales.* Tomo I.— Publicación del Centro de Estudios Históricos y Geográficos. Cuenca, 1933.

NICOLAS RUBIO VASQUEZ: *Intus.* Voces del espíritu.— Ambato, Ecuador.

TARQUINO TORO NAVAS: *Ondas Cortas* — Ambato, 1933.

MANUEL M. GUZMAN: *Néctar y Acíbar.*— Quito.

- DR. CARLOS A. ROLANDO:** Los Centenarios de 1933.— Guayaquil, Ecuador.
- ALFONSO MORA BOWEN:** Eloy Alfaro en la Democracia Ecuatoriana. Conferencia sustentada el 24 de Marzo de 1933, en el Salón Máximo de la Universidad Central.— Quito.
- EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA:** Radiografía de la Pampa.— Babel, Buenos Aires.
- OLIVER BRACHFELD:** Polémica contra Marañón. Crítica de sus teorías sexuales, con una réplica del Dr. Gregorio Marañón.— Barcelona, 1933.
- ARISTEO MARTINEZ DE AGUILAR:** Haz. Poemas.— Méjico, D. F.
- AGUSTIN TIERINO R.:** Los Crepúsculos de Sidón.— Tegucigalpa, Honduras.
- GUILLERMO BIANCHI:** Amor.— Envío del Cónsul General de Chile en el Ecuador. Guayaquil.— Colección de autores chilenos. Santiago.
- ALBERTO MASFERRER:** El Libro de la Vida. Tomo I.— Guatemala, C. A.
- DR. VICENTE DAVILA:** Biografía de Miranda. Caracas, Venezuela.
- DR. RICARDO J. ALFARO, LIC. JOSE ISAAC FABREGA Y DR. MANUEL PATISO:** Discursos pronunciados ante la estatua del Dr. Pablo Arosemena.— Panamá.
- EDUARDO ACEVEDO:** José Artigas, Jefe de los Orientales y protector de los pueblos libres. Su obra cívica. Alegato histórico.— Segunda edición. Donación de la Biblioteca Nacional del Uruguay. Montevideo.
- AUGUSTO MALARET:** Por mi Patria y por mi Idioma.—San Juan, Puerto Rico.
- BIBLIOTECA DE LA DIRECCION GENERAL DE EDUCACION MILITAR:** Segundo año de Estudios de la Escuela Superior de Guerra.— Envío de Francisco Lazcano. Popotla, D. F., Méjico.
- ERNESTO J. CASTILLERO R.:** Manuel Amador Guerrero, prócer de la Independencia y primer Presidente de la República de Panamá. (Primer centenario-1933).— Panamá.

- JOSE G. ANTUNA:** Bolívar Símbolo de América. El Libertador. El Legislador. El Apóstol. Discurso pronunciado el 22 de Junio de 1932, en el paraninfo de la Universidad de Montevideo con motivo de la solemne sesión inaugural de la "Sociedad Bolivariana del Uruguay". Montevideo.
- ALBERTO GUILLEN:** Deucalión.— El libro de las parábolas, —La imitación de nuestro señor Yo.— Arequipa, Perú
- JOAQUIN ADWARDS BELLO:** El Roto. Novela.— Envío del señor Carlos Sarmiento Ferré, de Antofagasta.
- CORTE ELECTORAL:** Jurisprudencia Electoral. Leyes de Registro Cívico Nacional.— Montevideo.
- L. DAUTZENBERG C. M.:** Un Hombre Apostólico de la Región del Rhin en el Siglo XIX. 1839-1902.— Traducción directa del alemán por el Dr. Wilfrido Loor.— Portoviejo, Ecuador.
- SANTIAGO KEY-AYALA:** Series Homero-Bibliográficas.— Primera serie Bolivariana. Caracas. 1933.

REVISTAS Y PERIODICOS

ECUADOR

- Revista de la Juridico-Literaria. Quito.
- Semana Gráfica. Guayaquil.
- Educación. Revista del Ministerio de Educación Pública. Quito
- Boletín del Instituto Nacional Mejía. Quito
- Nariz del Diablo. Quito.
- Boletín del Centro de Investigaciones Históricas. Guayaquil
- Revista del Centro de Estudios Históricos y Geográficos. Cuenca.
- Miscelánea. Quito.
- Revista Municipal. Guayaquil.
- Cuadernos Pedagógicos. Quito.
- Hontanar. Loja.
- La Nueva Era. Latacunga.
- Orientaciones. Cuenca.
- Rebeldía. Ambato.
- En Marcha. Cuenca.
- El Cañari. Azogues.
- Mosaicos. Guayaquil.

La Voz de Ambato. Ambato.
Revista Municipal. Azogues.
La Prensa. Guayaquil.
El Ferrocarril del Norte. Ibarra.
El Cronista. Portoviejo.
Boletín Municipal. Ambato.
El Litoral. Guayaquil.
El Heraldó Municipal. Manta.
Crónica. Ambato.
Patria Nueva. Ambato.
Proa. Cuenca.
El Iris. Chone.
Brulote. Ambato.
Revista Militar. Quito.
La Casa de Montalvo. Ambato.
La Alianza Obrera. Cuenca.

ARGENTINA

Nosotros. Buenos Aires.
Sur. Buenos Aires.
Claridad. Buenos Aires.
La Opinión. Avellaneda, B. A.
Verbum. Buenos Aires.
La Palabra. Buenos Aires.
Cuyo. Buenos Aires. S. Rafael de Mendoza.
El Monitor de Educación Común. Buenos Aires.
Nervio. Buenos Aires.
Letras. Buenos Aires.
Catalunya. Buenos Aires.
Elévate. San Francisco.
Doctrina Radical. Buenos Aires.
Boletín de la Biblioteca América. Buenos Aires.
América Nueva. Buenos Aires.

BOLIVIA

Boletín de la Sociedad Geográfica Sucre. La Paz.
Le República. La Paz.
Superación. La Paz.

COLOMBIA

Boletín del Ministerio de Industrias. Bogotá.

Revista de Industrias. Bogotá.

Occidente. Cali.

Repertorio Histórico. Medellín.

La Conquista. Manizales.

COSTA RICA

Repertorio Americano. San José.

CUBA

Revista Bimestre Cubana. Habana.

Orto. Manzanillo.

Revista de Oriente. Santiago.

Archipiélago. Santiago.

Hero. Sancti Spiritus.

Orbe. Habana.

Belén. Habana.

Índice. Habana.

CHILE

Atenea. Universidad de Concepción. Santiago.

Boletín de la Universidad. Santiago.

ESPAÑA

Revista de las Españas. Madrid.

España y América. Cádiz.

Universidad. Zaragoza.

Revista Hispanoamericana de Ciencias, Letras y Artes. Madrid.

La Rábida. Huelva.

Revista del Ateneo. Jerez de la Frontera.

Vida Marroquí. Melilla.

Actividad. Barcelona.

Hoja Literaria. Madrid.

Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura. Castellón.

Boletín de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes. Córdoba.

ESTADOS UNIDOS

España Nueva. Nueva York.
La Nueva Democracia. Nueva York.
Boletín de la Unión Panamericana. Washington.
Chile Pan-Am. New York.
Spain. New York.

FRANCIA

La Paix Mondiale. París.

GUATEMALA

Publicaciones de la Oficina Internacional de la Prensa. Guatemala.
Orientación. Guatemala.
Límites entre Guatemala y Honduras. Guatemala.

HONDURAS

Revista del Archivo y Biblioteca Nacionales. Tegucigalpa.
Mi Revista. San Pedro Sula.
Alma Latina. San Pedro Sula.
La Gaceta. Tegucigalpa.

MEJICO

Crisol. Méjico, D. F.
El Libro y El Pueblo. Méjico, D. F.
El Occidental. Guadalajara.
Genio Latino. Méjico, D. F.
Barandal. Méjico, D. F.
Revista del Ejército y de la Marina. Méjico, D. F.
El Soldado. Méjico, D. F.
Revista del Departamento de Salubridad Pública. Méjico.
Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía. Méjico, D. F.
Caza y Pesca. Méjico, D. F.
Ruta. Jalapa, Ver.
Arte. Guadalajara, Jal.
Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía. Méjico, D. F.

Revista de Coahuila. Saltillo, Coah.
La Palabra. Tuxpán, Ver.
Sociedad Eugénica Mejicana. Méjico D. F.

PANAMA

Boletín de la Academia Panameña de la Historia. Panamá.

PERU

Perú Pedagógico. Arequipa.
Frente. Lima.
Ensayo. Huaras.

URUGUAY

La Cruz del Sur. Montevideo.
América Nueva. Montevideo.
La Revista Económica Sudamericana. Montevideo.
Gladiador. Montevideo.
El Terruño. Durazno.

VENEZUELA

Elite. Caracas.
Nosotros. Caracas.
Ecuador. Caracas.
Boletín de la Academia Nacional de Historia. Caracas.
Boletín del Archivo Nacional. Caracas.
Boletín de la Biblioteca Nacional. Caracas.

PUERTO RICO

La Revista Escolar de Puerto Rico. San Juan.
Alma Latina. San Juan.
Odontología. San Juan.

CRISOL

Revista de crítica, publicada por
el Bloque de Obreros Intelectuales
de México

Jefe de Redacción:
M. D. Martínez Rendón

Administrador:
A. Martínez de Aguilar

Suscripción anual, 2 dólares

México, D. F.—Apartado N° 1979

REVISTA DE LAS ESPAÑAS

Publicada por la Unión Ibero-
Americana

Suscripción anual, en España y
América:
15 pesetas

Dirección postal:
Calle del Duque de Medinaceli, 8
Madrid, España

ORTO

Revista de difusión cultural

Director fundador:

Juan F. Sariol

Suscripción anual, \$ 3,50

Manzanillo, Cuba

LETRAS

Revista de Arte y Ciencia

Director:

Arturo CAMBOURS OCAMPO

Suscripción: 6 números, \$ 6,00.

Callao 86, Buenos Aires, Argentina

ATENEA

Revista mensual de Ciencias,
Letras y Artes
Publicada por la Universidad
de Concepción

Comisión directora:

**Enrique Molina. — Luis D. Cruz
Ocampo
Félix Armando Núñez (Secretario)**

Representante en Santiago:
Domingo Melfi

SUSCRIPCIÓN ANUAL: 4 dólares
Santiago, Chile. Mutual de la
Armada y Ejército, 2° piso, N° 8.

CLARIDAD

Revista de Arte, Crítica y Letras
Tribuna del pensamiento
Izquierdista

Director:

Antonio Zamora

Dirección postal:
Casilla de Correo 736

Buenos Aires, Argentina